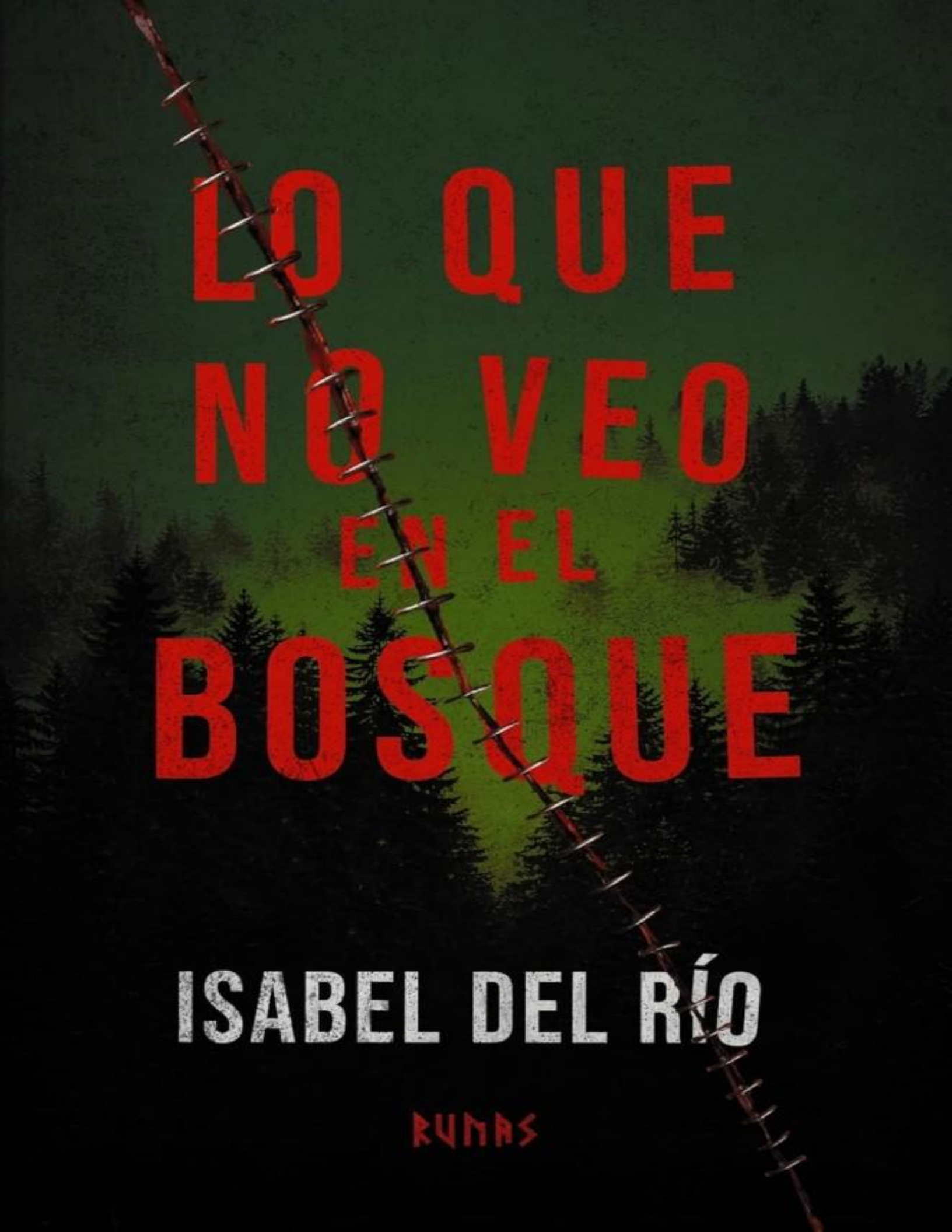

LO QUE
NO VEO
EN EL
BOSQUE
ISABEL DEL RÍO
RUNAS



LO QUE NO VEO EN EL BOSQUE

ISABEL DEL RÍO

RUNAS

«Murieron las formas despavoridas de la noche y no hubo más un afuera ni un adentro».

ALEJANDRA PIZARNIK

«Nos detuvimos en busca de monstruos bajo la cama cuando descubrimos que estaban en nuestro interior».

CHARLES DARWIN

«La realidad no está ahí para ser creída, sino para ser creada».

LEONORA CARRINGTON

Carretera de montaña, noche del 30 de octubre del 2022

Frente a mí solo existen las líneas blancas y la lluvia en un océano de oscuridad. La noche cerrada cae a plomo sobre la carretera, sin luna y con una atmósfera densa de nubes de tormenta. No existe nada más allá de lo que alumbran las antiniebla del coche.

La lluvia repiquetea sobre el chasis, acallando cualquier otro sonido. Podría poner la radio, pero hace tiempo que me agotan los típicos temazos de temporada o los hilos musicales, siempre las mismas canciones.

El coche no es mío, como tampoco el móvil, ambos son cacharros antiguos que se pueden alquilar para hacer turismo más allá de la ciudad, fuera de la esfera estacionaria. Somos pocos los que nos aventuramos a viajar en solitario; sin embargo, todavía existen empresas que prestan estos servicios y, por las pintas que tenía el local, no me extrañaría que sus clientes habituales buscasen facilidades a la hora de hacer ciertos trapicheos fuera de los controles de ciudadanía.

Pese al escaso tráfico, las carreteras se mantienen en perfecto estado para los tráileres de suministros y los convoyes turísticos. Lo intentaron por aire, pero resultó más caro en demasiados sentidos. Se perdieron tantas personas allí arriba… Y las reservas apenas llegaban a la ciudad. No, es mucho mejor por tierra, donde puedes controlar qué llega y por qué dirección.

Las largas atraviesan la niebla y el agua, forman un camino de líneas blancas entrecortadas en un mar vibrante, aceitoso y negro. Aunque no pueda verlos, sé que a los lados hay bosque y roca, la ladera de una montaña y viejos robles, recobrados tras la transición. Viejos porque son recuperados de cepas antiguas, no por su edad…

Es curioso pensar que este bosque no tiene ni diez años, ahora la naturaleza está desbocada y la vegetación crece a un ritmo alarmante. El cambio ha salvado el planeta y para ello nos ha arrinconado a nosotros, eliminándonos en masa.

Llego a la zona de curvas, que se suceden una a otra, ascendiendo hacia mi destino. La bruma allí es más densa, o tal vez sean las propias nubes. La tormenta arrecia y el pequeño círculo de luz se limita todavía más. Las tripas se me retuercen por la tensión.

Recuerdo sus palabras, sus acusaciones. Que la dejaba sola, que qué mierdas iba a hacer yo ahí, en esa casa vieja y abandonada, que para qué me iba ahora. Y lo mismo me pregunto yo, si este viaje al pasado va a servir de algo o solo es otra manera de alargar lo inevitable, de no enfrentarme a la realidad de que mi vida no me satisface; que ella sigue siendo la misma, mientras que yo he cambiado. A veces pienso que no somos nosotras, que es el puto mundo, esa autoridad pasivo-agresiva de la gente que te dice qué has de hacer, cómo has de ser y, al final, incluso el más rebelde acaba por someterse, de una manera u otra. Piso, trabajo que pague las facturas, deuda vitalicia que saldar por respirar y una imagen que te posicione mínimo en un siete porque más abajo ya no existes, ya no tienes puesto ni dónde vivir. Seamos sinceras, si no te ven bien, no creen en ti y sin confianza no es posible nada, ¿no? Así que todos mentimos y, sabiendo eso, firmamos un contrato no escrito.

¿Y los que no pasan el corte? Bueno, viven fuera de la ciudad o conducen los camiones de suministro o…

El golpe me pilla desprevenida. Las ruedas derrapan en la lluvia y trato de controlar el viraje para no caer montaña abajo, hacerme papilla contra las rocas.

La lluvia se convierte en líneas albas que cruzan el horizonte. Rechino los dientes y piso el freno con fuerza. La luz incide en la oscuridad, noche, bosque, noche, roca, noche… No estoy muy segura de cuánto avanzo intentando controlar el coche cuando por fin logro detenerlo, a ras del precipicio que se abre a mi derecha.

Me masajeo el cuello y el hombro; el tirón me ha dejado dolorida. Desengancho el cinturón de seguridad y abro la puerta. La lluvia cae en manto incesante y solo con asomarme acabo empapada hasta los huesos.

Escudriño la oscuridad hacia el lugar de donde vengo, pero no veo nada. Vuelvo a asomarme al interior, con las rodillas sobre el asiento, y busco en la guantera la luz de emergencia. Y ahí está, con la función de foco solar incluida.

Con la lluvia golpeándome, despiadada, doy unos pasos que me alejan del coche. Alumbro la carretera. El haz es potente y su resplandor crea un abanico que ignora las inclemencias del tiempo. Así que el problema no es la oscuridad, sino que no sé cuánto he avanzado hasta poder detenerme.

Camino un poco más, pese a que no es seguro. «¡¿Estás loca?! ¿Tú sola por esa carretera? Eloise, ¡es un suicidio!». Ya, bien, quizá Marla tenía razón. De hecho, todo podría haber terminado hace unos segundos, porque ¿en qué momento he dejado de fijarme en la carretera? He desconectado, de eso estoy segura. Amodorrada por el repiqueteo y el calor del habitáculo, el cansancio de tanto tiempo sin dormir bien…

El viento barre mis pensamientos y me recoloca de nuevo en la realidad: esa ducha de agua fría, los árboles que aúllan a mi izquierda, la veta gris y afilada a la derecha. Alumbro más allá, a la negrura y las líneas blancas, y solo veo agua y niebla.

«Ha podido ser una roca en medio del camino o un animal», me digo a mí misma para tranquilizarme. Pero el pensamiento latente me retuerce de nuevo las tripas y provoca que acelere el paso, de regreso al coche, al tiempo que se me acelera el corazón. El monte no es seguro, la naturaleza tiene hambre. Recuerdo las lecciones, las clases de reacondicionamiento que nos impartieron cuando todo sucedió. Ahora está bajo control, pero entonces era cuestión de supervivencia.

Entro al vehículo sin pensar en lo mojada que voy. ¡Ya se secará! De hecho, cierro las puertas desde dentro, solo por si acaso, y

arranco de inmediato, con la luz de emergencia en el asiento del copiloto y sin ponerme el cinturón.

El pálpito. La angustia. La clara sensación de que algo me observa queda atrás según avanzo. El peligro sigue ahí, retorciéndome por dentro, el recuerdo de que no puedes fiarte de nada… Me abrocho el cinturón y acaricio el primer tramo de la cicatriz que me recorre desde el ombligo hasta el pecho. Me la podrían haber borrado, pero eso solo habría aumentado los años a una condena que ya suma más de los que llegaré a vivir nunca.

Un escalofrío me trepa por la columna y subo la calefacción. El agua me resbala por el flequillo y se mezcla con las lágrimas que no he querido contener. Porque no estoy en la ciudad, ahora no, y da igual lo que piensen los demás. Estoy rota. ¡Sí, joder! ¡¿Y qué?!

Pico de Lobre, madrugada del 31 de octubre

Cuando al fin llego, es un cartel blanco y fantasmal el que me lo indica. «Pico de Lobre», reza, y el pueblo me da la bienvenida en silencio, con sus gentes entre sueños, las puertas bien trabadas, las ventanas cubiertas por los porticones y el humo de algunas chimeneas, que asciende en la oscuridad en sombras lechosas y trémulas.

La casa de mi abuelo no queda lejos, está al lado del sendero que lleva a los huertos.

Dejo atrás la carretera principal, la pequeña capilla y el viejo lavadero, y las luces alumbran la puerta alta de metal que cierra el terreno. Bajo del coche sintiendo que llueve sobre mojado y atino lo más rápido posible la llave en el bombín. La puerta deja escapar un quejido, que me suena a saludo. Con ayuda de dos piedras fijo las hojas de metal para que el viento no las vuelva a cerrar y conduzco el vehículo hasta que queda bajo el tejadillo, que se mantiene a duras penas, junto a la casa, con la leña seca y bien cubierta al fondo del todo.

Corro de nuevo bajo la lluvia para cerrar las puertas y después saco la llave grande y pesada que abre la principal, la de la casa, una pesada losa de madera de roble con la pintura verde cascarillada; un trasto de otro tiempo. Una vaharada de naftalina me sacude las fosas nasales antes de dar siquiera un paso al interior. Todo huele a viejo y a polvo, pero al menos no a humedad.

Pruebo los interruptores y, como imaginaba, la electricidad no está conectada. Busco en la mesilla del recibidor. Velas y cerillas, todo un clásico. Encajo una nueva en un portavelas de latón que recuerdo siempre ahí, desde niña, junto al teléfono de línea fija.

Antes de subir a la segunda planta, alumbro el salón comedor, el mismo lugar que sirve de cocina y donde está la chimenea.

Dejamos de venir aquí mucho antes del incidente. Decían ver a mi abuelo tras su muerte, en la casa y en el huerto. Mi madre también se encontró con él un par de veces y eso hizo que le entrara miedo. Yo quería volver, recorrer las calles que disfrutaba en la niñez, pero la casa se convirtió en tabú y cuando empecé a salir con Marla e intenté hacerla subir hasta aquí ya era demasiado tarde. El terror a la naturaleza se había instalado en la gente y los pueblos se vaciaron, excepto por aquellos que se negaban a abandonar sus hogares o quienes, por los estándares dictados, no tenían lugar en las ciudades.

El crujido de las escaleras me sigue hasta la segunda planta. Entro en la habitación principal, donde todo sigue igual: la cama de matrimonio y su cobertor de flores doradas, el gran tocador de madera con los frasquitos de perfume que fueron de mi abuela, el arcón que no me dejaban abrir de niña, aunque solo contenía mantas y sábanas bordadas, y el gran armario con la ropa vieja que usábamos aquí.

Ambas puertas me abrazan con el tintineo de los cinturones contra el espejo interior. El ruido me provoca un temor infantil y miro alrededor para asegurarme de que estoy sola. Encuentro unos tejanos viejos de mamá, de los que utilizaba cuando ayudaba en el campo, y una camisa de franela del abuelo. Junto a una camiseta térmica un poco apolillada y unos calcetines un par de tallas más grandes, el calor regresa y vuelvo a sentirme las extremidades.

Abandono en el bidet del baño la ropa empapada y, con las viejas botas de montaña de mamá, bajo de nuevo para encender el fuego y caldear un poco la casa. Hay leña apilada justo al lado, y ramitas y papel de diario viejo en una cesta. Hace décadas que no enciendo una chimenea, espero que sea como montar en bici y solo me lleve un par de decepciones antes de que arda.

El fuego prende y devora las ramitas secas, las noticias antiguas y la emprende con el leño. Tomo asiento en el largo y ancho banco de

madera que nos hacía de sillas y sofá al mismo tiempo. Me hago con unos cuantos cojines y una manta y me estiro allí mismo, como hacía mi abuelo tras la comida.

Nunca entendí por qué la gente tenía miedo a sus apariciones, es una de las personas más nobles que he conocido. Sin embargo, la palabra *fantasma* siempre atemoriza, sin importar de quién sea, como si la memoria de alguien bueno pudiera devenir fatídica solo por presentarse tras la muerte.

Cierro los ojos y me dejo mecer por el chisporroteo del fuego y la lluvia, que repiquetea sobre las tejas y las piedras encharcadas del camino, sobre la puerta de metal y aquello que observa en la oscuridad.

Robleda, noche del 30 de octubre

La vida zumba en la noche, se retuerce, caza y se alimenta.

La criatura se abre camino entre el espeso sotobosque, la niña se araña los brazos y las mejillas con las zarzas, la bestia avanza y ella grita, pide ayuda, apretándose con la mano allí donde la han dañado. Siguen corriendo, una caza a la otra, una intenta huir de lo inevitable. Los animales silencian su existir antes de que lleguen, las presienten antes de escucharlas, huelen el miedo y la violencia, el dolor y la sangre.

Bajo los robles, la lluvia llega amortiguada, pero la niebla es más densa, cuaja entre los troncos, borra los arbustos y las ramas atravesadas.

La niña se tropieza y la criatura se abalanza, ella logra arrastrarse bajo un enorme árbol caído y a medio absorber por el bosque. Su chaqueta se rasga por detrás, el arañazo le marca de rojo la espalda, pero no llega a herirla. Con las manos y la cara en el barro la niña sigue adelante y de un bote se alza para emprender de nuevo la carrera. Tarde, ha perdido demasiado tiempo y la criatura la embiste, la arroja hacia delante, sale del bosque, el suelo es un mar de alquitrán y la luz estalla.

El coche patina, hace zigzag y a punto está de estamparse contra la roca, de sobrevolar el bosque antes de que la gravedad haga el resto, pero logra frenar, mucho más allá, lejos del lugar donde ha sucedido todo.

La mujer sale del automóvil, alumbra la noche con sol de día y tiembla empapada, de pavor y recuerdos. La bestia ha devorado a la niña y lleva lo que resta de vuelta a la robleda. La lluvia borra lo que ha sucedido: las huellas de las ruedas en el asfalto y la sangre del parachoques.

La vida del bosque espera a que pasen para regresar a sus quehaceres nocturnos, la mujer arranca el motor y huye de lo que cree que la persigue.

El coche sigue hacia el pueblo que hay arriba del todo, en la montaña, pero ella no es de fuera como otros, la mujer vuelve, como la niña, al lugar de donde vino.

Casa del abuelo, mañana del 31 de octubre

Sinceramente, me esperaba otra cosa. Sin embargo, me despierto descansada y con una sensación de paz que no experimentaba en mucho tiempo. Ni malestar poslluvia torrencial, ni collarín por latigazo tras el casi accidente en la carretera, y he de agradecer que tampoco tenga un ataque alérgico a causa de la cantidad de polvo por centímetro cuadrado que debe haber ahora mismo en la casa —así como en los cojines y la manta en los que me he arrebujado toda la noche—.

Lo que sí predije a la perfección es el hambre de *hobbit* que tengo ahora mismo y las tres llamadas perdidas de Marla.

Así que avivo las brasas, que todavía lucen rojizas en la chimenea, y las alimento con ramitas. Me estiro cuan larga soy para despertar todos los músculos posibles, con el consiguiente chasquido de esternón y hombro derecho.

Abro la puerta principal y me saluda un cielo que me vacila con su preciosismo, una paleta del azul al rojo que me deja embobada un buen rato hasta que mi estómago me recuerda que o desayuno o me la lía.

Utilizo el sendero de piedras para evitar el lodazal que es ahora el resto del jardín delantero de la casa y busco en el maletero las bolsas de víveres que preparé antes de mi escapada. Cargo con ello hasta la cocina, sin preocuparme siquiera por volver a cerrar el coche o la puerta principal, puesto que tendré que ventilar toda la casa si no quiero dar más motivos a mi alergia para montarme una buena y merecida.

Busco la vieja cafetera italiana, una sartén y la reja que usaba mi abuelo para tostar el pan en la chimenea. La bombona de butano

todavía tira y prendo dos de los fogones. Dejo el paquete de cerillas sobre el mármol, pero después decido guardármelas en el bolsillo. Preparo un par de huevos con pimentón y sirvo el café con una cucharada de miel. Con la manta sobre los hombros, mi bocadillo de huevos y la taza humeante, vuelvo a contemplar el arte efímero que me regala la naturaleza.

Es en ese momento cuando me doy cuenta de que la enorme puerta de metal está abierta y asoma la cara arrugada de un hombre menudo y vestido de negro, con un gorro montañés bien calado sobre la frente.

Los portones se quejan y el hombre da un respingo, después repara en mí.

Buenos días —saludo desde las primeras piedras del camino—. Espero que no le haya molestado durante la noche. Llegué tarde y parece que cerré mal. Pero es que hubo una tormenta que…

Sí, sí. La lluvia. No era una noche para conducir, sino para quedarse a resguardo. —Me observa detenidamente, como si me conociera—. Esta casa lleva mucho tiempo cerrada. Nosotros la vigilamos y la cuidamos, para que no se estropeen el tejado y esas cosas. Es una casa noble, como lo fue su dueño.

Asiento ante sus palabras, aunque detecto cierto temor más allá del aprecio que se supone a primeras.

Muchas gracias, no sabía que hubiera alguien cuidando de ella. Si es preciso pagar por algún arreglo o materiales, no tienen más que decírmelo —aseguro, pese a que mi crédito disponible dé más bien lástima.

No hace falta que pague nada, lo hacemos con mucho gusto. Nosotros cuidamos del pueblo y de su gente.

El hombre se quita un segundo el gorro para rascarse la maraña de pelos grises que escondía debajo.

Soy Eloise Melgar, nieta de don Mauricio —me presento mientras me acerco a él.

Los ojos del hombre se abren como platos con un brillo inusitado de alegría.

Elo, la niña de Teresa, ¡claro! ¡De eso te conocía! —dice casi saltando de alboroto—. ¡Qué alegría, niña! Cuánto tiempo, normal que no me reconozcas. Soy Tomás, el veterinario, ¿no te acuerdas? Jugabas con mis hijos: Clara y Juan. Nunca sabíamos dónde parabais y más de una tuvisteis con los dueños de los frutales, ¡qué manía con robar fruta verde si teníais de todo en casa!

Me contagia con su risa. Cuando era cría era bastante bicho, o eso me decían, perdí unas cuantas chanclas por meterme a cazar ranas donde no debía y me corrieron en más de un huerto por afanar manzanas y pepinos.

¿Y qué te trae por aquí después de tantos años? —añade antes de que yo pueda acercarme o decir nada.

Quería salir de la ciudad, ¿sabe? Añoraba la casa y la libertad que sentía cuando veníamos aquí. Ya sé que las cosas no son como antes y me han dicho que estoy loca por venir, pero…

¿Loca? ¿Por qué te dirían eso?

Me doy cuenta de que tengo la boca abierta por cómo me contempla Tomás. Su respuesta me ha dejado fuera de juego. Miro alrededor: la higuera calva, el gallinero abandonado, el coche con mis maletas a la vista…

Bueno, quería decir que sin esfera aquí deben vigilar más.

El hombre ladea la cabeza.

Eso es cierto, es duro vivir aquí arriba, ser autosuficiente. No todo el mundo vale para esto.

¿Y reciben mucho turismo? —me intereso—. ¿Han llegado familias nuevas?

El anciano niega y tuerce el morro.

Ya no se llevan los pueblos, con toda esa tecnología… Mi nieta me dijo una vez por teléfono que si quería ver mundo solo se tenía que conectar.

Parece triste, contrariado por un mundo que lo ha dejado de lado.

Sin embargo, los jóvenes que se quedaron aquí han formado sus familias y volvemos a tener escuela y colmado, algo que en tu época se había perdido.

Cuando era niña había algo parecido a una escuela de verano, donde íbamos tanto los niños que veníamos de vacaciones como los del pueblo, pero eran clases de repaso que hacíamos en el centro social, y la escuela de verdad estaba kilómetros más allá. Los niños de Pico de Lobre debían subirse a un bus cada día y cuando nevaba o la carretera estaba helada se quedaban en casa.

Bueno, niña. Pues no te molesto más. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde vivo. Clara también se pasa por aquí de vez en cuando, aunque es guardabosques y vive más arriba. Seguro que coincidís, yo la aviso.

Tomás no espera mi respuesta, se despide con la mano y cierra de golpe tras él, para que la puerta no vacile.

De un par de bocados doy cuenta del pan que me quedaba y entro para servirme otra taza de café, cuando escucho el movimiento junto a la chimenea.

Siento un dolor eléctrico en la piel, una descarga que me recorre ambos brazos y a punto estoy de dejar caer la cerámica al suelo. Mis ojos localizan el origen del sonido, pero no acabo de entender lo que veo, no lo creía posible por mucho que me lo contaran.

Me quedo paralizada en el recibidor, observando la espalda ancha de mi abuelo y su pelo corto plateado. De cuclillas alimenta el fuego para que la desastre de su nieta no se congele.

Yo… Abuelo —llego a decir.

Pero, con mi primer paso dentro de la estancia, él se desvanece como un dibujo hecho a tiza que alguien emborrona con la mano.

Me siento en el banco, justo al lado de donde hace unos segundos estaba mi abuelo. El atizador está en el suelo, y la leña, removida; un nuevo tronco engorda las llamas. Siento crecer en el pecho un sentimiento ambiguo, el calor del cariño que se despierta al verlo de nuevo y el temor de algo desconocido e inexplicable.

El móvil empieza a vibrar en la mesa de la cocina, donde me lo había olvidado.

Hola, Marla. Perdona que no te llamara ayer, pero llegué muy tarde y estaba agotada. Ya sabes.

¡Joder, Eloise! Te podrías haber matado. ¿Cómo se te ocurre salir a la carretera con semejante temporal? ¡Y a la montaña nada menos! ¿Por qué estás haciendo esto?

Ya te lo dije, necesito…

Sí, ya me lo dijiste —suspira y se detiene un segundo para recomponerse. Su silencio es más significativo que cualquier cosa que diga—. Puedes darte el espacio que te haga falta, pero cuídate, ¿vale? Y si necesitas algo, llama.

No vas a venir hasta aquí, así qué…

Tienes razón, no voy a ponerme en peligro para ir hasta esa casa abandonada, pero puedo mandar un dron con suministros o llamar al guarda forestal si es necesario. Te recuerdo que aquí tengo más medios y mejor cobertura.

Asiento, aunque ella no me vea. Pongo el manos libres y me sirvo otra taza de café con miel.

Gracias, pero por ahora todo va bien. De hecho, ya me he encontrado con un antiguo conocido, un vecino que vive aquí y su hija es la guardabosques, así que todo solucionado —respondo con cierto retintín.

Aunque no te lo creas, eso me tranquiliza. —Su voz suena triste y demasiado lejana, como si no fueran kilómetros lo que nos separara, sino algo más denso, algo vivo.

«Creo que he visto el fantasma de mi abuelo», estoy a punto de soltar en frío, pero ella añade:

Cuídate, ¿vale?

Y cuelga.

Vacío la taza de un trago y salgo afuera a por mis maletas, aunque no tengo muchas ganas de cambiarme por ahora. Lo mejor será conectar la luz y comprobar que la caldera funcione.

El cielo ahora es de un azul límpido con alguna nubecilla blanca en el horizonte. Después de meses sin una gota de agua, ahora llevamos tres semanas sin tregua, con riadas y crecidas que han inundado pequeñas poblaciones por todo el litoral. Por suerte, son pocos los que todavía residen por esas zonas y la mayoría de los desperfectos han sido mobiliario urbano y antiguos edificios vacíos.

Sin embargo, hoy promete un día espléndido, fresco y soleado como hacía años que no veía. Sería maravilloso que la lluvia regresara al anochecer.

Cabaña del guardabosques, mañana del 31 de octubre

Los primeros son ellos, que trinan y se desperezan antes de que el sol despunte. Un pasador se descorre en una casa, la llave gira en otra y el gato salta sobre el tejado con uno de esos alborotadores entre las fauces; el desayuno se sirve caliente. Luego llegan algunos más. Se asoman, revisan, se aseguran y la vida sigue adelante en las calles del pueblo.

En el bosque, la bestia tiene un nuevo hogar, encontró una cueva en la noche y devoró a lo que habitaba su interior. Ahora ella duerme, descansa hasta la hora de alzarse y cazar. La noche es la hora de los monstruos.

Remontamos los árboles para llegar hasta Clara. Su sangre siempre ha estado atada al bosque. Vive, se alimenta y cuida de él. La cabaña está en lo alto, con el pueblo a sus pies, es una edificación de madera pequeña y muchos dirían que no es segura para lo que ahora habita en la Tierra, pero ella no piensa igual, siempre ha amado la naturaleza y sus criaturas. Se cree una de ellas y por eso la respetan.

Clara se despierta como los zorzales y los ruiseñores. Sube a la torre de vigilancia y allí bebe té mientras estudia cada copa, cada claro y nido. Sus prismáticos son un par de ojos que sobrevuelan el bosque. Descubre algo extraño: árboles jóvenes, caídos. Puede haber sido la lluvia, las tormentas torrenciales de estos días, pero la tarde anterior seguían ahí y ahora no.

La radio crepita y escucha la voz de su padre:

Clara, Clara, escucha —la reclama con apremio.

Ella aprieta el botón, se acerca el aparato a los labios y responde:

Dime, ¿qué sucede? Hoy no pensaba bajar a comer, pero tal vez mañana, si haces lentejas…

Es la niña de Teresa. Elo ha regresado.

Clara se vuelve hacia el bosque. Recuerda a su amiga, los buenos ratos antes de que todo cambiara y el mundo se torciera.

¿Te ha dicho qué hace aquí?

Bobadas de esas románticas de niñas de ciudad, ya sabes.

Clara no puede contener una risilla por lo bajo.

¿La has puesto al día? No puede salir de noche y ha de cerrar todo con sellos. ¿El círculo de sal es reciente?

Llegó en plena madrugada, con la tormenta.

Eloise ha vuelto y ha traído con ella algo más que los recuerdos.

Clara se despide de su padre y resintoniza. Habla con la guardia local, les avisa de que bajará al pueblo para ver a su padre, que han recibido visita de fuera, y de que hay unos árboles caídos que revisará después. Ellos la informan de que una niña ha desaparecido y que pertenece a su localidad, ha llamado a primera hora su madre porque no aparece y la lluvia ha borrado cualquier rastro.

Casa del abuelo, mañana del 31 de octubre

Si pensaba que arriba había polvo y roña de años, es porque no había bajado aquí todavía.

Morimos continuamente. A lo largo de nuestra vida nos desprendemos de nosotros mismos y nos regeneramos, somos otros, con cajas repletas de recuerdos de nuestros yoes difuntos. Podría pasarme semanas, si no meses, catalogando todo lo que han ocultado con el tiempo en este sótano excavado en la roca, que antes servía como curadero de quesos y jamones.

Con la linterna de emergencias en modo excursionista, hago un barrido al espacio: cajas sin nombre apiladas a un lado, cerca de la escalera; un montón de sillas y tablas que podrían haber sido un armario; muy al fondo, tras un caballete veo una mesa con material de carpintería y más cajas, me parece reconocer la forma de una cuna. Y, tras la escalera, en un hueco habitado por innumerables arácnidos, encuentro el panel de fusibles.

La portezuela se resiste, pero un par de tirones y ¡se hizo la luz! Bueno, no. No se ha hecho porque todavía he de ver qué bombillas siguen operativas y la del sótano va a ser que murió hace tiempo, pero mi trabajo aquí está hecho porque no doy con la caldera por ninguna parte.

Las escaleras están viejas y habría que cambiar las tablas. Sus gruñidos son amenazas a mi yo futura. «Te partiremos las piernas», se desgañitan.

Cuando llego al recibidor, me precipito con emoción científica hacia el interruptor. Decepción, otra que no ha sobrevivido. Entro al salón comedor y la bombilla parpadea, tímida. He de ir al colmado y hacerme con unas cuantas antes de que anochezca.

Pero antes he de encontrar la caldera, porque yo recuerdo que me bañaba con agua caliente, pero, como niña que era, nunca me preocupé demasiado por su origen.

Después de patearme la planta baja, los dos dormitorios y el baño en la planta de arriba, decido salir al cubierto, el único lugar donde no se me habría ocurrido mirar. Y allí, junto a los troncos protegidos por lona, a un lado del morro del coche, hay una especie de armario larguirucho.

Reviso el bolsillo trasero de los tejanos y me aseguro de que sigue ahí el paquete de cerillas. Al menos fuego sí tengo, a ver qué me encuentro ahora. Paso de lado por el estrecho espacio que queda entre la pared y el automóvil, que no me pareció tan pequeño la noche anterior, aunque supongo que las prisas hacen maravillas, y con las uñas desengancho la puerta de madera, que no tiene pomo ni tirador.

Efectivamente es una caldera, pero ni idea de en qué año fue construido semejante cachivache. En la parte baja atisbo una bombona de butano, que está conectada al dinosaurio metálico. Por pura lógica, supongo que si abro las llaves de paso, le doy al botón y acerco una llama a la abertura… No pasa nada.

Lista mental para el colmado: bombillas y una bombona nueva. Crucemos los dedos para que tengan alguna.

Decido liarme con un zafarrancho de limpieza antes de salir, así puedo airear la casa durante la mañana y después calentarla. Me lío una camiseta vieja sobre la nariz y me pongo a ello. El colchón de la cama de la habitación principal es el mejor que hay, así que me deshago del cobertor y las sábanas, que ya lavaré, y lo asomo por la ventana para golpearlo y que le dé el sol. Después me pongo seria con el polvo de todo el dormitorio y la planta alta en general, aunque el otro dormitorio lo dejo cerrado por ahora. Sigo de arriba hacia abajo, barro en dirección a la puerta principal, como me enseñaron de niña. «Todo lo malo afuera, no dejes que ninguno entre». Finalmente friego con un poco de jabón para los platos y vinagre.

¡Todo listo! —me felicito a mí misma.

Ahora necesito sábanas y colcha limpias. Investigo los cajones del armario y me hago con un juego decorado con flores setenteras. Rozo el arcón con aire reverencial, paseo los dedos por las florituras talladas en la madera. «No hurgues ahí, niña», me parece escuchar. Lo abro con cuidado y veo los trapos nuevos de cocina, las toallas bordadas con nuestras iniciales nunca usadas. Justo debajo doy con un cobertor naranja que se ve bien mullidito y caliente. Dejo el resto de ajuar sobre la silla del tocador.

¿Eloise? ¿Hola, estás ahí? —escucho una voz, que me llama desde la calle.

Me asomo por la ventana y desde las alturas veo perfectamente más allá de la puerta y los muros que aíslan la casa del resto del pueblo. Una mujer con media melena rubia y vestida de uniforme me saluda con alegría.

¿Cómo va, amiga? Baja un rato, que te espero.

Siento cómo las comisuras de los labios se alzan ellas solas. Mi cuerpo la reconoce antes de que mi memoria la asocie a mi amiga de infancia.

Cierro la casa según bajo; ahora está más fría que cuando llegué ayer noche. Me guardo las llaves junto a la caja de cerillas, tiro la camiseta junto a toda la ropa por lavar, me pongo la primera chaqueta que encuentro en el colgador de la entrada y salgo corriendo como cuando era una cría. «¡Solo voy a dar una vuelta, vuelvo para comer!».

Clara, cuánto tiempo.

Ella rompe los años y el silencio con un abrazo aplastacostillas, en el que me involucro con todos los sentimientos reprimidos. Nos pasamos un rato así, dos amigas que hacía décadas que ni se hablaban y, de pronto, ¿qué es el tiempo? Nada cuando habéis pasado los veranos juntas y tenéis cicatrices de las mismas fechorías.

Mi padre me ha avisado en cuanto te ha visto.

Ya imagino. El bueno de Tomás.

Te quiere y lo sabes. Has de venir a comer con nosotros un día.

Sonrío, pero callo porque intuyo que hay algo más, aunque le cuesta arrancar.

¿Tienes lo necesario? ¿La casa está bien? Mi padre lleva cuidándola todo este tiempo, pero tampoco creas que pasaba mucho rato ahí dentro.

Ya imagino que el fantasma no debe ser algo agradable.

¿Pero qué dices, Elo? Tendrías que escucharlo hablar. Cuando aparece, mi padre se sienta a su lado y le pone al día de todo. Aunque, claro, tu abuelo no dice nada, solo repite patrones, como todos.

Tardo en hacer la pregunta que acaba de asaltarme y Clara ya me está interrogando de nuevo sobre la casa, si necesito algo, ¿tengo comida? ¿Funciona la luz?

¡Bombillas! Eso necesito: bombillas y butano. La caldera es del pleistoceno y está seca.

Pues eso está hecho, Elo —dice señalando hacia su todoterreno—. Te llevo al colmado y hoy comemos juntas.

Carretera de montaña, mañana del 31 de octubre

Llevamos un rato en la carretera. Hemos salido del pueblo en dirección contraria al colmado.

No te importa que antes revise una cosa, ¿verdad? Ya he avisado a la guardia local de que me ocupaba —ha dicho hace un rato y ahora siento como si estuviera rebobinando el recorrido de ayer noche, pero sin lluvia y mucho menos aterrorizada.

Clara siempre me causó esta impresión, la sensación de poder confiar, de que todo iría bien si estaba a su lado, sin importar las burradas que se nos ocurrieran. Yo era una cría que soñaba con vivir en el campo y formar una gran familia, pues siempre habíamos sido mamá y yo. Y ella era la hermana melliza y salvaje, que se peleaba con niños mayores que ella y se escapaba al bosque para regresar al día siguiente cubierta de barro y arañazos. Juntas éramos una bomba de relojería que explotaba un par de veces a la semana y mi abuelo siempre aparecía al rescate con palabras conciliadoras para apaciguar los ánimos del vecino al que le hubiéramos tocado las narices más allá de lo aceptable.

El todoterreno se detiene y Clara, sin aviso previo, se apea. Yo la sigo y veo que, tras poner las luces holográficas de aviso diurno, observa el bosque, inquisitiva.

¿Qué sucede? —pregunto, a riesgo de quedar como una ignorante.

Ella señala hacia los árboles, pero yo veo una robleda, nada más.

Varios han caído —murmura.

Por el temporal, supongo.

Ella niega con la cabeza y sigue unos surcos alargados justo en el límite del asfalto.

La lluvia ha borrado lo sucedido. —Se vuelve y mira a la carretera, al pueblo y de nuevo hacia el bosque—. A estos los han derribado.

Desciende por la ladera con facilidad y se interna en la espesura. No me ha pedido que la siga, pero, si esto no es una invitación, quizá mejor que me enseñen a interpretar silencios.

Después de tropezarme y casi comerme el tronco de un roble, llego a su lado.

Ves —dice señalando las ramas partidas, los árboles jóvenes arrancados desde la raíz—. Aquí ha habido una persecución.

La incomodidad aumenta según nos adentramos en la penumbra fresca y cargada de matices. Clara se mueve como pez en el agua, ella es parte de este lugar, pero yo llevo años sin pisar un entorno natural y estar aquí activa todas mis alertas. No dejo de volverme a cada chasquido y movimiento, y agradezco llevar las botas de montaña porque, si no, ya tendría los calcetines empapados por la cantidad de charcos que he pisado. La tierra está todavía fangosa y es difícil avanzar.

Un color fuera de lugar me llama la atención.

¿Qué es esto? —pregunto mientras me agacho junto a un tronco caído, ahora hogar de hongos y termitas.

Alargo la mano y estiro del violeta que surge entre el barro. Es tela, un jirón. Se lo muestro a Clara, que lo toma con un bolígrafo y lo observa antes de guardarlo en una bolsa zip, muy profesional.

Puede que una pista de qué ha sucedido aquí o puede que nada. La lluvia arrastra muchas cosas.

Miente. Esconde información. Aunque yo soy una civil y ella es la autoridad aquí. Mi amiga es una guardabosques, ni más ni menos, alguien que cuida del Umbral y vigila para que nada cruce el límite hacia las personas que viven más allá.

De nuevo mira a un lado y a otro, como si ella viera algo que yo no, una escena que acontece frente a sus ojos. Vuelve la vista hacia las profundidades para dirigirla después hacia la carretera y de nuevo hacia la oscuridad, allá al fondo.

Bombillas y butano —rumia entre dientes.

¿Cómo?
Que vamos a comprar tu bombona y a comer algo caliente.

Robleda, mañana del 31 de octubre

El bosque respira, aunque ellas no lo oigan. Palpita y gruñe entre sueños.

Las que fueron niñas se reencuentran y buscan a la otra, la desaparecida, aunque una de ellas no sabe qué es lo que persiguen.

Mientras tanto, con las mujeres en el bosque, el anciano entra a escondidas en la casa. Las puertas y las escaleras se quejan. «Esto no es tuyo, no te pertenece», dicen. Pero el anciano cree hacer bien, la niña de Mauricio no sabe, no entiende y es peligroso. Toma lo que cree que debe guardar y al bajar se encuentra al guardián de frente. Son amigos, siempre lo fueron, pero ahora no está contento y no le deja pasar. «Lo hago por ella, por la niña», dice el anciano. El otro niega. «No sabe cómo funciona, se la comerán viva», insiste. Y puede que la furia se aplaque ante la razón o simplemente es que poco pueden hacer los muertos en un mundo que ya no es el suyo, porque el anciano lo atraviesa como si fuera un banco de niebla y deja atrás la casa, el patio y el camino.

Clara observa el pedazo de tela. Reconoce el color, ese tono característico de la chaquetilla violeta que a veces llevaba la niña desaparecida. Piensa en su nombre, lo invoca: «Ge-or-gi-na», respira las sílabas. Y un haz de luz del mismo color aparece al fondo del bosque, corre, se arrastra bajo el tronco, continúa hacia la carretera y de pronto desaparece. También percibe las interferencias, algo más, una presencia que hurga y rasca desde el Umbral. Recuerda las marcas de garras en el asfalto, esos dedos como cuchillos que atraviesan el metal, que rasgan la piedra.

De nuevo en la casa, el círculo es redibujado. El anciano entona antiguos cánticos y sella el símbolo con una rúbrica a tiza junto a la puerta, casi imperceptible y que parecen cuatro líneas mal puestas.

La mujer animal y la niña de ciudad regresan, dejan atrás la carretera y la memoria del ayer.

El bosque bosteza, pero no despierta. No todavía.

Pico de Lobre, mañana del 31 de octubre

El viaje de vuelta ha sido incómodo, quizá porque yo sé que Clara me oculta algo y ella es consciente de que tendrá que contármelo o me pondré insoportable.

Hemos llegado al colmado en un abrir y cerrar de ojos y no sé qué me había imaginado, pero es un local del tamaño de la planta baja de la casa de mi abuelo, con cuatro estanterías repletas de alimentos imperecederos, un rincón con leña seca y combustibles, y un mostrador con revistas y las publicaciones locales.

Una mujer que debe rondar los cincuenta, de pelo corto muy negro y jersey con detalles de leopardo saluda a Clara al entrar y me vigila desde detrás del mostrador como si fuera a mangarle un paquete de chicles.

Leo de refilón los titulares. Todo parece marchar estupendamente en las ciudades: la economía va bien, el nivel de vida sube, se conceden permisos de paternidad… Debido a los últimos incidentes en carreteras, prueban nuevos modelos de conductores robóticos para los tráileres de suministros. Me fijo en la fecha, son de hace más de un año.

Doy una vuelta por el local. Reconozco marcas de cereales azucarados que estaba segura de que se habían dejado de fabricar. Enganchada junto a las linternas, la divertida pegatina de un lobo enorme advierte que no se debe salir de noche.

Nos llevaremos esto y, emmm… —dice Clara cuando deja las bombillas sobre el mostrador para regresar a las estanterías—. ¡Y un par de estas!

Planta sobre la mesa dos botes de judías en salsa con una sonrisa enorme.

¿Te acuerdas de cómo nos gustaban? Nos las llevábamos de excursión y las devorábamos con pan —relata mientras carga una

pesada bombona hasta mis pies.

Es curioso cómo mi amiga parece recordar mi infancia mejor que yo misma.

¿Me gustaban? —pregunto examinando la lata.

Una barbaridad. Y los frankfurts fríos, directos del paquete. Te los comías sin kétchup ni nada —dice torciendo el gesto como si le diera verdadero asco.

¡Pero si me enseñaste a hacerlo tú! —me defiendo.

Ambas reímos bajo la atenta mirada de la dueña del negocio, que me quiere sonar, pero no logro ponerle nombre.

Cabaña del guardabosques, mañana del 31 de octubre

De nuevo en el todoterreno de Clara, veo que tuerce en dirección al monte.

Luego te llevo a casa, no te preocupes. Hasta te ayudo a instalar la bombona, si hace falta —me tranquiliza.

La doble tracción se hace patente cuando empina el nivel y accedemos a los caminos de cabras, cada vez más oscuros pese al buen día. Me pone a prueba, estudia mis reacciones para ver cuánto de su amiga queda en esta mujer de ciudad.

¿Es verdad que allí solo coméis verde? —pregunta en forma de mofa.

¿Preguntas si me he hecho vegana?

Aunque sé a qué se refiere. En las esferas contamos con jardines y huertos hidropónicos patentados por la PanKhloé que ofrecen una base alimentaria a la población, pero muchos alimentos llegan de afuera, y ahí reside el problema, que lo que hay afuera no es seguro.

Aparte de los huevos y el queso, aquí tampoco consumimos carne —me aclara ella—. Aunque mi padre no hay manera de que se haga al tofu.

Pero he visto animales y no solo en el bosque…

Algún gato, los pájaros, es inevitable. Hace tiempo que nadie tiene animales en casa.

Los árboles se abren en un claro que lleva a una cabaña. Es sencilla, de madera, sin muro exterior. Un porche, ventanas grandes y chimenea en lo alto.

¿Vives aquí?

Debe haber notado mi incredulidad, porque se ríe antes de asegurar con aplomo:

Es segura. Aquí no puede sucederte nada malo, créeme.

Aparca el todoterreno allí mismo, frente a los tres peldaños que llevan a la puerta y la sigo al interior, no sin antes volverme un segundo, hacia el bosque, con la sensación de que me observan.

No seas paranoica —dice Clara, tironeando de mí hacia un interior cálido con aroma a leña y algo muy dulce.

El espacio es reducido: una enorme chimenea con un sofá enfrente, una isla que hace de cocina y mesa, una puerta a un lado, que supongo debe de ser el baño y una escalera que sube, imagino que al dormitorio.

Clara abre la nevera y saca un par de *tuppers*. Pone una olla al fuego y echa en ella el contenido de ambos: trozos de verduras asadas y seitán. En otro cazo vuelca las judías. Busca pan en la cesta y me pasa un par de rebanadas.

¿Recuerdas cómo tostarlas? —dice sin dejar de remover nuestra comida con un cucharón.

En la chimenea veo la parrilla y descubro en la mesita frente al sofá el origen del aroma dulzón: una tarta de moras. Lo tenía todo pensado.

Clara reparte el banquete en dos platos y nos sentamos en la barra de la cocina con unas cervezas. Ella da un par de ganchadas y muerde un trozo de pan. Se llena la boca para no hablar, pero me mira con una intensidad que conozco. Da un trago largo al botellín y entonces sí, empieza:

¿A qué has venido, Eloise?

Pensaba que te alegrabas de verme —respondo irritada.

Y así es. Pero sabes tan bien como yo que no es nada normal lo que has hecho: venir hasta aquí sola, sin avisar al guardabosques ni a la guardia local. Nada, Elo. Llegaste anoche, conduciendo bajo la tormenta. Sin hablar de lo peligroso que ha sido siempre hacer eso, sabes que ahora puede suceder cualquier cosa en la carretera, que algo puede salir del bosque, ¿y entonces qué?

No quiero suicidarme, si es lo que piensas. No soy uno de esos que escapan de las ciudades para desaparecer —digo removiendo

las verduras con el tenedor.

Si eres la persona que conocí de niña, lo sé. Pero hace muchos años de eso y no hemos hablado, ni una llamada, nada.

Perdona. Fue duro. El abuelo murió y mamá…

Nadie te culpa. Yo menos. Pero ¿por qué, Elo?

¡Porque todo se iba a la mierda y no podía pararlo!

Aprieto el puño libre sobre el muslo, como si tratara de atravesarlo, de hacer desaparecer el dolor que siento junto a mi cuerpo.

¿Las cosas te iban mal en la ciudad?

Tenía trabajo…, y está Marla, te caería bien. Pero no soy feliz desde hace demasiado y estoy harta de fingir, de hacer ver que soy otra solo para poder seguir siéndolo.

Ya, bueno… —Clara se rasca la nuca mientras piensa—. Yo no creo que pasara de un tres. Mira dónde vivo y hay semanas que no me da ni por ducharme —ríe.

Sé que no tengo excusa.

Me miro los pies, esas botas viejas y desgastadas de otra época, de un tiempo cuando mi madre hacía bromas y yo soñaba qué sería de mayor.

Aquí siempre tendrás tu lugar, Elo. Sin embargo, las cosas son muy diferentes, no puedes aparecer sin más. Las noches y el bosque no son para las personas. Apréndete eso, grábatelo a fuego.

Pero tú…

Yo soy parte del bosque. Ni siquiera vivo en el pueblo, allí soy una visita, como tú.

Pincho un trozo de calabacín y me lo llevo a la boca. Mastico lentamente, doy tiempo a lo que rumio.

¿Qué buscabas antes, junto a la carretera?

Ayer noche desapareció una niña.

El bocado se me atraganta, doy un buen trago de cerveza y evito la mirada de Clara, ese gesto de «ya te he enseñado lo mío, ahora muéstrame lo tuyo».

Pico de Lobre, mañana del 31 de octubre

Unos pasos descienden a toda prisa de la vivienda principal hacia el local y, en unos minutos, se abre la puerta del colmado desde dentro, prende las luces y Matilda ya está en su puesto tras el mostrador.

La han avisado de la guardia local, hay una visitante. Es la nieta de un antiguo vecino, pero foránea de todos modos. Viene de la ciudad.

Matilda echa un vistazo a las estanterías, a los sacos de sal apilados junto a las bombonas de butano, a los alimentos que hace meses que no revisa si están caducados o no porque nadie los compra, y no hablemos del revistero… Ya no puede remediarlo, así que ¿qué más dará? Si es como los demás traerá sus propios suministros, la mayoría no se atreve ni a beber agua de la fuente. Y hace tanto de eso, de la última visita, ¿cuándo fue? Es incapaz de recordarlo.

En las calles del pueblo resuena el motor del todoterreno de la guardabosques, que avanza seguro en dirección al local. Una figura difusa desaparece contra un muro justo cuando el vehículo gira la esquina y pisa el freno ante la puerta.

Las dos mujeres entran en el local y son varias las figuras que aparecen de las calles circundantes, ecos que se sorprenden por los cambios, recuerdos con brazos y piernas, semitransparentes algunos. Cuando Clara y Eloise vuelven al coche, todas se esfuman sin que la visita llegue a percibirlas.

El todoterreno arranca y emprende su camino hacia el monte, Matilda espera unos minutos para cerrar con llave y apagar las luces. El pueblo vuelve a quedar en silencio y los fantasmas recorren sus calles.

Casa del abuelo, noche del 31 de octubre

Podría decir que la reunión de amigas de la infancia fue bien. Pese a la angustia y los nervios que me mordían por dentro desde que había dicho lo de la niña desaparecida, me mantuve callada y no sé si he hecho bien… Sé que es Clara y puedo confiar en ella, pero también es la guardabosques. El miedo y la sospecha me atenazan por ese tramo de carretera. Sin embargo, ¿qué haría una cría allí en plena tormenta y por la noche? Demasiados factores que deberían haberla alejado. Pero a mí también.

Clara ha cumplido. Me ha alimentado, hemos recordado viejos tiempos y me ha ayudado con el calentador. Sí, ahora dispongo de luz y agua caliente. Bienvenida a la modernidad, casa viejuna y abandonada. Aunque tan abandonada tampoco, porque mientras regresábamos en el todoterreno he visto algunas a las que ya no les queda ni tejado; son fachadas, máscaras sin nada por dentro.

He de preparar algo rico y llevárselo a Tomás como agradecimiento.

De nuevo a solas percibo el olor que emana de mí. El sudor siempre me ha delatado cuando estoy nerviosa. Subo las escaleras con la sensación de que me pesan los huesos y me aseguro de que quede jabón. Paso un agua por la bañera y decido que un baño me hará bien.

Entonces, por algún motivo, la carretera me vuelve a la mente. El golpe y la niña se cruzan. Bajo a la carrera y salgo al exterior, recorro el espacio estrecho junto al coche y me asomo. El parachoques está abollado y tiene una luz rota.

No es posible. Frené, salí del coche, allí no había nada. Pero quizá avancé demasiado, puede que estuviera más atrás. ¡¿Qué mierdas hacía la niña allí?!

Me agarro la cabeza con ambas manos, presionándome las sienes. Busco la calma, pero es imposible encontrarla. No puedo llorar y creo que sería lo más humano, que la tristeza me consumiera ahora mismo. Pero lo que me tortura es no comprender en realidad qué está pasando, ¿cómo Clara podía estar tan tranquila? Hablarme de la desaparición de la chiquilla y después ofrecerme pastel. ¿Qué había llevado a una niña a salir a esas horas, en esas condiciones? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Acaso buscaba culpables para no aceptar la realidad?

Mañana contactaré con Clara y se lo contaré todo. Responderé ante la justicia, sea cual sea.

Entro de nuevo a la casa. Percibo el olor a leña y, al volverme hacia la chimenea, veo que está encendida, cuando antes no quedaban ni brasas.

Gracias, abuelo —susurro camino del baño.

Abro el grifo y pongo el tapón. Ascienden volutas blancas del agua caliente. Pese al frío, me quito la ropa en el dormitorio y rebusco en la maleta un pijama abrigado, me hago con una de las toallas nuevas que he dejado en la silla por la mañana y me encierro en el baño.

El primer contacto con el calor es doloroso, me recorren agujas candentes por los pies helados. Después es un bálsamo en el que me hundo y dejo reposar mis músculos, permito que me abandone la tensión. Añado jabón y hago espuma, me detengo a contemplar cómo me cubre, mi piel queda oculta bajo la blancura, como un cadáver sepultado por la nieve. Resbalo por el armazón de la bañera y me sumerjo. Todo desaparece en un instante.

Una punzada en el estómago me retuerce bajo el agua. De forma instintiva aprieto ambas manos sobre la cicatriz, trato de mantener adentro lo que no debe escapar.

Saco la cabeza del agua, tomo una bocanada de aire y grito. Un grito largo, agudo y doloroso mientras sigo presionando con ambas manos el punto donde siento la puñalada, la garra.

Él está aquí cuando abro los ojos. Su mirada es triste y preclara. No da un paso más allá de la puerta, me observa detenido como si el grito lo hubiera invocado.

Lo siento, abuelo —susurro—. A veces el dolor vuelve, aunque no debería. Lo que hay dentro ya no siente, es un recuerdo del sistema nervioso —explico señalándome la cabeza.

Y él alarga su mano fantasmal. La luz de la bombilla convierte su carne en papel de calco. Posa la palma helada sobre mi frente y la percibo sólida. Sonríe de la misma manera que recordaba, aunque no era muy dado a hacerlo. Después, se esfuma como el humo de una vela de cumpleaños y se lleva con él el dolor y la angustia. No sé cómo lo ha hecho, pero la punzada ya no está, ni el nudo que me contraía el diafragma.

Me envuelvo en la toalla y me visto rápido para conservar el calor del baño.

Decido terminar de preparar la cama antes de la cena y entonces es cuando me fijo. La colcha naranja está más abajo, hundida como si el contenido del arcón se hubiera desinflado. Aparto la tela y miro las sábanas bordadas que hay debajo. Decido sacarlo todo y unos símbolos salen a mi encuentro: dos círculos con extrañas letras en el interior y una especie de estrella. También hay unas marcas, rayotes. Los recorro con el dedo y los rasco con la uña. Es cera y carbón. Vuelvo las sábanas que había encima y veo grabadas las formas grasientas de unos cirios, así como otro símbolo que debía estar escrito en una superficie más pequeña.

Alguien ha entrado en casa durante el día y se ha llevado lo que escondía el arcón. «No hurgues ahí, niña», vuelvo a escuchar. ¿Qué escondían? ¿Por qué alguien se tomaría las molestias de llevárselo ahora?

Lo guardo todo en el baúl y acabo de prepararme la cama. Me hago con una bolsa de agua que había en la mesita de noche y bajo a la cocina para calentar una tetera. Creo que con una infusión y una manzana me doy por cenada.

Dejo reposando el sobre de melisa en la taza y subo de nuevo para dejar la bolsa dentro de las sábanas, a los pies. Cuando me vuelvo, tras apagar la luz del dormitorio, veo algo que brilla sobre el arcón, un objeto que antes no estaba ahí.

Es un cristal de roca, un cuarzo con vetas doradas en su interior. Rutilado, recuerdo entonces. A mi madre le gustaban estas cosas, siempre llevaba piedras colgadas del cuello y me las regalaba por mi cumpleaños. «Mantenlo junto al corazón, alejará las energías negativas, el miedo y el dolor del pasado», me aconseja mamá desde la memoria. Así que lo tomo y me lo guardo en el bolsillo, espero que ayude igual desde ahí.

Gracias —susurro al vacío del dormitorio.

Bajo las escaleras acompañada por el rumor de la lluvia, el soniquete de las gotas contra el tejadillo y la puerta metálica. Me hago con el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y marco el número de Marla. No responde. Consulto la hora, no es tan tarde, aunque es razonable que no tenga ganas de hablar.

«Lo siento», escribo. «Soy una gilipollas. He de resolver un par de cosas, pero creo que volveré pronto, si me aceptas».

Me acomodo junto a las llamas, con la manta sobre los hombros y mi frugal cena ante mí.

En la lejanía se alza un rugido, que atraviesa la noche, un sonido que provoca que me agache bajo la mesa y me abrace a mí misma entre temblores. El reclamo se repite y todo el resto de sonidos —los pájaros, los grillos y los gatos— enmudecen. Solo el repiqueteo de la lluvia permanece.

Me asomo a la ventana que da a mi patio, al muro que se alza y separa la casa de todo lo demás. Esas criaturas saltan, trepan, sus garras son capaces de partirte en dos. De nuevo la mano se dirige a la cicatriz. Una de esas cosas está aquí.

Y la oscuridad lo engulle todo, conmigo allí, hecha un ovillo junto al fuego.

Robleda, noche del 31 de octubre

Después del descanso llega el hambre y los recién nacidos son glotones. La criatura paladea el aire en busca de otras vidas de las que alimentarse. Se asoma a la boca de la cueva y su piel vibra, recibiendo un mapa de lo que la rodea. Podría decirse que se ecolocaliza a través de un temblor tan tenue que solo las plantas perciben, pese a la lluvia es capaz de saber desde dónde le llega un olor por el sentido del gusto. Así que ahora sabe que hay un corzo cerca, al este. También ha percibido a una extraña y a alguien conocido, en el bosque y la carretera, pero de eso hace horas.

Sale de su nuevo hogar y se dispone a cazar, así que lo anuncia a la noche y a las estrellas. Clama a los poderes antiguos para conseguir su presa y emprende la carrera.

El rumiante la escucha, como el resto del bosque. Todos callan, a sabiendas de que ese sonido significa peligro, pero el animal no la esperaba, no la imaginaba tan rápida o tan próxima, y las garras le arrancan la cabeza de un bofetón. La criatura se abalanza sobre la comida y retuerce el cuerpo grácil del venado con sus apéndices. La boca, menuda, mastica deprisa.

Más allá, en la cabaña del guardabosques, Clara escucha también el reclamo y se asoma a la robleda. Calcula la distancia por el eco y la reverberación del sonido. Viene de la zona donde ha estado hace horas con Eloise. La bestia sigue en su territorio y quizá todavía pueda dar con la niña, piensa ella, siempre positiva.

Por la mañana recorrerá el área y después visitará a la familia.

Solo entonces se pregunta si Eloise habrá escuchado el rugido y si eso será suficiente para que regrese a su casa.

Casa del abuelo, madrugada del 1 de noviembre

No pego ojo. Sigo despierta horas después de aquel sonido espantoso, incapaz de subir al dormitorio o alejarme del fuego. Por algún motivo, las llamas hacen que me sienta a salvo, como si al subir al piso de arriba fuera vulnerable.

Por no ser capaz, no puedo ni levantarme del suelo donde me he hecho una bola con la manta y los cojines, escondida bajo la mesa, contra el banco de madera. Tiemblo de forma incontrolable y sé que es el pánico, lo mismo que provoca que me duela el pecho y no pueda respirar, que esté mareada y con nauseas.

La pantalla del móvil permanece en negro, no he recibido respuesta de Marla y soy consciente de que no he de llamarla, no en este estado. Si lo hago, moverá cielo y tierra para llevarme de vuelta, y antes he de solucionar lo de la niña, saber si soy responsable de que no regresara a su casa.

Me abrazo las piernas y escondo la cabeza en el hueco cálido que forman mis brazos. Hui de una vida que estaba perdiendo el sentido y me he metido de lleno en una puñetera pesadilla. ¿Por qué nunca puedo escuchar a los demás? O, al menos, a quiénes me quieren ayudar…

Entonces el teléfono suena. No el móvil de alquiler, sino el viejo cacharro de línea que utilizaba cuando era una cría para llamar a mis amigos del colegio cuando estaba en el pueblo.

¡Ring, riiing, riiiiiing! Cualquiera diría que la espera lo pone nervioso, o soy yo la que está a punto de saltar, como una cuerda demasiado tensa, porque me da la sensación de que sube el volumen y se alargan los timbres, de que algo en el piso de arriba lo está escuchando y va a bajar a por mí.

Escondida debajo de la mesa, percibo la oscuridad del recibidor como una masa densa en movimiento. Las llamas de la chimenea, que no he dejado de alimentar con leños, hacen danzar sombras alargadas que se pierden al cruzar el umbral de la puerta.

El teléfono sigue sonando. Insiste. Me reclama.

Gateo entre temblores fuera de mi escondite. Oigo un crujido en las tablas viejas, arriba, en la habitación cerrada. La piel de gallina, una lágrima que se escapa. Me quedo de cuclillas, calculando los pasos que necesito para alcanzar la luz, para terminar con la oscuridad de la sala contigua, y oigo un paso. Estoy segura, ese crujido no es natural, es provocado.

Corro, pego un acelerón, que me lleva de cabeza a la mesita del teléfono y casi me lo como. Escucho la puerta arriba, pasos que también se precipitan escaleras abajo, directos hacia donde estoy yo, pero no se ve nada porque es todo oscuridad, negrura para unos ojos que llevan horas abiertos de par en par frente al fuego.

Golpeo el interruptor con la mano abierta, con fuerza, y en el destello juraría que he visto a una mujer, al menos sus contornos, alguien con camisón antiguo que se ha esfumado en cuanto la luz la ha rozado.

¿Elo? Oye, ¿estás ahí?

Oigo la voz de Clara. Al golpearme contra la mesita he descolgado el teléfono sin querer. Me acerco el auricular y respondo con un hilillo de voz.

Sigo aquí.

¿Estás bien? No sé por qué he tenido la sensación de que…

No. No lo estoy. Por favor, ¿puedes venir? Sé que es de noche y todo eso de no salir en plena oscuridad, pero, por favor…

Estoy llorando, me falta el aire mientras trato de controlarme, aunque no sé si he empezado ahora o ya hace rato que estoy en este estado.

Voy en camino —responde mi amiga.

No tarda ni diez minutos. Escucho el todoterreno a lo lejos, en el silencio cuajado de la noche, acompañado por el áspero y repetitivo craaac de un arrendajo solitario. Desde el porche, miro a lado y lado y cruzo a la carrera. Abro lo justo para que Clara pase, ha dejado el coche aparcado junto al muro.

Ella camina tranquila, entra a la casa y me observa mientras cierro con llave sin dejar de volverme para vigilar las escaleras que suben a los dormitorios.

¿Qué sucede? —pregunta posando las manos heladas sobre mis hombros.

Había algo arriba y se han llevado cosas, alguien ha entrado en la casa cuando yo no estaba, y mi abuelo, y después esa cosa ha rugido y…

Las ideas se me escapan, no soy capaz de ponerles orden. Sigo temblando. Ya no lloro, me duele menos el pecho ahora que ella está aquí, pero el miedo continúa rondándome.

Clara me acompaña hasta el banco de madera. Corre las cortinas de las ventanas, me cubre con la manta y prepara dos tazas de manzanilla.

Vamos paso a paso. Bebe un poco, te calmará.

Y obedezco. Aspiro el aroma, cierro los ojos. No estoy sola. Doy un sorbo.

Te avisé de que no era seguro, pero, si te quedas en casa durante la noche, estarás a salvo de lo que hay en el bosque —explica Clara—. Tenemos alarmas por todo el perímetro del pueblo, si alguna criatura intenta pasar, yo lo sabré.

Pero pueden hacerlo… —susurro.

Sí. La ciudad queda lejos, no disponemos de un muro mágico que nos proteja.

No tiene nada de mágico —empiezo a decir, pero veo su gesto—. Y si salta una alarma…

Yo lo soluciono.

La miro a los ojos, concisos, fríos y seguros.

Ahora háblame de lo otro. ¿Alguien ha entrado en la casa? ¿Te han intentado atacar? ¿Dónde están ahora?

Cuando hemos vuelto. Bueno, cuando te has ido, he subido arriba y faltaba algo en el arcón de mi abuelo. No sé qué, pero se han llevado lo que estaba escondido al fondo.

Clara alza la ceja y eso me hace pensar que sabe algo, es como un perro de caza señalando a la presa.

Pero cuando hemos venido no había nadie, ¿quién te ha atacado?

Creo que era un fantasma… —digo muy bajito, temerosa de que crea que estoy como una cabra, pero ella no se sorprende.

¿Y no era tu abuelo?

—Él ha estado conmigo antes, pero no lo he vuelto a ver.

Mi amiga se levanta, saca una brújula extraña de una bolsa prendida del cinturón. Sigue la dirección de la aguja y se detiene al final de las escaleras, mira arriba. Cuando veo que hace el gesto de subir, enciendo la luz de ese tramo con rapidez. Ella me mira.

Antes ha desaparecido cuando he prendido la luz —digo.

Puedes apagarla. Si hay algo, quiero verlo.

Le hago caso y la escucho subir al piso de arriba. Entra al dormitorio principal, al baño y después sus pasos me llevan con ella hasta la otra habitación. Se detiene. Un murmullo es lo único que me llega desde la planta superior y no puedo evitar recular hacia la luz. Poco después, Clara baja tranquila y guarda la brújula de nuevo en la bolsa.

Lo que fuera ya no está. No debe preocuparte. Mañana dibujaremos algunos símbolos en puertas y ventanas, y todo solucionado.

Era una mujer en camisón, como en las novelas de terror antiguas, las que leíamos para meternos miedo.

Lo sé, Elo —dice acariciándome la mejilla como si yo fuera una niña, y ella, una adulta que trata de decirme que todo irá bien—. Nosotros convivimos con ellos, están por todas partes. Al final te acostumbras.

Robleda, madrugada del 1 de noviembre

Después de la cena, llena y satisfecha, la criatura siente una emoción entre tristeza y recuerdo, algo llamado «melancolía» por los humanos. Su naturaleza le dice que se quede entre los árboles, con la tierra y las estrellas, pero ella camina en dirección al humo y las luces, hacia las casas.

Es capaz de recorrer largas distancias en poco tiempo y el suelo enfangado no es ningún impedimento. No se agota con facilidad y puede saltar a gran altura. Todo es un juego y se divierte. Mas, cuando llega a la primera casa e impulsa sus cuartos traseros para subir al tejado, algo la golpea y la lanza hacia atrás con fuerza.

Una luz, muchas manos. La bestia husmea el aire, se acerca, esta vez con lentitud, hacia lo que parece el límite, la línea que divide la naturaleza de lo humano. Estudia su contorno, saborea el aire, de pronto salado. Hace el gesto de cruzar y entonces los ve, figuras fantasmagóricas, algunos más consistentes que otros, la miran con una violencia inhumana que hace recular al monstruo.

Los antiguos habitantes del pueblo son invocados por aquello ajeno, por todo lo que venga de afuera.

En la casa, Clara sube las escaleras en la oscuridad y deja a su amiga atrás, hecha una madeja de nervios que tirita, pálida, con las llamas bailando a su espalda. No presiente nada en el primer dormitorio, ni en el baño, aunque no necesita entrar en la siguiente habitación para saber que ahí hay algo poderoso, un espíritu muy antiguo que no reconoce a Eloise como parte de la casa porque nunca la llegó a conocer.

Es su nieta —murmura la guardabosques a la mujer furiosa del camisón—. No la llegó a conocer porque usted se marchó mucho antes, pero esa mujer de ahí es la hija de Teresa.

El rostro azulado y translúcido de la aparición se dulcifica. Mira hacia abajo como si pudiera ver a través de las tablas de madera.

Debemos protegerla —añade Clara—. Hay terrores vivos ahí afuera.

La mujer fantasma asiente y se une a la oscuridad de las paredes.

Mientras tanto, la bestia recorre el límite del pueblo, en busca de algún desliz. El perfil es claro, nada crece en contacto con los primeros muros y adoquines, hasta que su olfato da con unos brotes verdes.

Las aves madrugadoras avisan de lo que todavía no se advierte a simple vista y la criatura regresa a su cueva, a descansar. Se hará más fuerte y volverá.

Casa del abuelo, mañana del 1 de noviembre

Me despierto en la cama. Una línea de luz se dibuja sobre el cobertor naranja, oigo trajín abajo y huele de maravilla. Desde mi posición, con la puerta abierta veo el segundo dormitorio, en la otra punta del rellano. Ya no siento el pavor de ayer noche, es como si la amenaza se hubiera volatilizado.

Corro las cortinas y la luz se desparrama por los muebles. Las casas vibran en la mañana, el hielo de los tejados se funde y los pájaros picotean aquí y allá. Es todo tan distinto ahora que ha salido el sol.

Tras lavarme la cara, bajo las escaleras y me asomo para ver a Clara pelearse con el menaje de cocina de mi abuelo.

Bueno, no habrán quedado perfectas, pero ya te digo que buenas lo están un rato —dice plantando en la mesa un plato con tortitas—. Espero que tengas hambre porque no sé de medidas.

La abrazo sin dejar que suelte la espátula siquiera.

Gracias por todo, Clara. No sé qué habría hecho si no llegas a llamarme anoche.

Es mi trabajo, tonta —responde.

Y lo pienso. ¿Cómo supo que debía llamarme? Habían pasado horas desde el rugido.

¿Saltó la alarma? ¿Por eso llamaste?

Clara tuerce la sonrisa y sé que es una afirmación, un «me has pillado» en toda regla.

Vamos. Desayuna. Sé que tú estás de vacaciones, pero yo tengo cosas que hacer.

Solo que tales vacaciones no existen. Han rechazado mis últimos artículos y anulado mis clases en la universidad *online*. Estoy

desempleada en un mundo que no acepta tal cosa. Si no fuera por la posición de Marla y porque parte de mí es propiedad de PK, esto no sería un viaje de «placer». Opto por dejarla creer que es así y devoro un par de tortitas con mermelada de naranja amarga.

Mi amiga sirve dos tazas de café y se acomoda en una silla frente a mí. Extiende un mapa del bosque ante ella mientras bebe a sorbos cortos. Con un lápiz rojo marca una línea desde los árboles a la carretera. Señala también un punto en el pueblo y después dibuja varios círculos entre la espesura.

¿Qué haces? —pregunto mientras devoro otra tortita.

Ahora iré a peinar el bosque. Estas son cuevas y grutas donde un animal grande podría guarecerse —dice señalando los círculos—. Primero iré a los más próximos a la carretera, quizá encuentre alguna otra pista del paradero de la niña.

Siento una pena inmensa que se mezcla con la culpa, con la posibilidad.

Si una de esas cosas se la ha llevado, ¿qué posibilidades tienes de encontrarla?

Clara alza la vista del mapa y achina los ojos como si intentara ver a través de mi piel, dentro de mí.

Debemos saber qué sucedió. Es lo mínimo, ¿no crees?

Tomo la taza con ambas manos y la balanceo, un oleaje negro que amenaza con desbordarse.

He de contarte algo. No estoy segura de qué sucedió, pero me choqué con algo la noche que llegué aquí. Salí del coche y no había nada, pero…

Eloise, lo sé —confiesa ella antes de que continúe—. Los detalles los desconozco, pero cuando te ayudé con la bombona vi el coche.

Agarra una de mis manos y detiene el oleaje.

Descubriremos qué sucedió y, en todo caso, no fue culpa tuya. No deberías haber conducido en esas condiciones, pero hay demasiadas cosas que no fueron correctas aquella noche.

Acto seguido, se come tres tortitas, apura el café, se pone la chaqueta y pregunta:

¿Me acompañas o no?

Carretera de la montaña, mañana del 1 de noviembre

Cuando salgo de casa, Clara justo termina de dibujar algo en el marco de la ventana que da a la cocina. Es un símbolo dentro de un círculo con cuatro líneas mal puestas.

¿Qué significa? —pregunto.

Mantendrá afuera lo que no es de la casa.

Y esa respuesta me vale.

Una vez en el todoterreno dejamos las calles atrás y volvemos a esa carretera de la que parece que no nunca llegué a salir. Me sorprende la facilidad con la que me ha convencido para que vaya con ella, cuando ayer noche no podía caminar por mis propios medios de lo aterrorizada que estaba.

El móvil vibra en el bolsillo de la chaqueta. Es un mensaje de Marla en respuesta al que le mandé anoche.

«Vuelve cuando quieras, Elo. Aquí estoy».

La atención de Clara pasa de la carretera a mi pantalla y sé que intenta leer el mensaje.

No seas cotilla —bromeo—. Ayer noche escribí a Marla.

Clara abre mucho los ojos.

Fue antes del rugido, cuando te fuiste. Le dije que pronto volvería.

Miro por la ventana para evitar confrontar a mi amiga.

Discutimos. Yo quería formar una familia, todavía quiero… —digo con una mano sobre el vientre—. Todo lo que hay aquí adentro es artificial, patentado en laboratorio y, como ya sabrás, en las ciudades hay normas muy estrictas para tener hijos.

Ahora sí, me vuelvo y la observo, pero ella mira al frente, como si le explicara lo más normal del mundo.

Marla no quiere quedarse embarazada, necesitaríamos un útero externo, hace años que no se puede adoptar.

Tras los sucesos, la población disminuyó drásticamente, fueron tantos los niños que perecieron, incapaces de defenderse de algo incomprensible para todos… Ahora son demasiado valiosos como para dejarlos en manos de cualquier individuo, sin importar que sean sus padres biológicos. Casi no se conceden permisos de paternidad y la mayoría no está dispuesta a correr el riesgo de tener uno para que después te consideren no apto para la crianza. Y eso no es algo que importe a un nuevo orden social donde los bebés pueden nacer en laboratorio y el Estado puede absorberlos como material social con alta proyección.

Clara no dice una palabra, pero la veo apretar los dedos en torno al volante.

Me denegaron el permiso, ya van tres veces y no lo puedo volver a solicitar. Le rogué a Marla que lo hiciera por mí, por nosotras, pero ella no quiere traer a un niño a este mundo, le horroriza la idea de que nuestro hijo termine siendo un engranaje más.

¿Y quién no lo es? —pregunta mi amiga.

Me sonríe con tristeza.

Siempre quisiste una familia, desde que eras niña hablabas de tener un montón de críos y que jugaran con los míos. Recuerdo que me organizabas el futuro en torno a esa idea. Yo pasaba de esas cosas; de hecho, ni me gustan los bebés, pero tú…

¿Estás con Marla?

La entiendo. Pero la realidad es distinta para cada uno y creo que lo que más te duele es no poder decidir por ti misma. Te han arrebatado esa opción.

Retuerzo las manos entre las piernas y observo el bosque, una línea verde y cobriza que se extiende por todo el límite izquierdo.

Detiene el todoterreno, nos apeamos y la ayudo a colocar las luces holográficas. Esta vez, Clara abre el maletero y, de una caja acoplada al coche y cerrada con huella digital y código de seguridad, extrae una especie de arma pequeña. Me recuerda a un táser, pero

más grande. Lo guarda en una funda en su bat-cinturón y bajamos por la pendiente hasta los primeros árboles.

Seguimos el camino de ayer y llegamos al árbol caído donde encontramos el retazo de tela. Clara se acuclilla y remueve la tierra con las manos, la huele y vuelve a dejarla en su lugar. Se levanta y limpia las manos en los costados del pantalón.

Una operación de ese calibre… ¿Qué te sucedió? —pregunta entonces.

Me toma por sorpresa y supongo que ya era su intención. Trato de ordenar las palabras, explicarlo de forma sencilla; sin embargo, me resulta imposible articularlas sin que me tiemble la voz.

Siento el sudor frío por la espalda, las náuseas nerviosas, el nudo en el pecho. Un ataque de pánico. La busco y su imagen se desenfoca, lejos, lejos.

El recuerdo me atrapa.

Universidad de Ciudad de Plata, noche del 7 de febrero del 2003

Me veo a mí misma desde el exterior. No es que flote por encima de mi cuerpo ni nada por el estilo, simplemente estoy ahí, de pie. Observo sin participar.

Mi cuerpo es un trozo de carne arrojado al suelo. Manoteo, pero sin fuerzas. Soy una de esas flores tropicales, abierta y roja, supurando néctar. Lo que debería permanecer dentro está en el exterior, desparramado, palpita. El vapor emana de mi interior, de esa cavidad resbaladiza y brillante con dientes de costilla.

Aquella tarde me quedé en la universidad más tiempo del que debía. Quería entregar un trabajo y aproveché que la sala de informática estaba libre para dar los cuatro retoques finales y enviárselo al profesor. Cuando salí, ya había oscurecido.

Qué tenía, ¿diecinueve? ¿Veinte años? El cambio era reciente, todavía nos manifestábamos por los derechos y las libertades de las personas que estaban siendo abandonadas, contra el nuevo régimen que acabaría unificando lo que quedaba del planeta. Recibíamos clases de supervivencia y sabía qué hacer y qué evitar, pero no me creía la mitad de lo que nos contaban, me parecía una soberana gilipollez, un cuento para asustar a la población, para controlarnos.

Podría haber subido al último bus interno que me llevaría directa al tren, llegaba a tiempo. La universidad quedaba a las afueras de la protocúpula, lo que después se convertiría en la esfera estacionaria. Con los años, la universidad se mudó a un flamante rascacielos en la ciudad y los edificios antiguos quedarían abandonados hasta que un equipo de investigación de la anomalía se instaló por su buena ubicación, justo en el límite.

Esa tarde yo me creí más lista que todos y decidí conservar las viejas costumbres, pasear hasta la estación, por fuera de los muros, respirar aire fresco y todas esas pavadas.

Al principio no sucedió nada y eso me hinchó el ego porque qué valiente y lista era, todo ese ganado acatando normas y subiendo a un transporte que recorre las tripas de los edificios, sin poder disfrutar de las estrellas y de la luna llena, del frescor del invierno en las mejillas… Y al final fueron mis tripas las que recorrieron el suelo.

La bestia se aproximó agazapada, ni me percaté del silencio anómalo a mi alrededor, y cuando percibí su hedor, la característica mezcla que hace que te arda la nariz cuando están demasiado cerca, ya me tenía. Para ella fue tan fácil como abrir una breva madura con la punta de un cuchillo. Sus garras cortan el metal, ¿qué era mi ropa, la piel o el hueso para ellas? Me rajó del ombligo al pecho, resbalé en mis propios intestinos antes de gritar, caí de espaldas y la criatura hizo ademán de venir a por mí, terminar el trabajo, pero algo aulló en la lejanía. Un reclamo.

El monstruo me olfateó, como quien piensa: «Vaya, con lo buena que me había quedado la lasaña» y de un salto subió a un tejado bajo y después desapareció en dirección al prado que había más allá del campus universitario.

Y ahí estoy yo, intentando meterlo todo para adentro. Vuelvo la cabeza en un charco de mi propia sangre. Me miro, me mira. La punzada me dobla en dos.

Robleda, mañana del 1 de noviembre de 2022

Recupero el aliento. Clara me acaricia la espalda.

Tranquila, respira, respira —susurra.

Los sonidos del bosque regresan. Escucho el viento entre las hojas, los trinos de los pájaros y mi propio corazón, desbocado.

Lo siento, no sabía que te pondrías así —dice mi amiga.

Alzo la vista hacia los troncos que siguen y siguen, devorados por las sombras. Un color se mueve veloz en la oscuridad, el violeta de una chaquetilla rasgada. ¿Es la niña? ¡Sigue viva!

Y me lanzo a la carrera con Clara gritando que me detenga.

Robleda, mañana del 1 de noviembre

Un *déjà vu*, la repetición de una escena, una y otra vez. No solo los muertos se condenan a ellos mismos al eterno retorno, también los vivos siguen sus pasos, aunque estuvieran equivocados.

El todoterreno regresa al mismo punto de la carretera y ambas mujeres se internan de nuevo en el bosque. Cambian algunos gestos, el orden de los factores; pero, en resumen, es un reflejo de la mañana anterior.

¿Y qué es una comunidad humana? Una serie de individuos enlazados por relaciones que los mantienen siempre recorriendo los mismos senderos; solo algunos escapan del ritmo inevitable de la marea. Sin embargo, la mayoría acaban por regresar con los años. El añoro de un mundo mejor, de un recuerdo modificado y edulcorado por su imaginación; según las experiencias los ponen en su lugar y les muestran que no son tan maravillosos, tan brillantes, que resultan otro ser anodino más.

Así que regresan, sí. Vuelven al hogar o a lo que ellos creen sus raíces. Y se atan del todo para atrapar a otros, para alimentar los tallos jóvenes con el cadáver de sus sueños, convirtiéndose después en fantasmas que repiten, como en vida, los días.

Este no es el único pueblo que ha recurrido a la magia arcana para proteger a sus habitantes de la naturaleza que los reclama como propios, sin pensar cómo llegó el cambio en primer lugar. Nadie pregunta si no fue la fuerza de sus invocaciones en masa, su deseo de cambio, el odio por ellos mismos y sus existencias, hacia su entorno, lo que provocó que se elevaran las barreras y regresara lo que descansaba tras el Umbral.

En el bosque, la mujer de ciudad se agita, de rodillas en la tierra húmeda. Algo en su memoria ha resurgido y la ha cautivado como el canto de una sirena, arrastrándola a un lugar y un momento que

nadie desearía revivir. Con su regreso al presente, el fino velo de la realidad que ella conoce se ha resquebrajado y por las roturas, como si fueran el ojo de una cerradura, entrevé algo que no comprende.

La mente humana rellena los huecos de la información incompleta para poder dar coherencia a lo que perciben con sus toscos sentidos. Si ven un avión, pero todavía no existe ese concepto en su vocabulario, buscan algo semejante, un pájaro enorme, una criatura de su mitología, tal vez. Y la mujer llamada Eloise ve algo que no comprende y quiere ver a la niña perdida.

Corre a tal velocidad que a Clara, que sí entrena cada día, le cuesta darle alcance. «¡Detente!», le grita. «¡¡No es real!!», trata de convencerla porque está segura de que su amiga persigue el motivo de su culpa. «Elo, por favor, ¡para! ¡¡No todos los fantasmas son reales!!».

Pero la otra mujer no la oye o no quiere escuchar. Tropieza, cae y rueda colina abajo. Se golpea con piedras afiladas y raíces, con pequeños árboles y troncos caídos. Todo da vueltas a su alrededor hasta que no puede continuar mirando y un último golpe lo deja todo en negro.

La guardabosques la ha perdido. No ha visto la caída, la otra ni siquiera ha gritado porque estaba obcecada y todo ha ido demasiado deprisa. Y, siguiendo el que cree que es el rastro de su amiga, tuerce por donde no es y se aleja, paso a paso, de su compañera inconsciente.

Robleda, tarde del 1 de noviembre

Reconozco el dormitorio, la luz anaranjada del amanecer sintético y el paisaje japonés con marco que imita la madera de cerezo. Sé que es un sueño, soy totalmente consciente de que la he cagado brutalmente, me he largado en una huida egoísta y ahora estoy de mierda hasta el cuello. Aun así, quiero quedarme.

Marla duerme a mi lado. Su piel contrasta con las sábanas verde hoja; siempre le ha quedado bien ese tono. Los rizos se le desparraman por las almohadas y yo hundo el rostro para alcanzar su perfume, para recordarlo, atraerlo al sueño.

La acaricio sin intención de despertarla, solo por sentir su calor y suavidad una vez más. Cuando la abrazo ella dice algo en sueños; sueños dentro de otros sueños. Se vuelve hacia mí y me besa. Un beso largo, profundo y húmedo, que me hace desear algo más que solo el roce.

No dura. El frío o el dolor, quizá la combinación de ambos, emborronan el dormitorio iluminado por la mañana, la boca entreabierta de Marla, sus muslos y el espejo donde nos veía a ambas reflejadas. A la Marla y la Eloise de hace años, cuando empezamos a vivir juntas en nuestro primer piso.

La postura me impide pedir auxilio. Estoy bocabajo y tengo la boca llena de tierra y hojas muertas; no quiero imaginar qué más puede retorcerse en el humus que he debido tragar a puñados.

Escupo e intento incorporarme. Solo puedo apoyarme en el brazo derecho, el izquierdo arde y no lo puedo mover. Respiro profundo y el pinchazo agudo que siento en las costillas me advierte que puedo haberme partido alguna. Las piernas parece que funcionan.

De rodillas miro a mi alrededor. No reconozco dónde estoy y no recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

Habíamos dejado el todoterreno en la carretera y hablaba con Clara. El sudor frío me recorre la espalda como una advertencia. «No vayas por ahí», dice. Y trato de avanzar, recordar qué me ha llevado hasta mi situación actual.

«La niña», me digo. Me pareció verla en el bosque. El color de su ropa. No sé qué me dio, pero no era yo misma, la perseguí sin más.

Busco a Clara. La llamo, grito su nombre. No recibo respuesta.

Descubro sangre en el pantalón. Un rasgón en el tejano me muestra una fea herida sobre la tibia, por suerte no ha llegado al hueso. Con dificultades, me pongo en pie y trastabillo hasta apoyarme en uno de los robles.

El dolor del hombro es tan profundo que me marea. Creo que me lo he dislocado. Cuando era niña me pasó un par de veces, la primera me lo puso en su sitio mi madre, pero la segunda… Miro el tronco, tomo aire, apunto y al tiempo que exhalo me golpeo lo más fuerte que puedo. El hombro cruje y rechino los dientes.

Tardo unos minutos en reponerme. El brazo me palpita, aunque puedo moverlo. Es posible que después me caiga una buena bronca, pero ahora mismo no tengo más opción que tirar con lo que tengo y necesito ambas manos.

Busco el móvil en la chaqueta y rebusco en la hojarasca que hay alrededor del lugar donde he recobrado la consciencia. No encuentro nada más que un enorme ciempiés, que prefiero no rozar por si es venenoso.

Recuerdo haber caído, así que venía de arriba. Estudio la pendiente, de lado a lado, y no veo ningún punto por el que pueda trepar. Además, no creo que sea capaz de hacerlo ahora mismo. Tampoco doy con el teléfono. Debió caer antes, quizá donde tropecé o en plena carrera.

Pienso de dónde veníamos y hacia dónde quedaba el pueblo, así que resuelvo seguir en su dirección hasta encontrar cómo volver a subir. Seguro que Clara me está buscando y dará conmigo antes de

que yo llegue muy lejos. Trato de convencerme porque la idea de seguir aquí al anochecer es algo que no puedo ni plantearme.

Las copas de los árboles son muy densas, los líquenes cuelgan de las ramas a modo de largas barbas, todo crece tan junto que no llega la luz, estoy en penumbra. No sé cuánto tiempo llevo inconsciente, ni puedo hacerme una idea de qué hora es, podría llegar la noche y me daría cuenta cuando ya no fuera capaz de dar un paso más.

Avanzo con cuidado, vigilando no pisar en falso, no internarme en el bosque y perder la pista. De vez en cuando llamo a Clara, pese a que cada vez me cuesta más hacerlo, me aterra estar ofreciéndome en bandeja a cualquier cosa que habite por aquí.

A pesar de la chaqueta —que no recuerdo bien si era de mi abuelo o de mi madre, pero me va enorme—, estoy helada. La temperatura es cada vez más baja y volutas blancas me escapan de los labios cuando respiro.

Escondo las manos en las mangas y después en los bolsillos de los tejanos. En busca de calor encuentro el cuarzo rutilado. Contemplo los cabellos dorados en su interior, que brillan con luz propia y me bañan la mano con un suave brillo.

Me gustaría que estuviera aquí conmigo mi abuelo, su fantasma. Supongo que no podría hacer gran cosa por mí, pero al menos no estaría tan sola, tan perdida y asustada. Y me pregunto cómo he podido aceptarlo tan rápido… La locura de los fantasmas, digo, los espíritus que se pasean por las calles del pueblo. ¿Cómo me puede parecer normal algo así?

Aunque, si lo pienso bien, si hace quince años alguien me hubiera dicho cómo iba a cambiar todo, lo que iba a surgir de pronto de las entrañas de la tierra, de las nubes, las junglas y bosques, de los océanos… ¿Habría creído algo? No creo siquiera que hubiera aceptado cómo vivimos hoy en día, cómo en pocos meses la economía global se fue a pique, todo cambió y se unificó bajo un gobierno autoritario solo dedicado a mantener a salvo a los supervivientes…

Según avanzo entre mis pensamientos, la oscuridad devora las líneas lejanas de árboles, es un pasillo en el que van apagando las bombillas, de una en una. Un rumor asciende de intensidad arriba, en las copas, y alguna gota se cuela al sotobosque. Tras meses sin tormentas, las lluvias amenazan con ahogarnos a todos. Quizá la naturaleza busca cómo acallar de una vez por todas a la humanidad.

En mi mano, el cuarzo brilla como una barrita fluorescente. No quiero aceptarlo, pero la noche se precipita, veloz y funesta, sin darme tiempo a reaccionar. Los crujidos y cantos esporádicos, los grillos que me han acompañado todo el camino, enmudecen.

Dejo de escuchar lo que me rodea porque ellos han ocupado el interior de mi cabeza. Pájaros, pájaros, pájaros todo el tiempo, resonándome en los tímpanos.

La melodía del atardecer.

Robleda, tarde del 1 de noviembre

El bosque está al acecho. Ha olido el miedo y saboreado la sangre. Eloise rodó y alimentó a la tierra, se cortó con los filos de las rocas e inconsciente regó las raíces de los árboles. Muchos no lo saben porque no quieren fijarse, mas esos gigantes con los que los humanos han construido casas, barcos, muebles, hasta escrito libros en la masa resultante de triturar sus cuerpos, se comunican y comparten donde otros no tienen ojos. Mediante los hongos de sus raíces, un grupo puede alimentar a un compañero decapitado. ¿Cuántas veces se ha visto un tocón al que le brotan ramas, que de nuevo se alza en el bosque tras haber sido puesto a dormir por un tajo certero? Pero él seguía vivo, por debajo, alimentándose desde allí, recibiendo información por la red micelial del subsuelo, esperando su momento.

Y hoy ha sido la sangre de Eloise la que ha despertado al bosque. Una sangre que esa tierra ya conocía, que recuerda, pero cambiada. Sin embargo, el bosque también es distinto. La sequía, la emergencia climática amenazó con arrasarlo todo y la anomalía fue la que, al final, cambió los ciclos, las pautas, el *statu quo*.

La naturaleza renació y el ser humano casi fue erradicado, se escondió en sus microcosmos o se vio obligado a evolucionar y aceptar su lugar en el mundo. Algunos todavía luchan por lo que fueron.

Clara, sin ir más lejos; ella busca a su amiga y no tiene ni idea de que caminan en direcciones opuestas, no imagina que Eloise está malherida y que el bosque la reclama. Si fuera consciente de ello, estaría improvisando algún ritual de esa magia antigua con la que llevan jugando demasiado tiempo y al final les estallará en la cara porque es inevitable.

El ser humano y su manía de creer que domina, que sabe y puede manejar fuerzas a las que solo sirve como parte de un todo; palabras que dan forma al universo, voluntad que enfoca la creación, materia con que generarla. Eso son. Se creen creadores cuando son el barro para dar forma.

La guardabosques está preocupada porque su amiga salió corriendo tras un eco, el recuerdo de lo sucedido, algo que ella no había conjurado y, sin embargo, Eloise vio tras sufrir el episodio. Un ataque de pánico, en el que, de rodillas y con los ojos en blanco, le relató como poseída qué le sucedió hace casi veinte años, qué cambió su forma de ver el mundo y su propio cuerpo. Después, con la mirada todavía neblinosa, salió tras algo que no debería haber percibido.

La mujer del bosque es consciente de que llega la noche. Todavía no, faltan un par de horas, pero ya se hace notar. Decide retroceder, volver sobre sus pasos, buscar otras pistas y en su retroceso da con el móvil de su amiga. La pantalla está partida, aunque todavía funciona.

El lugar donde lo ha encontrado le hace pensar que debe haber caído pendiente abajo.

Comprueba el arma que cuelga del cinturón, la linterna de emergencia y finalmente deja que la brújula haga el resto. Ya no sigue a Eloise, sino la sed del bosque. Si ha caído, habrá sangrado. Y, si es así, en cuanto oscurezca le darán caza.

De este modo es más fácil. No le está permitido interferir en la voluntad o movimientos de otro ser humano, pero como guardabosques sí puede interponerse entre los deseos de la naturaleza y aquellos a los que protege. Y Eloise, desde que durmió en el pueblo, es parte de su comunidad.

Mientras Clara sigue el baile de la aguja, Eloise renquea, creyéndose más cerca del pueblo. La oscuridad se eleva al mismo tiempo que la niebla cubre parte del sotobosque y el murmullo de la lluvia se mezcla con el escándalo de los pájaros que anuncian la

noche. La bestia se agita en sueños, pues un aroma nuevo y que, sin embargo, conoce ha pasado muy cerca de su guarida.

Los hilos se cruzan, las historias colisionan y sus personajes se comunican, como las hifas miceliales bajo tierra y sus robustos simbiontes, ahora hambrientos.

Robleda, noche del 1 de noviembre

Tras el canto ensordecedor que reclama la noche, todo es silencio.

Quizá no hago bien, puede que seguir adelante sea lo suyo. Tal vez retroceder en busca de Clara es incluso mejor idea. Sin embargo, la niebla y la oscuridad hacen imposible ver dónde piso, el murmullo de la lluvia ha devenido en un concierto acústico y ya no son un par de gotas las que atraviesan el manto espeso de las copas de los robles, sino que el peso abate las ramas y breves cascadas convierten el suelo en lodazal. Además, los crujidos se han intensificado hasta el punto de parecer cuerpos que se arrastran sobre la hojarasca.

He encontrado un recodo donde las raíces crean una especie de escondite y aquí me meto, como Frodo escapando de los *nazgûl*. Conservo mi cuarzo entre las manos, la única fuente de luz y calor. No tengo ni idea de cómo funciona, pero poco me importa ahora mismo mientras continúe encendido.

Ruego para que Clara me encuentre, que dé con mi rastro antes que aquello que escucho entre los árboles. Me hago un ovillo, lo más pequeña y compacta que puedo. Cierro la cremallera de la chaqueta hasta arriba, con la boca y la nariz dentro del cuello.

Siento el hombro entumecido y la pierna ha dejado de doler. Dudo que sean buenas señales, aunque son preocupaciones para la Eloise del futuro. Ahora mismo, solo pienso en sobrevivir a la noche y regresar al pueblo a primera hora, montarme en el coche de alquiler y poner pies en polvorosa.

Me digo a mí misma que Clara se ocupará de la niña desaparecida, que yo poco puedo hacer en realidad y ya he compartido toda la información de la que dispongo.

En cuanto a los motivos que me trajeron hasta aquí, sinceramente, si pudiera hablar conmigo misma hace un par de

días… ¡me daría de tortas! El recuerdo idealizado de mi infancia opacó la emergencia real, el porqué de estar aislada de la naturaleza con sol artificial, aguas filtradas y comida vegana o sintética, todo patentado por PK.

El manto de niebla recuerda al oleaje, una cadencia lenta e inexorable que avanza como la marea y amenaza con ahogarme. Brilla de un modo fantasmagórico y, según mis ojos se acostumbran a la oscuridad, comprendo que el bosque también tiene luz propia.

Diminutos hongos azulados brillan sobre los troncos, las raíces y el musgo. Observo uno con atención, tan pequeño y, sin embargo, el bosque es suyo.

De nuevo escucho ese sonido de arrastre e intento enfocar la vista. Me concentro en los movimientos del sotobosque, estudio la localización de cada árbol y roca. Nada en movimiento.

Tengo tanto frío que guardo el cuarzo dentro de la copa de mi sujetador para sentir el leve calor que emana. Los hongos deberán bastarme como iluminación. Escondo las manos dentro de las mangas y estas entre las piernas.

Ras, rac, rac… Algo pesado que avanza por el bosque, cada vez más cerca. Miro de nuevo hacia la oscuridad que se extiende a mi derecha, entre las raíces que me guarecen. Cuento los árboles, las rocas y el estómago me sube a la garganta porque falta uno.

Un tronco enorme ya no está en su lugar.

Los repaso de nuevo y estoy segura, entre la roca en forma de caseta de perro y el árbol escuálido había un tronco fornido, un roble antiguo.

Aprieto la espalda contra la tierra de mi escondrijo según escucho ese ras, rac, rac demasiado próximo. Entonces me parece ver algo, serpientes gruesas que se mueven bajo la hojarasca, que hunden sus cabezas en la tierra como lombrices y brotan de ella con facilidad. La niebla causa un efecto hipnótico; contemplo a una especie extinta emergiendo de océanos de luz.

El arrastre se intensifica y algo enorme surge tras los apéndices. Desde donde estoy no puedo distinguir más de esa forma colosal

con más patas que un insecto, cada una de ellas con vida propia, que se acercan a través de la niebla. Me impresiona que algo tan grande provoque tan poco ruido.

Me oculto todavía más en la chaqueta, prieta contra la gruta, lo más pequeña posible. Si yo no lo veo bien, tal vez eso no me encuentre. Aunque no me lo acabo de creer, por algún motivo siento que esos gusanos-serpientes-patas, lo que sean, perciben su alrededor y seguramente mucho mejor que yo. Este es su medio, no el mío.

Sin embargo, la mole continúa su paseo nocturno, se mueve en dirección al pueblo, lenta e inexorablemente. Y yo me mantengo extática, deseando que todo pase.

Cuando el ras, rac, rac se aleja, suspiro aliviada. Todavía no se escuchan grillos ni ningún otro ser vivo, todo permanece en un silencio denso de peligro inminente, pero es normal si tenemos en cuenta las dimensiones de esa cosa.

Puede que sea el frío, el cansancio o que tenga una conmoción y no deba ceder, pero el sueño pesa y el cuerpo se acomoda al escondite, cada vez más cálido, como un abrazo que se estrecha sobre mis hombros, alrededor de mis brazos y me acuna.

Cierro los ojos y me dejo balancear en el calor de mi cama improvisada, el de un vientre materno, de un horno, un estómago…

Sueño con mamá. Cuando murió, hablaba con ella todas las noches, se aparecía a los pies de la cama y charlábamos durante horas. Sin embargo, al despertar no recordaba una palabra, solo me quedaba con la extraña sensación de que olvidaba algo importante. De eso hace mucho y no la había vuelto a ver.

Mi madre no se aparece frente a mí en el bosque, sino en mi habitación de infancia en la casa del abuelo, la misma que permanece cerrada a día de hoy y que ella y yo compartíamos. Mira fijamente a la pared, sin volverse. Sus labios no se mueven cuando escucho que me pregunta qué estoy haciendo, por qué estoy ahí.

Trato de contestarle, pero tengo la lengua pastosa y la garganta inflamada, no me salen las palabras y me falta el aire. «El cuarzo es más que una cosa bonita», me dice sin voz, «quizá deberías sacarlo para que te defienda». Quiero protestar, ¿no se suponía que debía llevarlo cerca del corazón? Todos esos rollos que me explicaba de niña, las propiedades de las gemas y las plantas, las infusiones que iban bien para esto y para aquello. Dibuja una sonrisa triste como si me hubiera escuchado, «y es que cada uno enseña de lo que sabe», entiendo que replica con cariño. «Intenté darte todo lo que a mí me faltó, aunque quizá te fallé», se excusa. Y no lo hizo, lo pienso con el corazón, «estuviste siempre, pese a que no compartiera tus opiniones». Su rostro se vuelve hacia el mío y ahogo un grito de impresión. A mamá le faltan los ojos; en su lugar hay dos espejos negros, que reflejan la puerta del dormitorio y yo no estoy allí.

Un temblor de tierra me desvela y es entonces cuando percibo el haz brillante a mis pies. Las réplicas del movimiento me zarandean y me golpeo la cabeza con una superficie dura. Rompo la postura e intento levantarme, pero no puedo alejar los brazos del tronco, me encuentro en un espacio cilíndrico, en un tubo caliente y firme.

El corazón se me acelera e intento retroceder, arrastrarme hacia la luz a mis pies. Recuerdo las palabras de mi madre y me retuerzo para extraer el cristal de roca, que, en cuanto roza la superficie que me rodea, arde como brasas.

El tubo donde me encuentro se mueve de forma espasmódica, sufre contracciones que me ayudan en mi movimiento. De pronto, algo me agarra con fuerza por los tobillos y tira de mí.

Me golpeo de bruces contra el suelo y quedo cegada por el resplandor. Oigo un gruñido que asemeja crujidos, también la voz de Clara, que grita palabras que no comprendo.

Alzo la vista haciéndome visera con la mano. La linterna está en modo luz solar y mi amiga suelta descargas de gran intensidad a algo que no acabo de comprender qué es. Las sombras se alargan

en ese brillo diurno, contrastan con la noche profunda que en realidad nos envuelve. La luz se concentra en una forma enorme de múltiples extremidades, patas-gusanos, y reconozco el hueco en la tierra donde ahora hay una boca picuda como la de un calamar y una cavidad terrosa y rojiza de la que sale humo denso; se me ha caído el cuarzo y lo está quemando desde el interior.

¡Retrocede! —grita Clara empujándome tras ella.

Y de nuevo esas palabras que no comprendo. Le suelta otra descarga y esa cosa se detiene de pronto, queda paralizada. Clara relaja la postura, aunque no apaga la linterna ni guarda el arma. Apoya ambas manos en los muslos y respira, recupera el aliento.

Unos minutos más… Casi no llego a tiempo.

Ahora sí, devuelve el bosque a la oscuridad y escucho el clic de los apliques del cinturón.

Te podría haber devorado —susurra.

Pero yo sigo observando el rincón donde me había guarecido, todo sombras que van dando lugar, según la vista se recupera, a rocas donde estaba la boca, raíces en lugar de serpientes… Un gran roble que se alza paralizado y humeante. Las llamas empiezan a brotar en lo alto, aunque rápidamente se apagan y dejan tras de sí el brillo rojizo de las ascuas.

Tiemblo de manera incontenible mientras recuerdo al niño de *Poltergeist*, arrancado de la seguridad de su dormitorio por el árbol del jardín.

Robleda, noche del 1 de noviembre

La mayoría de las especies cazadoras prefieren la noche. Los arbóreos son de esta clase de criaturas y, una vez han probado la sangre, excitados como tiburones terrestres, siguen a su presa hasta devorarla.

La humana ha recorrido menos tramo del que piensa, el agotamiento y la conmoción no le permiten pensar con claridad y, cuando la oscuridad se hace con el bosque, ella se oculta en una madriguera a tiempo de sentir desperezarse aquello que semeja inofensivo.

Donde ella vive, atrapada en su jaula de oro, poco sabe de eso que mora en plena naturaleza. La mayoría de los humanos que poseen condición de ciudadano no imaginan las pesadillas que recorren la Tierra, puesto que no han de sobrevivir a ellas. Viven en una burbuja que les impide ver el mundo real.

En un mundo construido sobre artificios, los embustes son el cemento que mantiene unida la realidad. No pueden ocultar aquello que ya atacó las ciudades y sus inmediaciones, pero todo lo demás solo alimentaría la maquinaria del caos.

Sin embargo, aquí saben de los arbóreos, como de otras clases de criaturas, y Clara corre a toda velocidad tras sentir los primeros movimientos de tierra que indican que han despertado y ya arrastran sus torpes pasos en busca del animal herido que es su amiga.

Eloise se cree a salvo en su guarida, pero la madriguera que se abre tras ella no la llevará al País de las Maravillas, sino al conducto digestivo de una planta carnívora. El calor que siente Eloise, la sensación de estar a salvo y acunada, todo ello son señales químicas que adormecen su cerebro para que no se revuelva antes de tiempo. Cuando despierte ya no habrá marcha atrás y, si no muere por asfixia, sentirá cómo las bacterias simbióticas la descomponen; un

proceso que puede alongarse hasta diez días, mientras el alimento se descompone y el arbóreo lo absorbe.

Pero este ser recuperado de tiempos remotos, anteriores a la conciencia histórica humana, no tendrá suerte esta noche. Las descargas eléctricas provocan dolor al arbóreo y la luz solar lo induce a un estado de catalepsia que puede recordar a lo que les sucede a los trols en la mitología nórdica. El coloso se ve incapaz de defenderse de lo que arde en su interior, mas la lluvia aplaca al fuego y los daños se curarán con una semana de inactividad.

Aturdida, pero a salvo, Eloise contempla aquello que creía un árbol, que en realidad lo es, aunque no como ella lo recordaba, y tiembla de frío, debilidad y miedo, pues de pronto es consciente de que nada es seguro y no comprende lo que está sucediendo.

Ahora el bosque permanece en vilo. Los oídos de Clara y de Eloise no lo han percibido, pero los gritos del arbóreo se han hecho escuchar en kilómetros a la redonda; otros despiertan para vengar su dolor.

El suelo vibra bajo sus pies, al principio de forma imperceptible, después es cada vez más claro el temblor. La guardabosques toma la mano de su amiga y la ayuda a alzarse; ha de pasarse su brazo sobre los hombros y cargar con parte de su peso para que esta pueda seguirle el ritmo.

En la negrura, las raíces son culebras que olfatean el aire y persiguen sus pasos. Con tanto ajetreo, la bestia despierta. Ella también saborea las notas que le trae la brisa y la neblina, escucha a los cazadores nocturnos y la torpe huida de dos presas.

Se estira y salta fuera de su cueva. Ha digerido el corzo, vuelve a tener hambre y el olor humano la satisface.

Robleda, noche del 1 de noviembre

«Te podría haber devorado», se repite dentro de mi mente, un eco que corea la posibilidad demasiado cercana.

Clara me arrastra por el bosque. Doy pasos cortos, pesados; extremidades entumecidas y mente delirante. Me parece que todo se mueve bajo la luminiscencia azulada de los hongos y el mar de niebla, creo ser testigo de un despertar de lo inanimado.

Tranquila, nos pondremos a salvo —asegura Clara, aunque su tono diga una cosa bien distinta.

Y me descubro llorando. No sirvo para nada. En cuanto las cosas se complican dejo de estar accesible, ahora mismo ni el cuerpo me responde y es mi amiga quien ha de cargar conmigo.

No han de quedar muy lejos —dice Clara, más para ella que para el amasijo de músculos fláccidos en el que me he convertido—. Las primeras casas deberían quedar por aquí.

Percibo un serpenteo por el rabillo del ojo. Vuelvo la cabeza o, mejor dicho, la descuelgo, y ahí están los gusanos, las raíces, pero esta vez son muchos más. Escucho el arrastre y los colosos se abren paso entre sus hermanos apacibles. Cuento al menos cinco de ellos.

Dejo escapar un gemido de horror, ni las palabras me responden.

Somos más rápidas que ellos. Nos pisan los talones, pero…

El rugido tensa toda la musculatura de Clara y le provoca un respingo, acelera, aunque se ve trabada por mi peso.

Ese sonido… La criatura que lo ha provocado no nos dará tregua como nuestros perseguidores de hojas caducas. A pesar de ello, ¿qué puede hacer mi amiga al respecto? Sigue avanzando lo más rápido que le es posible, dada la carga. Trata de alcanzar algo en su cinturón, pero está demasiado ocupada conmigo y si me deja…, de refilón alcanzo a ver lo cerca que están los apéndices de los árboles devorapersonas.

D… de… déjame —logro articular.

Ni de broma, Eloise. Ahora no vengas con chorradas mártires. Alcanzaremos las casas y nos pondremos a salvo.

Pero no llegamos a dar dos pasos más porque una sombra oscura como la propia noche nos arrolla. Salgo despedida contra una roca y, si no tenía una costilla rota, ahora seguro que sí. Grito de dolor justo antes de que se enreden en mis piernas las raíces del primer coloso del grupo. Clara, unos metros más allá, suelta descargas a diestro y siniestro contra una bestia tan enorme que dudo que ninguna de las dos salgamos vivas de esta.

Intento agarrarme al pedrusco, clavar los dedos en la tierra según me arrastran, pero no tengo fuerza; las manos, como el resto del cuerpo, no me responden. Las serpientes de madera se contraen alrededor de mis gemelos y aúllo por el dolor cuando una se clava en la herida de la espinilla, rasga la piel, la carne y la siento, ajena y fría dentro de mí, ascendiendo por el muslo.

El dolor es tan atroz que un destello de luz me atraviesa el cráneo, un rayo ante mis ojos.

Oigo voces a lo lejos, cada vez más próximas. Un estallido, gritos. El suelo tiembla, una ráfaga de aire inusitadamente caliente me golpea y el gusano-raíz se retira. El alivio es inmediato; sin embargo, también percibo la sangre que mana a borbotones, con cada latido empapa la tierra.

¡La perdemos! —grita alguien.

¡¡Llevadla adentro!! —ordena Clara.

Nunca imaginé que la luz fuera más profunda que la oscuridad.

Casa desconocida, noche del 1 de noviembre

Huele a sopa. Es lo primero que me pasa por la mente, supongo que también la primera señal que recibo de dónde me hallo. El olfato despierta antes que el resto, ya dicen que es el primer sentido que desarrollamos, de ahí que muchos de nuestros recuerdos estén ligados a olores, que incluso tengamos cambios de humor de los que no somos ni conscientes por un perfume.

Sé que he abierto los ojos, percibo los párpados pesados y densos, pero no veo nada, todo es luz. Vuelvo a cerrarlos. Es más cómoda la oscuridad, así al menos no me duele tanto la cabeza y puedo escuchar, tratar de comprender el cuchicheo amortiguado que llega hasta mí.

Ha perdido mucha sangre —dice alguien—. Y está malherida.

¿Habéis llamado a Tomás? —pregunta otra persona.

Mi padre es veterinario —apunta Clara.

Eso mejor que nada —dice la segunda voz.

Una puerta se abre. Dedos que me examinan, se mueven por mi piel, no sobre ropa, sino en contacto directo. No me siento con fuerzas para hablar, aunque debo poner caras cuando me tocan la pierna, el brazo y el pecho.

Lo siento —dice Clara—. Sé que duele.

Me retira un peso suave de la frente. Escucho el agua en un recipiente, después frescor en las muñecas, en el cuello, de nuevo me posa la tela sobre la frente.

Eloise, tienes heridas muy feas y no localizamos a la guardia local, no nos pueden enviar ayuda. Mi padre viene de camino y te hará curas de emergencia, pero…

Su mano aprieta la mía e intento devolverle el gesto.

Sabía que me oías —dice—. Eres más fuerte de lo que ellos creen.

Siento su aliento cálido muy cerca, sus labios en mi mejilla.

Es todo culpa mía. No debería haberte llevado allí —susurra—. Pensé que te acobardarías, que volverías a la ciudad y estarías a salvo de nuevo.

Olvidaste lo zumbada que estoy —musito.

Clara tiene una risa dura, contagiosa.

Llama a Marla —digo con un hilo de voz.

Se abre de nuevo la puerta y escucho la voz de Tomás mezclada con las otras. No comprendo qué dicen.

Cuando llega a mí, sus manos no son tan delicadas como las de su hija. Él aprieta, busca, encaja y sutura. Rechino los dientes, aprieto los puños.

Niña, perdóname. Desde que no tenemos ganado, tampoco hay sedantes ni otros fármacos para quitarte el dolor. Por suerte, contamos con antibióticos de la última tanda que nos mandaron los locales.

Están en silencio —dice una de las voces—. No damos con ellos.

Tanto movimiento en el bosque no es normal. Los espíritus también están inquietos —dice Tomás.

Las palabras se suceden, rítmicas, junto a las puntadas. Desearía perder la consciencia para no notar los dedos que tratan de recolocar la carne donde debería estar, pero también quiero escucharlos, saber qué pasa ahí afuera, cuál es el motivo.

Será por mi niña —dice la otra voz, alejada del resto.

Alguien la chista, la manda callar.

Génesis, indeterminado

El ser humano no lo recuerda, es previo a su propia especie, aunque sí permanece el miedo impreso en los genes heredados de sus antepasados.

La rivalidad entre ellos es tan antigua como la vida en el planeta, debido a que unos siempre han acechado a los otros en busca de comida mientras los otros se reproducían y acaparaban recursos fundamentales. Esta enemistad estuvo a punto de terminar unos con otros, tratando de conquistar y devorar.

Pero en realidad ambas eran criaturas sociales con orígenes evolutivos distintos. Y quizá por ello no todas las criaturas atacaban al antepasado del ser humano, aunque sí eran muchas las que lo hacían debido a razones de alimentación y protección de su ecosistema.

Mas sucesos externos, accidentes de tamaño geológico y extraterrestre, tierra de fuego y lluvia de roca, provocaron un cambio de tornas, la presa fue la que empezó a arrasar y a arrinconar, aprovecharon un momento desesperado para mandar a sus depredadores al olvido.

Un exilio del que habían regresado. Todo lo que ha existido es recordado porque la naturaleza no olvida y la misma carne puede engendrar presa y cazador.

E, igual que una lluvia desde el espacio los hizo dormir, otra los despertó. El tejido que da forma al universo que conocen Clara y Eloise se rasgó una milésima de segundo —por sucesos que nada tienen que ver con nuestra historia— para después recomponerse, instante suficiente para que la energía diera lugar al génesis.

Casa de Georgina, noche del 1 de noviembre

Cuando abro los ojos me veo rodeada de papel decorado con flores de almendro, estanterías repletas de peluches de animales y libros de aventuras. Estoy cubierta con una colcha con un Auryn gigante, de *La historia interminable*, y lo único que permanece es el olor a sopa.

Trato de incorporarme, pero el cuerpo no me responde; el entumecimiento ha pasado de las extremidades al cuerpo entero. Los recuerdos empiezan a volver de forma desordenada: las puntadas en la carne, la niña de la chaqueta lila, el interior del árbol carnívoro, la voz de Tomás pidiendo más agua caliente y desinfectante, la sombra enorme derribando a Clara…

El corazón se me acelera tanto que creo que se va a detener, se me cierra la garganta y no puedo respirar al tiempo que la habitación se hace enorme, o yo pequeña, y la luz se intensifica.

Respira. Tranquila: toma aire y déjalo ir. Es un ataque de pánico. Respira.

Clara está aquí, conmigo, se ha sentado junto a mí en la cama y me ha elevado el tronco. Me acaricia el pelo mientras intenta que me calme.

¡¿Qué era todo eso?!

Me doy cuenta de que no hablo, sino que grito las palabras, las escupo.

Es el motivo de que existan personas como yo, de que la mayoría de la población luche por una plaza en las ciudades, de que casi no quede nadie fuera de las esferas —explica mirándome fijamente a los ojos—. Hace años eran devoradas personas a diario. Lo que mora en el bosque llegaba hasta el pueblo, entraba en las casas,

arrancaba a la gente de sus camas en plena noche. Desde que llegaron los fantasmas, solo desaparecen aquellos que se aventuran donde no deben y en el momento menos oportuno.

Comprendo que se refiere a mí, al hecho de que yo podría haber engordado la lista de muertos por mi estupidez.

¿Y la niña? —pregunto más calmada, con la respiración pausada pese a lo que me acaba de revelar.

Clara alcanza una fotografía de algún lugar tras mi cabeza que no llego a ver. En ella aparece una niña con peto y coleta alta, sonríe a cámara y le faltan las dos paletas delanteras.

Esta es su habitación —dice mi amiga—. No hay señales de lucha, nada entró por la ventana, no hay ninguna puerta forzada. Lo único que se nos ocurre es que salió por sus propios medios, pero no entendemos por qué.

¿Qué dicen sus padres?

La guardabosques niega con la cabeza, me tiende la foto y estudia cada detalle del dormitorio.

En cuanto a ti —cambia de tema—, mi padre dice que has tenido suerte, que lo que te hicieron por dentro te ha salvado la vida. Deberías habérmelo dicho.

Algo te conté —respondo, zafándome de sus brazos y tratando de despertar mi cuerpo—. Además, la mayoría no se lo toma nada bien. En la ciudad puedes perder la casa y el trabajo por algo así.

De hecho, es en parte lo que me ha sucedido. Lo pienso, aunque no lo digo.

En este pueblo tenemos bastantes problemas como para que algo así nos preocupe, Elo —bufa ofendida—. Sin embargo, podríamos haber desconectado tu sistema nervioso periférico para evitarte el dolor.

Muevo los dedos de las manos, los de los pies todavía sigo sin sentirlos. Prefiero no responder, ¿para qué seguir hablando? Me operaron sin mi consentimiento, de urgencias y con el beneplácito de mi madre. Cuando desperté, la mitad de mi cuerpo no era orgánico ¡y pese a ello sigo con la puñetera alergia al polvo! Al

principio me pareció cómico, hasta que aquellos que eran mis amigos se alejaron de mí por lo que me habían hecho y descubrí la deuda de por vida que tenía con PanKhloé por salvarme la vida. Muchos creen que ya no soy humana y comparan a los que son como yo con las criaturas que nos acechan fuera de la esfera estacionaria. Por suerte, la tecnología que me mantiene con vida no depende de las redes de la ciudad, sino estaría totalmente atrapada en una jaula de mentiras.

He hablado con Marla —dice Clara rompiendo el hilo de mis pensamientos.

¡¿Cómo?! ¿Por qué?

Si le ha contado todo lo que me ha sucedido, Marla se volverá loca y es capaz de enviar al ejército para que calcinen el bosque.

Tú me lo pediste —responde poniéndose en pie, visiblemente agotada—. Tranquila, he suavizado la situación. Le he dicho que has tenido un accidente y le he pedido un par de cosas que mi padre precisaba para tus curas.

Clara observa mi reacción.

¿Y qué te ha dicho?

Que cuide de ti porque tú no tienes ni idea de cómo hacerlo. —Dibuja una sonrisa torcida—. Te conoce bien, Elo.

La puerta del dormitorio se cierra tras mi amiga y queda claro que me ha mandado a tomar viento fresco y a descansar de una sola tacada.

Al cabo de lo que calculo que debe de ser media hora, dedicada a despertar la parte superior de mi cuerpo, una desconocida entra en el dormitorio con un bol humeante y un vaso de zumo.

La mujer, menuda, y con unas ojeras que la hacen parecer mucho mayor de lo que en realidad es, evita mirar los detalles de la habitación. Deduzco que debe de ser la madre de la niña y también imagino que Clara debe de estar un poco cansada de mí, si ha permitido que sea ella quien venga a darme de comer.

¿Cómo te encuentras? —pregunta acercando una silla, seguramente donde estuvo sentada Clara durante mis horas inconsciente, y sentándose junto a mí.

Mejor, gracias —respondo mostrándole cómo puedo mover los brazos.

Deberías comer algo. He preparado sopa con algunas verduras de mi huerto, te sentará bien —dice la mujer colocándome una servilleta en el pecho.

Puedo comer sola, de verdad —aseguro tratando de hacerme con la cuchara, pero la mujer me ignora, toma una cucharada y me la acerca a la boca.

La situación me resulta incómoda; sin embargo, tomo la sopa según me la ofrece, estudiando sus gestos de autómata. Cuando termina, me limpia la boca, me da el zumo y sale igual que ha llegado, sin decirme su nombre ni prestar atención real a lo que sucede en el cuarto.

Dejo el vaso sobre la silla, aparto las mantas y empiezo a ejercitar las piernas. Tomás ha cosido bien la fea herida de la tibia, aunque no estoy tan segura de que todo funcione por dentro, después de que esa especie de raíz tratara de enfundarse en mi piel.

Arrastro las piernas fuera de la cama y las dejo caer sobre la alfombra de arcoíris del suelo. Utilizo las manos para colocar bien los pies, la planta sobre esa superficie que supongo mullida porque no la siento. La columna está en perfecto estado; si no, no estaría sentada, pero las piernas se niegan a responder, dos apéndices fofos e inútiles.

¡Mierda! Necesito caminar, salir de este dormitorio lleno de recuerdos de una vida que ha sido cortada demasiado pronto. Joder, ¿qué pinto yo aquí?

Clara se asoma por la puerta y me enseña una jeringuilla llena de un líquido verde radioactivo.

¿Te ayudo?

Casa de Georgina, noche del 1 de noviembre

La furia es un sentimiento en combustión, capaz de destruir todo cuando toca, de hacer arder el mundo en un instante. No atiende a razones porque ninguna emoción lo hace y menos aún aquella que nace de la supervivencia, de la lucha y la muerte.

Arrebatadas del bosque, las mujeres son puestas a salvo dentro de una de las primeras casas del pueblo, la misma que hace dos noches vio salir a la niña. Los árboles han regresado a la tierra, las raíces en calma, y el resto de seres, lejos de esas circunstancias, se dedican a sus quehaceres nocturnos.

Todas las criaturas menos la bestia, que golpea con su cuerpo una y otra y otra vez el resplandor que la mantiene fuera. Gruñe a los rostros que la contemplan impasibles desde el otro lado, todas esas apariciones de otro tiempo, de ese mismo lugar.

Se aleja de nuevo, toma carrerilla y la emprende contra el muro exterior de la casa, que no llega a tocar porque el círculo la protege. Salta y escarba, mas el sello es profundo y más alto que los árboles.

Como un animal enjaulado, la criatura va de un lado a otro, contempla las ventanas, estudia la línea muerta del suelo. Recuerda aquel resquicio verde, que a punto estuvo de permitirle entrar.

Adentro, en el salón de la casa, Clara, Tomás, Avelina y Pau discuten. En el piso de arriba, en la habitación de su hija, hay un ser que no es humano, una mujer que debería haber muerto, pero que no lo ha hecho porque dentro no tiene lo que toca. La pareja la quiere lejos, pero Tomás insiste en que todavía no se la puede mover y Clara prefiere cambiar de tema, volver a la carga con la niña: ¿cómo es posible que Georgina saliera por su propio pie de la

casa, en plena noche, con una tormenta como las que no se veían en años y se internara en el bosque?

El padre estalla de rabia, la madre llora, pero Clara no percibe en ellos lo que debería, algo no encaja y sigue apretándoles las tuercas porque al menos así dejarán en paz a la que descansa en el piso de arriba.

Un zumbido en la noche, que no es de insecto ni de criatura que conozca, alerta a la bestia y detiene su ataque. Una especie de araña voladora cruza el aire y se dirige al pueblo, atraviesa la protección fantasmal sin problemas, sobrevuela el muro y la pierde de vista.

Es Avelina quien advierte el dron en la ventana, antes de que pique en la superficie con una de sus patas retráctiles. Mientras su marido discute con la guardabosques, la mujer permite entrar al mensajero, que deja un paquete en el suelo y se retira hacia la noche.

¿Qué es eso? —pregunta Pau.

Tomás abre la caja y dice con el enfado impreso en cada sílaba:

Si funciona, es lo que sacará a Eloise de vuestra casa.

La bestia observa alejarse a eso que vuela y asemeja un insecto, pero no lo es. Las raíces también hablan de otra cosa que parece algo distinto a lo que refleja, la sabiduría de la naturaleza es profunda y la comparte con todas sus criaturas.

Así que la bestia desiste de su ataque, sabedora de que aquello que utiliza máscaras para recorrer el mundo puede abrir muchas puertas.

Casa de Georgina, noche del 1 de noviembre

La aguja hipodérmica se me clava en la piel, entre las vértebras. Tomás inocula el líquido frío, que, según va activando el sistema central, duele y arde. Pese a la comezón, por fin puedo respirar hondo, se han abierto los bronquios de pronto. Doy una bocanada grande y suspiro, aliviada.

Muevo los dedos de los pies. Los huesos son míos, como el cerebro, el corazón y uno de mis pulmones, pero el sistema nervioso quedó destrozado, me reventaron la columna, aplastada, irrecuperable en gran parte… Así que dispongo de uno nuevo, aunque a veces falla y necesito un chute que lo active.

Si no fuera por cosas como esta, pasaría totalmente desapercibida, porque sangro si me corto, me alimento y voy al váter, también he de ducharme de vez en cuando.

Y pese a todo ello, a que siga disfrutando de las manzanas y de un baño con sales, no me siento completa, no soy yo desde entonces. Esa cosa no solo me atacó y devoró parte de mi interior, sino que me robó algo que me pertenecía, me lo quitó y después me dejó vivir, permitió que continuara adelante cuando nunca más podría recomponerme, por muchas operaciones que practicaran en lo que quedaba de mi cuerpo.

Tomás vuelve a colocarme bien la camiseta y me da unas palmaditas en el hombro.

Niña, ahora con calma —dice.

Me vuelvo para sentarme y encuentro allí a Clara, que, con aire contemplativo, mira hacia la jeringuilla vacía que reposa sobre un trapo, en el borde de la mesita de noche. A través de la puerta

entornada veo a los padres de la niña. Ambos me observan de hurtadillas.

¿Ya nos podemos ir? —pregunta mi amiga entonces, regresando al ahora.

Lo ideal sería que descansara media horita…

Puedo caminar —interrumpo.

Pues vámonos, que ya hemos abusado demasiado de la hospitalidad de esta buena gente —apunta ella con ironía.

No sin cierta dificultad, me pongo en pie con la ayuda de padre e hija. Las piernas ya me responden, pero un tembleque de debilidad hace que no pueda dar un paso sin tambalearme.

Bajamos hacia la primera planta con los dueños de la casa vigilando nuestra retaguardia. De camino al recibidor, observo las fotografías que hay colgadas en las paredes: la niña crece en ellas, desde un bebé rubicundo hasta una cría alegre con las rodillas peladas. Solo doy con una en que estén los tres, típico retrato profesional, serios, casi tristes, la niña repeinada y vestida de muñeca. En las demás está sola, instantes robados de una infancia rota.

La casa se abre a la noche y el nudo en las tripas vuelve a tirar de mí hacia ese hueco donde me escondo aterrorizada.

Gracias —dice Clara volviéndose hacia los padres de la niña—. Haré lo posible por encontrar a Georgina.

La mujer mira a otro lado, hacia el bosque, mientras el hombre hace un gesto de disgusto y responde.

Si todavía no la han visto, poco hay que hacer.

Y cierra la puerta. Nos deja en su jardín delantero. Al menos la lluvia ha cesado.

Pico de Lobre, madrugada del 2 de noviembre

Los tres reemprendemos el paso hacia una valla baja, decorativa, que cierra el patio. Vuelvo la cabeza para ver el muro que los separa de lo que hay afuera, una antigua muralla que fue conservada como reclamo histórico y ahora los protege, como supongo que haría antaño de posibles atacantes.

Cuando damos un paso en la calle de adoquines, me doy cuenta de que no estamos solos; la noche está llena de figuras, apariciones de ancianos, jóvenes y niños, cada uno repite escenas de sus vidas, que, cuando concluyen, como un disco rayado, vuelven a empezar.

Clara y Tomás no se inmutan, viran en dirección a su casa y siguen el ritmo. Algunos parecen autónomos, pese a que ello contradiga la definición de fantasma. Nos observan e incluso nos siguen.

¿Por qué lo hacen? —pregunto—. ¿Para qué nos siguen?

Porque nos reconocen —dice Clara—. Ese hombre de ahí —señala con la cabeza hacia un anciano con boina que camina cerca de nosotros— echaba la partida con tu abuelo y mi padre en el bar, cada domingo por la tarde.

Me vuelvo hacia Tomás, que, concentrado en el tramo que tenemos por delante, no ha dicho una palabra.

Suelen repetirse, excepto cuando algo rompe el bucle, ya sea porque les hace recordar quiénes son o porque significa una amenaza.

Por eso lo de la alarma —comento.

Bien visto. Su naturaleza y la de lo que hay afuera se contradicen, no es la misma la que les da forma y se repelen —explica la guardabosques, evitando rozar a un niño que da patadas a una

pelota fantasmal—. Pero hay que ir con cuidado porque también pueden sentirse amenazados por nosotros. En su estado actual, somos intrusos para ellos, unos extraños que aparecen de pronto en su existencia, en ese momento arrancado del tiempo. Y se pueden poner muy violentos.

El paseo se me hace largo y me falta el aliento. Quizá Tomás tenía razón y debería haber descansado un poco. Entonces caigo en que Clara se encaró a la sombra, a aquella cosa enorme que la atacó, y parece estar tan fresca. En la única farola de toda la calle adivino un moratón bajo el ojo y la barbilla arañada, pero nada más allá de lo que uno se podría hacer en un accidente tonto.

Mi amiga me descubre y sonríe.

No fue para tanto —susurra—. Aunque mañana lo lamentaré porque lo peor se lo han llevado las costillas.

Llevo una mano a su abdomen y la paso por el pecho, que se nota duro a causa del vendaje.

Nada que no pueda sobrellevarse con unas pastillitas. ¿Verdad, papá?

Pero Tomás sigue silencioso y taciturno. Algo le ronda la mente.

Esos dos —dice al fin—. Ocultaban algo.

Lo sé —responde su hija—. Podríamos preguntar a otras familias, a los padres de los compañeros de Georgina en la escuela.

A veces pienso que allí arriba, en el monte, pierdes la noción del tiempo —musita Tomás.

¿A qué viene eso?

Quizá me equivoco, pero hace días que no veo niños por el pueblo.

Clara abre mucho los ojos y, si no fuera por la falta de iluminación, aseguraría que le suben los colores.

¿Por qué no me habías dicho nada?

Me puedo equivocar, yo no suelo bajar al centro.

¡Se supone que tú cuidas del pueblo y yo del bosque!

Cultivo el huerto y te doy de comer, me ocupo de los encantamientos y los sellos que mantienen a todo el mundo a salvo

de lo que hay afuera… El resto ya sabe cómo funciona. Son adultos responsables de ellos mismos y de sus familias.

Mi amiga niega con la cabeza y tira de nosotros para alejarnos de un grupo de aparecidos que ocupa la mitad del paseo. Otro niño pasa a ras de nosotros, a la carrera, y pronto llegan tres más. Sigo su estela en la noche, una bioluminiscencia que se adhiere al aire durante unos segundos después de desaparecer ellos.

Pico de Lobre, medianoche del 1 de noviembre

Los seres humanos se han afanado por crear rincones ocultos a los ojos de los demás, escondites dentro de sus hogares, incluso para aquellos con quienes los comparten, mentiras y máscaras para maquillar lo que guardan por dentro.

Algunos de ellos dicen que nadie conoce a nadie en realidad, que viajan solos y enfrentan sus últimos momentos también en soledad, y puede que sea así en la mayoría de los casos; sin embargo, en ocasiones se dan conexiones entre ellos que recuerdan más a una simbiosis que a una relación humana.

Estos casos se dan especialmente en niños, con sus madres y con amistades especiales con las que nace una comprensión más allá del lenguaje hablado, pues por gestos y actitudes comprenden qué le pasa por la mente al otro. Cuando crecen, estas conexiones se rompen y embrutecen. Todos los filtros sociales y educativos de su época y lugar de procedencia provocan un alejamiento, puesto que la comprensión solo puede nacer si no existen prejuicios que la frenen.

Eloise y Clara compartieron esa clase de simbiosis. Pese a solo coincidir en vacaciones, no necesitaban palabras para deducir qué necesitaba o sentía la otra. Su relación no entendía de leyes físicas, el tiempo se detenía; aunque sus cuerpos crecieran, ellas dos eran una sin importar el espacio. Eso se rompió cuando el abuelo de Eloise murió, su madre dejó de viajar a la casa y unos años después una bestia le arrancó el interior para que los médicos de la PK lo sustituyeran y la reconvirtieran en otra.

Ambas perciben la cercanía que emana de su piel como un aroma que las hace reconocerse, la una a la otra. Mas, lo mismo que las

hace acercarse, las aleja porque su olor ha cambiado, ya no son las mismas y llevan tantas cicatrices y tatuajes que a la otra le es imposible ver lo que hay debajo.

Al amparo de la escasa luz de las farolas, ahora caminan muy cercanas; Clara ayuda a su amiga de la infancia, vigila que ni ella ni su padre toquen a ninguno de esos seres traslúcidos y brillantes que podrían destrozarlos en cuestión de segundos si los registran como enemigos, intrusos, interferencias en el momento y lugar que no toca.

Eloise mira al frente, al adoquinado y los pies que corretean sobre ellos, observa los gestos de cada fantasma con el que se cruza. Tal vez busca a alguien a quien reconocer, puede que piense en la cantidad de niños que juegan en las calles nocturnas plagadas de apariciones. Entiende que esas personas han sido invocadas desde un momento concreto de sus vidas, un reflejo de un recuerdo que se repite y por ello no deben interferir en él. Mas no comprende por qué algunos se muestran como ancianos, puede que en la apariencia que tenían en muerte, y otros siendo unos críos. No puede dejar de preguntarse si todos esos infantes también se presentan con la edad en la que murieron.

Los pasos de tres pares de pies, como los de un insecto extraño de tres cabezas, llegan frente a la casa de Tomás y se detienen. El anciano lleva cavilando desde hace horas, no solo piensa en el comportamiento errático y confuso de Pau y Avelina, sino en lo que se llevó de casa de su amigo Mauricio, en si debería mostrarle a la niña de Teresa lo que su familia le ha ocultado tantos años. Clara conoce parte de la historia, de ahí sacaron la idea de los espíritus para protegerse de las criaturas de la naturaleza corrupta, pero no conoce toda la historia y teme que Eloise cambie su forma de verlo todo cuando lo sepa, incluidos ellos.

Entran a la casa, que todavía huele a la tortilla de chorizo del mediodía, y dejan la noche y sus fantasmas atrás; en aquella casa no hay aparecidos, todos se quedan afuera.

Casa de Tomás, medianoche del 2 de noviembre

Esto sí que es un auténtico viaje en el tiempo. La casa no ha cambiado nada: los mismos paisajes y bodegones en las paredes, la vieja cocina y alacena, los cojines de punto de colores que no pegan.

Creo que sonrío porque Clara me mira de reojo y también lo hace. Me deja aparcada en una silla y sigue a su padre atravesando el recibidor, a la salita que se abre al otro lado, donde, si todo sigue igual, debe haber dos butacones y paredes forradas de estanterías repletas de libros. Esa habitación es lo más parecido a una biblioteca en este pueblo, a Tomás siempre le gustó leer y nunca tuvo problemas para compartir su afición.

Cierran la puerta tras ellos y los escucho hablar en voz baja, de vez en cuando la suben. Algo no acaba de gustarle a la guardabosques, pero pronto deben de llegar a consenso, porque salen los dos, se plantan frente a mí y mi amiga dice:

Mi padre quiere contarte una cosa.

Después toma distancia. Camina hacia la alacena, se hace con tres tazas y una tetera, en la que embute unas ramitas de tomillo, y se pone a calentar agua para la infusión evitando mi mirada.

Bueno, niña, verás… —empieza Tomás.

¿Qué os pasa a vosotros dos? —suelto de pronto un poco molesta—. ¿A qué viene tanto secretismo?

Por algún motivo, la actitud de mi amiga me ha cabreado, es como si me hubiera mentido todo este tiempo y ahora no se atreviera a confrontarme.

No te enfades con Clara —dice Tomás—. Yo le pedí silencio porque no sabíamos cómo ibas a reaccionar. Y he de pedirte perdón,

no solo por eso, sino porque fui yo quien entró a escondidas en tu casa. Sé que te diste cuenta, Clara me lo dijo, pero es que lo hice todo con prisas, ¿sabes? Tu abuelo no estaba muy conforme que digamos.

Lo miro con suspicacia, demasiados rodeos.

Ve al grano, ¿qué te llevaste y por qué? —espeto.

¿Tu madre te contó cómo murió tu abuela? —pregunta, aunque no espera respuesta—. Teresa era muy niña cuando ella falleció y estoy seguro de que Mauricio la protegió, por lo que dudo que sepas qué sucedió exactamente.

Me llevo la mano a la frente. Estoy agotada; si fuera por mí, ignoraría toda incógnita pasada y me metería en la cama para despertar mañana junto a Marla, sin tener que ver más las calles llenas de muertos en bucle, ni temer la naturaleza que tanto había añorado y ahora me aterroriza.

Verás, siempre hubo leyendas, decían que el nombre del pueblo se debía a una bruja o a un demonio, a una criatura oscura que habitaba en el pico más alto. Cuando yo era crío era costumbre que las abuelas nos dijeran que, si no nos portábamos bien, se nos llevaría el monstruo de la montaña. El típico hombre del saco, si no fuera porque existe constancia histórica de desapariciones de niños en la zona.

Las desapariciones de niños, por mucho que nos duela, eran normales —añado, cortando su relato—. Siempre ha habido personas que se han alimentado del dolor del más vulnerable.

Hablo de desapariciones y muertes en masa, Eloise —explica Tomás—. Eso lo supe después, mucho tiempo después, investigando en diarios locales y los registros de las iglesias. Gran parte de esa información había sido destruida o la ocultaban y no fue hasta que volvió a pasar que se soltaron algunas lenguas.

Imagino a mi madre de niña y digo que la imagino porque no existen fotografías de esa época, solo una anterior a su nacimiento, de mis abuelos en su boda. Después, nada más, todo borrado, y siempre he elegido creer que era porque no existía la fiebre actual

de inmortalizar banalmente cada segundo, hasta el punto de no vivir el momento porque es más importante dejar una huella visual que la impronta del recuerdo… Pero ahora veo que quizá había algo más oscuro detrás, una realidad que preferiría no saber.

Tras vivir años de guerra y represión, creíamos que por fin podríamos disfrutar nuestras vidas en paz. Nos casábamos, teníamos críos, celebrábamos las fiestas y cultivábamos el campo. Aunque no duró. Una mañana al alba, los campos estaban enfermos y las plantas morían sin causa aparente, las cosechas perdidas. El bosque y los prados circundantes también sufrieron las consecuencias. Dos días después, fue el ganado el que enfermó, les nacían gusanos de adentro, morían devorados, criando moscas. Tuvimos que sacrificarlos y quemarlos. Llamamos a las autoridades y nos enviaron personas con títulos y muchos tubos de ensayo. Hicieron pruebas a la tierra, el aire, el agua…, buscaron en las fuentes subterráneas. Todo les pareció normal y limpio. Sin causa, pero también sin pruebas de que hubiéramos hecho nada nosotros, pese a que nos llegaron a acusar de ello, y se vieron obligados a indemnizarnos por las pérdidas. Pero la plaga no se detuvo ahí.

Tomás sale un momento de la habitación y regresa con una caja, de ella saca una fotografía enmarcada en la que lo reconozco a él muy joven, lo acompañan una mujer y tres niños.

Esta era Lucila, mi esposa, murió de pena cuando perdimos a nuestros tres hijos: Josep, Carlos y Ernesto.

La tristeza se refleja en su mirada y en las arrugas que le surcan el rostro, alrededor de los ojos y de la boca. Se hunde, lo siento como un peso real, hasta que Clara toma la fotografía, la regresa a la caja y le pone una mano en la espalda, con la otra le tiende una taza de infusión.

Mis hermanastros habrían sido de la quinta de tu madre, aunque seguramente, en ese caso, yo no habría nacido —explica mi amiga ofreciéndome otra taza—. Mi madre apareció por aquí años después, fue un amorío de verano, se quedó embarazada de mellizos y cuando nacimos decidió que no estaba preparada para un

compromiso así; era joven, mi padre, mayor y ella no quería pasar su vida en un pueblo. No todo el mundo está hecho para tener hijos, por suerte nosotros teníamos a papá.

Clara sonríe con afecto a Tomás y de pronto los veo con luz nueva. Cuando éramos niñas no hablábamos mucho de nuestras familias, simplemente las dábamos por hecho. Mi padre abandonó a mi madre cuando se quedó embarazada y ella me crio sola, la madre de Clara decidió que no estaba hecha para ser madre y la crio un padre que podría haber sido su abuelo. Nos conocimos y encajamos al instante; nos faltaba algo, teníamos un hueco y nuestros vacíos se llamaban el uno al otro, se reconocían.

Entonces, ¿lo mismo que mató a los animales acabó con los niños? —pregunto con tan poco tacto que puedo ver cómo algo se rompe en Tomás.

Me arrepiento al instante, pero la lengua me pierde.

No fue exactamente así, no los mataba el mismo mal. Algunos simplemente desaparecían, otros morían de fiebres terribles que nada podía apaciguar. Hasta que tu madre cayó enferma.

¿Mamá? Nunca me dijo…

Porque no lo recordaba —añade el hombre que a cada palabra parece mayor, como si la historia le arrebatara años de vida—. Fue tu abuelo quien, presa de la desesperación, encontró en las historias que nos contaban de niños el motivo de nuestro mal. Aquí reside algo, en el corazón de la montaña, y eso vuelve cada cierto tiempo muerto de hambre y lo devora todo a su paso. Por algún motivo, según descubrimos más tarde, los ancianos eran los últimos en perecer. Encontré constancia de hace generaciones en las que apenas quedaron supervivientes, pero las casas y campos vacíos, sin dueños, eran apetitosos y se repobló en poco tiempo.

¿Y cómo salvó a mamá?

Ofreció a su mujer en sacrificio.

Génesis, indeterminado

No puedo hablar de sentimientos humanos, aunque conozca la desesperación.

Algunos creen que las cosas les suceden solo a ellos, que hay una especie de energía cósmica que conspira en su contra, pueden ver esa malicia en el vecino o en algo abstracto. Sea lo que fuere, les causa pavor, pesadillas y odio, una sed de sangre contra los otros, contra lo que no comprenden, que resulta irrefrenable.

El ser humano es capaz de agarrarse a cualquier cosa cuando cree que va a caer, aunque se corte las manos en el proceso y se despeñe de todos modos, sin dedos. Y eso sucede más a menudo de lo que creen porque perciben el centro de gravedad de todo el universo en sus propias tripas, ahí, en esa cicatriz deforme de nacimiento.

Así que, cuando algo a su alrededor inicia un nuevo ciclo, creen que tiene que ver con ellos. Existen ciclos que se suceden cada poco tiempo, las fases lunares y las mareas, las estaciones del año y la caída de las hojas. Sin embargo, otros siguen patrones distintos, movimientos y alineaciones que el ser humano no llega ni a imaginar, y cuando todo muere a su alrededor creen que es una de sus criaturas inventadas, uno de esos seres con los que justifican los horrores que el propio hombre ejecuta.

Lo que no entienden es que los sacrificios no apaciguan, sino que alimentan y cambian patrones de ese ciclo. Si cuando Saturno termina una nueva órbita alrededor del Sol, cosa que sucede cada veintinueve, casi treinta años, y se alinea de nuevo con la luna, los campos se secan y los hombres deciden ofrecer ganado, la siguiente vez que se inicia el ciclo, después de las plantas, caen las reses… Podéis imaginar cómo sigue el cuento.

Y así, hace tantas generaciones que se pierden en los antepasados de la especie del hombre, un padre ofreció a su hijo a algo que creía un dios y este lo devoró con sumo gusto, pero la siguiente vez quiso más, no solo uno, sino todos, así que el hombre ofreció a su mujer… Y cuando la naturaleza enloquece, porque se rompen barreras de nuevo por acontecimientos que poco tienen que ver con el ser humano, ellos creen haber invocado algo mayor.

En una de las casas de Pico de Lobre, tres son los que hablan del pasado y cómo este afecta al presente. El anciano Tomás muestra a la joven Eloise el libro que guardó su abuelo, el mismo que llevó a su abuela a la tumba, que aterrorizó a su madre hasta alejarla por completo de su herencia, las páginas que invocaron a todos los espíritus que ahora guardan las calles del pequeño pueblo de montaña.

La mujer bosque conoce el libro, se sabe los rituales y hechizos, las palabras y símbolos, ella ayudó a crear el círculo que protege a los habitantes y mantiene a salvo a las criaturas de un lado y otro, porque ella las siente parte de un todo que el resto no querría comprender.

En otra casa de Pico de Lobre, la madre de Georgina acaricia la fría piedra del muro que la separa del bosque. Desea liberarse al fin, darse a la naturaleza y que la aberración la posea, pero su marido no está de acuerdo, no quiere perder nada más, piensa que se merece una recompensa y, a la larga, la tendrá, como todos.

Podría detenerme casa por casa, ver qué sucede en su interior, escuchar los lamentos del niño encerrado en el sótano, de la niña atada a la cama, los ruegos arcanos de unos hombres que ofrecen sacrificios para que el universo siga girando alrededor de sus ombligos.

Casa del abuelo, madrugada del 2 de noviembre

Ni una palabra más. Con ese mamotreto esotérico bajo el brazo, me he dejado llevar hasta casa. Después, les cierro la puerta en la cara con toda la amabilidad de la que soy capaz.

Alimento el fuego de la chimenea, que seguía ardiendo, porque la casa debe estar caliente y vete tú a saber si es parte de algún ritual que ignoro. Dejo el libro sobre la mesa de la cocina y me dispongo a esperar, aunque no pasan ni cinco minutos cuando él se materializa al otro lado, en una de las sillas.

Cuando lo veo no sé si gritar, llorar, lanzarle el tomo y atravesar su bruma espectral… Pero solo me sale un murmullo inconexo que no llega ni a palabras.

Ella me lo pidió —dice él.

Y la piel se me eriza de tal modo que duele, como si me atravesara una corriente eléctrica.

Puedes hablar.

Solo si es absolutamente necesario.

Mira hacia la chimenea. Me doy cuenta de que evita el contacto con el libro, no solo físico, pues está alejado de la mesa, sino también visual.

Le ofreciste a tu mujer, dejaste que esa cosa la devorara —rujo.

No es tan sencillo. Tu madre iba a morir y su madre se negó a aceptarlo. Yo estudiaba el libro porque quería saber cómo detenerlo, que no volviera a suceder…

Entonces, ¿te daba igual que mamá muriera? ¿Perder a tu hija?

Esos ojos azules como mar en calma me atraviesan y sé que no es eso, pero me da igual.

¡Solo te importaba el conocimiento! ¡¡Saber cómo controlarlo!! —grito.

Después escondo el rostro entre las manos y rompo a llorar.

Creía que perdería a mi hija y no deseaba que nadie más pasara por eso. Pero al final, no conseguí nada, solo perdí a la única mujer que amé y después eso alejó a mi hija. Teresa no sabía qué sucedió, pero siempre me culpó por la muerte de su madre. Supongo que cuando yo…

Se detiene, no le salen las palabras. Alzo la vista para mirarlo a través de los dedos. Es como si se hubiera bloqueado. Quizá eso de hablar de la propia muerte no es algo que les sea agradable, puede que sea una prohibición.

Cuando te apareciste por primera vez ante mamá, algo pasó, ¿verdad? —digo mientras busco un pañuelo en el bolsillo y me sueno la nariz.

Él parece reconectarse a este momento, a esta línea del tiempo y realidad.

Ató cabos. Ya había visto el libro, pero pensó que era alguna de mis investigaciones absurdas, las búsquedas de mitos y leyendas locales que llevaba a cabo con Tomás.

Mi abuelo fluctúa, su aura brillante y blanca se torna azulada y eso debe de doler, porque tuerce el gesto y las arrugas de la frente se endurecen.

Leyó parte de lo que hay ahí —dice sin mirar el libro, pero refiriéndose a él—. Y decidió alejarte de él todo lo que pudo.

Pero regresé.

Él asiente.

Los niños…

Su mano hace un gesto como de apartar moscas.

No es el hambre de la montaña —asegura—. Nada tiene que ver con ello. Esta vez es solo el miedo y el bosque los acoge.

De nuevo fluctúa, la luminosidad se vuelve de un azul vibrante que me recuerda a las setas luminiscentes que vi mientras estuve

perdida. Mi abuelo se retuerce de dolor al tiempo que desaparece y la luz del amanecer entra por la ventana de la cocina.

Casa del abuelo, mañana del 2 de noviembre

Despierto dolorida e inquieta en el banco de la cocina. Supongo que caí rendida cuando mi abuelo desapareció. Busco el móvil en mis bolsillos, pero no doy con él y recuerdo que lo perdí en el bosque. No tengo forma de saber qué hora es, tampoco de llamar a Marla y ver cómo está. Necesito que me cuente que todo sigue exactamente igual allí, que la rutina que hasta hace dos días me asfixiaba sigue inalterada.

Compruebo la fuerza de mis piernas. Por fin me pongo en pie y llego hasta la nevera por mis propios medios. Mastico sin ganas una manzana y un trozo de pan. Me preparo un café para espabilarme.

Debería guardar las cosas en la maleta, subirme al coche y regresar, olvidarme de todo y poner a la venta la casa, comprarle algo bonito a Marla como compensación por mis gilipolleces con lo poco que me dieran por ella, si es que alguien llega a quererla. Pero no voy a hacer nada de eso porque me siento responsable. La culpabilidad se ha transformado en algo más profundo tras saber lo que hizo mi familia.

Recuerdo los rostros de los aparecidos que nos cruzamos anoche, los niños en las calles, y me pregunto si a ellos también les duele. Si, como a mi abuelo, proteger a los vivos les pasa factura.

Ahora ya no es una cuestión de si la cagué, sino de la necesidad de saber la verdad. Y la única que puede ayudarme a encontrar respuestas es Clara.

Recuerdo de memoria el número de casa de Tomás, de cuando éramos crías y nos telefoneábamos por la noche, antes de dormir, pese a pasar el día juntas. Lo marco en el fijo y escucho el tono. Espero, ahí de pie, en el recibidor, observando las escaleras que el

otro día me aterrorizaban, preguntándome si aquella mujer en camisón era mi abuela. Si Clara lo sabía.

La voz de Tomás responde al otro lado, pregunto por la guardabosques.

Va camino de tu casa —dice.

Y le cuelgo. Ni gracias ni nada. Sé que no se lo merece, pero ahora mismo no puedo dar más, de verdad que no.

Subo al piso de arriba y me acerco a la habitación cerrada, rozo la puerta con los nudillos sin atreverme a llamar.

Lo siento mucho —susurro—. Solo quedo yo.

Después me lavo la cara y los dientes, me aseo lo mejor que puedo y me cambio de ropa. Cuando me pongo la chaqueta y llego al metal que separa el patio de la calle, Clara ya me espera junto a la puerta de su todoterreno. En su mirada se adivina la emoción ambigua, el no saber cómo encararme.

Voy a la escuela y de ahí a visitar a algunas familias, ¿me acompañas?

Lo pregunta, pero en realidad me está pidiendo que suba, que vaya con ella y me deje de milongas. Con el gesto, mientras abre la puerta del conductor como si hubiera respondido ya, me dice que es consciente de que todo esto es una mierda y que, si hubiera podido, me lo habría contado antes, pero que ahora me necesita a su lado porque esto le va grande y confía en mí, aunque haga dos décadas que no nos vemos.

Y por supuesto que subo, me pongo el cinturón y miro al frente. Porque todo esto nos va enorme a ambas y, si he de meterme en la boca del monstruo, será con ella.

Robleda, mañana del 2 de noviembre

La bestia no es la única criatura que desea romper el círculo para que el pueblo regrese a donde debe. Algunas se arriesgan más, sufren quemaduras por la incidencia del sol en sus pieles sin melanina, adaptadas para la oscuridad profunda, luchan contra la somnolencia que las dejaría inertes y desprotegidas al aire libre, a merced de cualquier otro ser vivo.

Uno de esos seres ahora se afana en excavar con sus garras afiladas en forma de garfios. No están hechas para eso y ya ha perdido un par de uñas; pese a ello, no desfallece. En plena noche, algunos humanos podrían considerarla exótica por la bioluminiscencia de los corpúsculos de su piel, que semejan setas diminutas de tonos azulados, para así pasar inadvertida en su bioma. En plena mañana, en cambio, es un cuerpo antropomorfo, casi perruno, extremadamente delgado y con una cabeza desproporcionada de largas púas en lugar de dientes. La piel es grisáceo-verdosa, con bultos violetas por toda su superficie. Las garras sirven para adherirse, para enraizar y no caer cuando los arbóreos remueven toda la tierra. Su especie es parasitaria, se alimenta de la sabia de los árboles y, al mismo tiempo, devoran animalillos incautos que caen en sus fauces de digestión lenta.

Mas ahora, esta criatura en concreto, trabaja para el bien común. Cava en el punto justo donde crecía la vegetación, ignorando la sal que lo marchita todo. Ahí ha ido hundiendo sus extremidades y lanzando tierra a ambos lados. Hace unos minutos que ha roto el sello, pero ahora ya no puede parar; el sol ha despertado y ella no piensa con claridad, las quemaduras en su fina epidermis son ronchas de un rojo oscuro, casi marrón, que se extienden en forma de onda expansiva. Poco tiempo después perece, con la cabeza

enterrada en la humedad que emana del agujero, marchita como una flor en el desierto.

Horas después, si alguien pasara por allí vería algo semejante a un gran manojo de paja quemada, algo vegetal que ha ardido. Pero por esa zona no suele pasar nadie y ahora menos, que el pueblo permanece en silencio, día y noche. Los únicos que lo han visto todo son los aparecidos, que, tras gritar para oídos sordos, han encontrado la puerta abierta, el sello de la tumba, roto, porque si el bosque puede entrar al pueblo, el pueblo puede caminar hacia el bosque.

Pico de Lobre, mañana del 2 de noviembre

Clara mantiene el silencio, supongo que espera a que lo rompa yo, aunque estoy más interesada en las calles vacías, las ventanas cerradas, los fantasmas que pasean en plena mañana.

Refresco frente y mejilla contra el cristal de la ventana. Me siento febril. Observo ese cielo tan azul que al principio, cuando salí de la esfera, hizo que insectos se me revolvieran en la tripa; pensé que eran mariposas, pero bien podrían ser de otro tipo, viendo adónde me ha llevado la excursión.

No logro separar el pueblo que recuerdo de mi infancia del actual. Veo un petirrojo que busca insectos entre las tejas y todo me parece sencillamente en su lugar, pero después descubro por el rabillo del ojo que un brazo atraviesa el muro del edificio, un poco más abajo. El espejismo se rompe.

¿Cómo sucedió? —pregunto—. Yo lo viví en la ciudad. Bueno, de hecho, en el campus. Mamá murió antes de ver la esfera cerrada, sin conocer la seguridad de la dictadura de PanKhloé —digo chascando la lengua, con sorna—. Pero poco sabemos de qué pasó afuera. Lo que conocemos es por los panfletos publicitarios, tanto los que invitan a aquellos que no pasan la criba a abandonar la ciudad como aquellos que venden pasajes de vacaciones rurales.

Mi amiga no aparta la vista de la carretera con su ensayada cara de póker como respuesta.

Cuando llegué no me fijé siquiera, supongo que estaba demasiado ofuscada en mis propios problemas y la tormenta hizo el resto, pero aquí no tenéis las medidas básicas de seguridad que se supone que hay en otras comunidades. Y digo: «Se supone» porque no había salido desde que cerraron la esfera.

Clara toma aire por la nariz, profundamente, hincha el pecho y lo deja ir pausado entre los labios. Se vuelve un segundo para

contemplarme y de nuevo se centra en la conducción.

Los focos solares y las alambradas eléctricas solo los mantienen a raya hasta que se dan cuenta de que, pasado el dolor intenso inicial, nada los detiene. Es como un collar con descargas para un perro, ¿sabes? De esos que utilizaban algunos antiguamente con sus supuestos mejores amigos. Si el deseo del animal es salir, seguirá intentándolo y cuando entienda que el dolor momentáneo es el pago por su libertad…

Sus manos aprietan el volante hasta que los nudillos se le ponen blancos.

Mi hermano ya vivía en una ciudad cuando todo esto pasó, estudiaba allí y nunca regresó. No lo culpo. Cuando tuvo piso propio, antes de nacer sus hijas, nos invitó a ir, a vivir con ellos… Fue muy generoso, teniendo en cuenta que no habríamos pasado el corte ni de coña y que eso les habría restado puntos como unidad familiar.

Salimos de la parte antigua del pueblo y nos dirigimos hacia las casas de nueva construcción.

Papá no quiso ir y yo me quedé con él; a fin de cuentas, había estudiado biología, así que acepté el puesto de guardabosques. Yo pertenecía a este lugar.

Clara detiene el todoterreno frente a un edificio rectangular pintado de amarillo natilla, con unas rejas altas, tras las que veo unas canastas de baloncesto.

Al principio la gente huyó despavorida, ya sabes cómo fue el Despertar. Pero después las cosas se calmaron y era como si todo hubiera sido una alucinación colectiva. Teníamos esas clases comunitarias obligatorias de supervivencia y nos vimos forzados a instalar las medidas de seguridad, pero pasaban las semanas, los meses y todo parecía normal.

Apaga el motor, se quita el cinturón y posa ambas manos sobre los muslos. La vista al frente, aunque sé que está muy lejos de aquí.

Hicieron la primera criba, la proclama del nuevo orden. Muchos fueron los que consideraron que vulneraban los derechos humanos básicos, sus libertades, y volvieron, regresaron en masa. Había

tantas casas vacías por entonces… Las calles se llenaron de vida —dice con una media sonrisa, que pronto se tuerce—. Abrimos la escuela, dos parques infantiles y empezaron a venir por las noches. Yo los vi desperezarse alrededor de la cabaña, arrasaron con las defensas del puesto fronterizo. Papá logró llegar a mí gracias al dichoso libro, estaba moribunda, aunque no me habían devorado.

Me enseña una fea cicatriz en el costado.

No eres la única que ha sentido a esas cosas dentro.

Resigo la línea con los dedos y ella se cubre de nuevo.

Pasó poco tiempo hasta que encontraron la forma de cruzar las barreras que los llevaban hasta la población. Los devoraban en sus propias casas, aunque a otros los llevaron al bosque y no los volvimos a ver.

Se golpea contra el reposacabezas un par de veces antes de continuar.

Esto tampoco lo cuentan, pero cuando una población es atacada dejan de llegar los suministros. La guardia local, si sigue operativa, manda algunos paquetes por dron, lo justo para los supervivientes.

Revisé el estado de Pico antes de venir, no aparecía que hubiera bajas en la población, todo se reflejaba en calma. Era una población en verde, sin alertas.

La guardabosques ríe, una carcajada abierta y triste, muy muy triste.

Fue entonces cuando decidimos que teníamos que salvarnos solos. Papá me ayudó con el libro, enseñamos los sellos a todos los vecinos, confeccionamos talismanes para los niños y nos preparamos para lo peor.

Me toma la mano con fuerza y me mira con fijeza, como cuando me iba a contar algo superalucinante y la intensidad era tal que temblaba, como el día que cazó un ratoncito y lo guardó en secreto para que fuera nuestra mascota.

Al principio fue terrorífico, todos esos muertos en las casas y las calles. Hubo ataques hasta que comprendimos el funcionamiento.

Pero las criaturas, la naturaleza corrupta, no volvieron a entrar. Yo los detuve, acepté al bosque en mi interior y los detuve.

Doy un breve tirón al escuchar sus últimas palabras, pero ella no me suelta la mano. Se acerca a mí hasta que sus labios me rozan la oreja.

No eres la única que tiene cosas que no son humanas por dentro.

La piel se me eriza y las náuseas amenazan con hacerme vomitar el frugal desayuno.

¿Qué quieres decir? —me atrevo a preguntar en un susurro.

Ahora se pone frente a frente conmigo, rozándome la nariz.

Puedo vivir en el bosque porque soy parte de él. El pago por proteger el pueblo con la magia de ese libro era abrirme a algo que había en mi interior. Nunca podré formar una familia o llevar una vida normal, o lo que pueda llamarse normal hoy en día. Tampoco podría entrar en una ciudad, lo mismo que los mantiene a ellos afuera…, toda esa radiación también me freiría a mí.

Le poso mi mano libre en el pecho y los ojos se le enrojecen, contiene las lágrimas. Ella me suelta e imita mi gesto.

Siempre hemos sido un reflejo de la otra, ¿no? —digo colocándole un mechón tras la oreja.

Me retiro y miro hacia el pastel con ventanas.

Aunque no lo entiendo. Si lo habías logrado, ¿qué ha pasado ahora? ¿Por qué esa niña fue al bosque en plena noche? ¿Dónde están los críos? —pregunto con un cabeceo que señala la escuela en silencio y la puerta principal cerrada a cal y canto.

Mi amiga niega y vuelve a abrocharse el cinturón antes de poner en marcha el motor.

Según mi padre, hace tiempo que no se ven niños. Georgina desapareció la noche de la tormenta y, a la siguiente, la guardia local enmudeció. No sé qué ha pasado, pero creo que ha sido el peor momento para tomarte unas vacaciones, Elo.

Génesis, la cueva de la oscura, 3 de agosto de 1995

El pasado y el presente convergen, pues son una misma cosa, un continuo, energía que cambia, sucesos que inevitablemente llevan a otros. Cuando algo duerme acabará por despertar, si algo vive llega el momento de su muerte.

Dos niñas ignoran los avisos de sus mayores, suben al pico más alto, a la cueva de la oscura y entran en ella. Al fondo de la gruta, tras túneles dentados de estalactitas y estalagmitas, llegan a una sala que preserva la noche, donde los cristales nacen de la roca como estrellas y las aguas en su interior son tan negras como el betún, una masa líquida y oleosa que respira. Pero ellas no tienen miedo, quieren explorar, enfrentar lo desconocido, cazar dragones y regresar con los bolsillos llenos de tesoros. Aunque lo que encuentran es muy distinto, allí asomadas lo presienten, pues ver no han visto nada; el miedo les crece en el pecho hasta el punto de que una de ellas, la más pequeña, se hace un poco de pis encima. Cuando intentan escapar, la mayor resbala y cae abajo, a la orilla. Saca el brazo rápido del agua, pero ya ha sellado su destino.

La amiga que había salido de la cueva a toda prisa se vuelve y no ve a la otra. Duda. Podría volver y pedir ayuda a su abuelo, quien siempre lo arregla todo, pero quizá le daría tiempo a lo que ha sentido dentro para… Regresa, se tumba y estira el brazo hacia abajo, hacia la niña que llora y tiembla junto a las aguas que ahora cantan.

Esa noche hubo lluvia de estrellas. Todos los veranos las Perseidas pueblan la oscuridad de los cielos con luces que caen a la tierra, mas en esa ocasión fueron distintas, ya que algo más

descendió con los meteoros. Algo que se repetiría diez años después, desvelando a los que dormitaban en el Umbral.

En lo que denominan su presente, ambas mujeres se apean ante una casa de ladrillo con verjas altas y suelo de cemento en lugar de jardín, sin saber que algunos fantasmas transitan por la carretera y otros se internan en el bosque, que algunas criaturas poco pacientes contemplan con deseo la muralla de piedra desde el linde que forma la sombra de los robles, que uno de los niños ha dejado de gimotear y, con los ojos vueltos hacia adentro, ahora se contorsiona de formas imposibles para las articulaciones de un cuerpo humano.

Casa desconocida, mañana del 2 de noviembre

Paradas frente a la puerta de una verja que hace como dos de nosotras —una sobre los hombros de la otra— con un aviso de peligro de alto voltaje, esperamos a que los vecinos, dueños de la casa en cuestión, nos permitan ingresar al recinto.

Se han mostrado reacios desde un inicio. Por un interfono junto a la puerta nos han informado con su silencio de que no tienen intención de abrirnos, pero Clara no se da por vencida. Después de un buen rato de monólogo, en el que incluso ha habido amenazas y acusaciones serias sobre sus responsabilidades y el poder que ella ejerce como guardabosques, el dueño de la casa ha salido a regañadientes y nos ha dejado pasar al interior.

Clara alza las cejas cuando el hombre aparta la verja y cruza el patio sin mediar palabra. Mi amiga hace un gesto con la mano para que me mantenga tras ella.

El vecino nos abre la puerta de su hogar y se mantiene allí hasta que accedemos al recibidor, entonces cierra tras nosotras. Nadie más sale a recibirnos y no veo movimiento en el salón que hay más al fondo. Un olor entre dulzón y metálico lo impregna todo, me revuelve las tripas y busco a Clara, que ya ha avanzado y se asoma a una de las habitaciones. El dueño de la casa sigue junto a la puerta, no ha hecho un solo gesto desde que hemos entrado.

Clara… —susurro.

Pero ella no me oye, ha entrado en esa habitación y me parece que habla con alguien. Unos golpes rítmicos me hacen mirar arriba, a las escaleras que suben a la segunda planta. El ruido cesa. El olor es empalagoso y al mismo tiempo sucio, como a descomposición, a basura dejada al sol.

Doy unos pasos tímidos hacia la puerta que se ha tragado a mi amiga y descubro que es la cocina. Clara habla con una mujer que da vueltas a un caldo oscuro y burbujeante en una olla vieja sobre el fogón. Solo ella habla, la guardabosques le está explicando la situación, la desaparición de la otra niña, Georgina, el pico de actividad en el Umbral. La mujer no responde, solo da vueltas con la cuchara de madera.

Miro de nuevo hacia la puerta. Los golpes rítmicos se repiten y el hombre sigue ahí, paralizado.

Voy a subir —digo, aunque Clara está demasiado ocupada hablando sola.

Subo los escalones hasta la segunda planta y, en medio del pasillo, vuelta hacia una de las puertas, una anciana se retuerce las manos. Es una aparición y me doy cuenta al instante por el extraño resplandor que le emana de la piel. Puede que hace un par de días no me hubiera fijado, pero ahora lo reconozco al momento. Es menuda y enjuta, viste de negro luto y se concentra en el conglomerado de la puerta como si pudiera ver a través; y es muy posible que lo haga.

Me aproximo con cautela, no quiero resultar amenazante, que me vea como un intruso. Clara dijo que pueden ser muy violentos en ese caso. Sin embargo, la anciana se vuelve hacia mí con gesto de genuina preocupación y se lleva las manos a la cabeza antes de dar un paso atrás y fundirse con la pared.

El golpeteo se repite. Abajo ya no escucho el murmullo de Clara. Giro el pomo de la puerta y entonces algo cae. Es un sonido como de montón de ropa mojada, pesada, quizá con algo duro en el interior. Un cloc mullido y húmedo.

No me atrevo a empujar la puerta y sigo en la misma posición hasta que percibo un golpe desde el interior, algo que choca contra la madera, luego la pared, de nuevo la puerta. Busca la salida.

Dejo que mi muñeca haga el gesto de retorno, devuelvo el pomo a su posición original a tiempo de sentir un tirón violento desde el

interior. Rápidamente hago contrapeso con mi cuerpo y siento la fuerza que trata de abrir la puerta desde el otro lado.

Por el rabillo del ojo percibo movimiento. Me vuelvo y veo al hombre, que sube las escaleras demasiado rápido para ser tan silencioso. El corazón me da un vuelco porque se abalanza sobre mí, pero si dejo ir la puerta no tengo ni idea de qué saldrá del dormitorio.

El hombre alza el puño, corre en mi dirección. Cierro los ojos, preparándome para el impacto, cuando un resplandor fantasmal vibra atravesándome los párpados. Al abrirlos de nuevo la escena que contemplo me provoca un estallido eléctrico en la piel, el dolor pasa rápido hacia las extremidades y escucho un chasquido al otro lado de la puerta, como si una mosca muy gorda se hubiera golpeado contra una de esas palas electrificadas que usábamos en verano.

Trato de recomponerme y comprender qué estoy presenciando porque la mitad del hombre ha desaparecido, solo permanecen las piernas y parte del abdomen pegados al papel pasado de moda del pasillo. Un resplandor crepita alrededor de ese cuerpo-pared, las piernas convulsionan y después quedan colgantes en una postura desencajada, sin llegar del todo a tocar el suelo.

Dentro de la habitación, lo que fuera que ha recibido la descarga, vuelve a golpear la puerta, esta vez con tanta fuerza que el conglomerado se quiebra y una grieta la cruza de lado a lado. Salto hacia atrás y, antes de la siguiente embestida, corro escaleras abajo mientras grito el nombre de mi amiga.

Clara se asoma desde la cocina para verme saltar el último tramo de escaleras. La puerta estalla tras de mí con un trote pesado a mi espalda, abro la puerta a la calle y salgo por patas. Doy la vuelta a la casa sin esperar a ver aquello que me persigue y, cuando paso junto a la ventana de la cocina, veo a la mujer atacar a Clara con una hachuela. También llego a ver a mi amiga, que detiene el impacto con el antebrazo y escucho el alarido de dolor.

Una caseta se alza al fondo del patio, junto a un muro de ladrillos y una barbacoa de obra. Acelero, tiro de la puerta y entro en la oscuridad con olor a óxido y madera. No hay ventanas y no voy a alertar de mi paradero prendiendo ninguna luz. Palpo con los dedos hasta dar con un pasador y cierro desde dentro. Después me hago un ovillo en el rincón más alejado de la puerta y espero.

Casi puedo ver el movimiento, los pasos son pesados y elásticos, alcanzan de un lado a otro el patio en un abrir y cerrar de ojos. Respiración rápida, sonidos de aspiración húmeda. Tantea el exterior de la caseta, la empuja y en el interior todo vibra, caen algunas piezas de las paredes, una me golpea en la pierna y he de acallar un quejido con ambas manos. Un olor dulzón y metálico, de fruta y descomposición, de flores y carne en mal estado me llena las fosas nasales, hace que me ardan. Respiro por la boca tratando de evitar el hedor, pero es tan fuerte que lo saboreo. Las lágrimas por el asco me suben a los ojos.

Pienso en Clara, en la última vez que la he visto, y me pregunto si habrá podido escapar. No me atrevo a salir e ir en su encuentro, ni siquiera sé a qué me enfrento o cómo defenderme, aunque soy consciente de que tampoco puedo esperar a la noche porque darán conmigo. Mi mejor opción es llegar al todoterreno, si la verja todavía está abierta.

Las pisadas y el aroma a podredumbre se alejan. No necesito verme las manos para saber que tiemblan porque toda yo estoy tiritando. De pronto siento frío hasta en los huesos, una humedad que me congela el sudor provocado por el miedo. Descorro el pestillo y abro una rendija, lo justo para mirar al exterior. La luz me ciega unos segundos hasta que empiezo a reconocer los contornos.

El patio posterior está desierto y el silencio se ha posado en el entorno, ni los pájaros cantan ya.

Doy unos pasos ciegos antes de acabar de situarme. Vuelvo sobre mi rastro y me asomo por la ventana de la cocina, atravesada ahora por una línea de sangre dispersa. En el interior de la cocina no hay nadie, pero sí más sangre que mancha la pared y el mármol oscuro.

Antes de regresar hacia la entrada, me aseguro de que la cosa salida del dormitorio no esté por ahí. Nadie en el patio delantero. Vacilo a la hora de continuar, ahora sería un buen momento para correr hacia el todoterreno, pero Clara puede seguir dentro.

«Agua y aceite», me digo para infundirme ánimos, a esas cosas no les gusta ni la electricidad ni la radiación electromagnética y yo soy un puñetero saco de carne relleno de tecnología moderna. Quién sabe, es posible que nos repelamos como el agua y el aceite. No me lo creo ni yo.

Subo los cuatro escalones de la entrada y no necesito abrir la puerta, ya que su hueco sigue mostrándome el interior de la casa. El silencio aquí dentro es más denso, una masa que acalla los sonidos, no escucho ni mis pasos. En el piso de arriba veo el resplandor que relaciono con la anciana y al fondo, en el salón, me parece ver algo oculto tras el sofá. Podrían ser la mujer o Clara, la cosa que me seguía era demasiado grande para esconderse ahí.

Paso junto a la cocina y veo la hachuela manchada en el suelo, un reguero de sangre traza una línea discontinua hacia donde me dirijo.

¿Clara? —susurro—. ¿Estás ahí?

Cuando entro en la estancia veo el cuerpo de la mujer tirado a un lado. Es un amasijo de extremidades en mal sitio, con la cabeza en un ángulo imposible. La sangre me lleva tras el sofá, donde encuentro a Clara, se ha hecho un torniquete en el brazo y aprieta una tela empapada sobre él, que ya no sé si era un trapo o qué porque está totalmente rojo.

Sigue consciente, aunque parece un muñeco de cera. Me la cargo a la espalda y siento que saltan un par de puntos de la herida de la pierna. Trato de ir lo más rápido posible, en este ambiente insonoro me preocupa poco alertar por el ruido. Llego junto a la escalera y entonces los veo: apéndices que se contorsionan, oscuros y húmedos, unas garras enormes que abaten su peso y destrozan los peldaños, un bracito delgado, de niño, le sale de un costado, de esa piel babosa, como las piernas salían de la pared. Sin embargo, los dedos se mueven tratando de agarrarse a algo.

Retrocedo. El peso de mi amiga me hace trastabillar, me apoyo en la pared para continuar hacia el salón. La sangre de Clara me empapa la camiseta.

Esa cosa se detiene al pie de la escalera, mira hacia la calle. El hedor se desliza por el suelo y las paredes, son apéndices invisibles que también se contorsionan hasta introducirse por mis orificios.

Trota hacia el exterior. De nuevo hace ese ruido húmedo, respira y olfatea, pero no con una nariz. Con un salto deja atrás la verja y corre en dirección a la montaña.

Ahora sí, acelero yo también para llegar al todoterreno. Por suerte la puerta está abierta. Dejo a Clara en la parte de atrás y busco una radio, un *walkie*, ¡lo que sea! Lo que encuentro es mi móvil con la pantalla rota y la carga a mínimos.

Llamo a Marla, salta su contestador y entre sollozos le explico lo que ha sucedido. Cuelgo y busco en el cinturón de Clara hasta dar con su móvil. Marco el teléfono de emergencias. Una voz de mujer me pregunta por mi incidencia y empieza a enumerármelas dándome un número para cada una. «Si no es ninguna de ellas, permanezca a la espera». «Todos nuestros agentes están ocupados, el tiempo de espera puede ser de media hora». Cuelgo y llamo a la guardia local, de nuevo me salta un contestador. Dejo un mensaje escueto: la guardabosques está malherida, una criatura ha matado a los inquilinos de una casa de Pico de Lobre y no sé si puede haber alguna otra suelta.

Arranco el motor mientras llamo al fijo de Tomás, el único que ahora mismo puede ayudarnos.

Génesis, entre la robleda y la carretera de montaña, entre el 2 de noviembre y el 30 de octubre de 2022

El tiempo no existe para ellos, menos aún ahora que ya no están ligados a un lugar concreto, a su pasado de carne humana.

Algunos de los aparecidos mutan, evolucionan en contacto con el entorno; al fin y al cabo, son energía, recuerdos, una vibración sutil que se empapa de aquello que resuena con ellos. Se alargan y persiguen las sombras de lo que respira, descubren que la metamorfosis, la nueva fuerza que poseen y la libertad que les proporciona, también les da un hambre terrible y se alimentan de lo que palpita.

Sin embargo, otros siguen adelante, en especial los niños, arrancados de sus cortas vidas, su tiempo todavía no ha sido. Caminan por la carretera, juegan perdidos y, sin darse cuenta, persiguen su pelota fantasmal y saltan los días, vuelven atrás, ven a la bestia, a la niña, el coche que derrapa en la noche. Después, regresan un día hacia el presente que nos ocupa, pero sin llegar a la mañana concreta del hoy.

En medio del juego, dan con un puesto fronterizo, el edificio desde donde opera la guardia local. Dentro de ese bloque de hormigón, forrado de ventanas de seguridad y decorado con potentes focos y puertas electrificadas, dos hombres toman café y comentan la llamada de la guardabosques de Pico de Lobre. Mientras tanto, en el piso de arriba otros cinco duermen; son la guardia de noche.

Los niños llegan al edificio y llaman la atención de los dos vigías. Esos dos humanos no saben de fantasmas o apariciones, solo ven chiquillos humanos sin ningún adulto. Críos en medio de la carretera,

a pie de bosque. Los guardias salen desarmados porque ¿para qué iban a pensar en dardos eléctricos o antorchas de sol en pleno día y con un grupo de niños? Solo van a darles un toque y a llamar al responsable de su localidad.

Cuando los dos hombres salen del edificio los niños sienten la perturbación en su mundo, dos adultos amenazantes que vibran de tal modo, de una forma tan viva, que les parecen auténticos monstruos. «¡Ladrones, asesinos, locos!», piensan al unísono. «¡¡¡Vienen a hacernos daño!!!».

Hay algunos niños que eran muy pequeños cuando dejaron su piel y, atemorizados, retroceden, dejan a los demás. Ahora son una pandilla unida, se cuidan entre ellos en la muerte, en el recuerdo de quiénes fueron, aunque algunos no se conocieran en vida porque son de generaciones distintas.

Uno de los guardias acerca la mano a uno de los niños, un crío de unos nueve años que tiene cerca. Ninguno de los dos humanos esperaba que le arrancara la mano. La boca del crío se ha desencajado como si no hubiera cráneo debajo y se ha tragado la mano entera. La montaña reverbera en el eco del grito del vigilante, que se agarra el brazo tratando de detener la hemorragia. El otro busca sus armas en vano.

Mientras ellos dudan, sin comprender qué sucede, los niños han descubierto el sabor de la sangre y también han comprendido qué era el dolor que los llevaba martirizando desde que despertaron, atados a las calles del pueblo.

Se lanzan en grupo, como una manada compacta, y los devoran. Solo dejan la ropa hecha jirones. Uno de los más pequeños encuentra la puerta abierta y los demás le siguen. Ya no tienen miedo, ahora son fuertes. Ningún adulto podrá dañarlos nunca más. Los monstruos ya no los perseguirán porque los habrán devorado antes.

Por suerte, los otros cinco hombres de la guardia local dormían cuando los niños llegaron al dormitorio común.

Casa de Tomás, mañana del 2 de noviembre

Vale, sí, sabía que hacían cosas raras con el dichoso libro y Clara me había comentado algo sobre el bosque y ella y su interior… Pensaba que era metafórico, cuatro velas y quemar salvia o un ritual parecido, no lo que Tomás dispone en cinco minutos en plan brujo oscuro experimentado.

Dejo el todoterreno en medio del camino y cargo con mi amiga hacia la casa. Mis gritos son suficiente para que Tomás me abra la puerta y cuando entramos huelo las hierbas quemadas, veo el círculo de tiza y sal en el suelo del comedor, los símbolos dibujados con un material oscuro que parece sangre —aunque el anciano no muestra un solo rasguño— y los velones que señalan cinco puntos alrededor.

Túmbala ahí —ordena—. No rompas el círculo, cuidado, no borres nada. Manos sobre el pecho, pies juntos.

Hago lo que dice, aunque no comprenda nada. Él es veterinario, debería examinar la herida, llamar a urgencias o algo, ¡su hija necesita una transfusión! En lugar de eso, enciende una a una las llamas y entona cánticos, de los que no comprendo un fonema porque ni siquiera sé qué representa una palabra en la jerga que utiliza.

Me aparta a un lado, sin tocarme, mueve una mano y zas, una corriente de aire me lanza contra la pared cercana. El golpe me duele menos que lo inútil que me siento ahora mismo.

Después toma una vasija que parece que se va a desintegrar en sus dedos de lo vieja que es. Se aproxima al cuerpo de Clara y derrama parte de su contenido en los labios sin color. Hace demasiado que no veo alzársele el pecho. Vuelca el resto sobre la

herida. Es un líquido oscuro y viscoso. Veo cómo parte del líquido le cae por la mejilla y, antes de abandonar la piel pálida, retrocede, serpentea y se le introduce por la comisura de los labios.

¡Esa cosa está viva! —exclamo.

Tomás me fulmina con la mirada y yo me cubro la boca con la mano. El anciano sigue con su conjuro y da vueltas alrededor del círculo. El perfume a hierbas es cada vez más intenso, lo siento dentro de la cabeza, expandiéndola. El cerebro en un baño de agua tibia.

Y entonces brotan, de debajo del torniquete ensangrentado surgen, tímidas, hojas verdes, tallos que se expanden por el brazo, beben la sangre y dejan la tela de su color original. Se escucha un crec y después algo desagradable, húmedo y caliente. Los dedos se mueven. Clara toma una larga bocanada de aire.

Mi amiga abre los ojos y son negros. Todo, iris y esclerótica, una gran pupila, son dos agujeros que absorben la luz. Otro crec húmedo, este en el pecho. Ella cierra los ojos con fuerza. Gesto de dolor. Abre la boca de par en par, pero de ella no sale nada, o al menos no es nada que pueda ver porque un olor a flores frescas opaca el aroma a hierbas quemadas. Arquea la espalda y cae.

Tomás apaga una a una las velas. El estómago y el pecho de Clara suben y bajan, suben y bajan con un ritmo sosegado. Mi amiga vuelve a abrir los ojos, ahora los suyos de siempre, y me mira.

Gracias por traerme —dice con ronquera.

He perdido la consciencia del tiempo y de dónde estoy. La psicóloga que me trató tras el ataque lo llamaba estado disociativo. Vamos, que, cuando tu mente no puede más, desconecta del cuerpo y del momento y pufff, adiós muy buenas.

En el instante en que Clara se ha levantado y ha empezado a hablar con Tomás como si nada hubiera sucedido, la realidad ha dejado de ser tal cosa. Las extremidades han hormigueado hasta ser

miembros fantasma, un pitido me ha atravesado los oídos y la bruma ha cubierto la habitación.

Ahora empiezo a recobrarme. Estoy acurrucada en un rincón del comedor, con una manta sobre los hombros y un dolor de cabeza de los que hacen historia. Hay una taza de infusión humeante en el suelo, junto a mí, al alcance de la mano.

El suelo está limpio, la mesa, en su sitio, aunque el aroma a hierbas sigue en el ambiente.

Mi amiga y su padre no andan por aquí y el tembleque de manos y piernas me indica que todavía no puedo ponerme en pie. Me tomo la infusión a tragos cortos mientras reordeno las ideas.

Busco en los bolsillos el móvil que recuperé del coche de Clara. No tengo mensajes ni llamadas. Marla no ha respondido y, más preocupante todavía, la guardia local tampoco.

La puerta que da a la calle se abre y sus voces regresan al hogar. Comentan algo en voz baja, cazo algunas palabras al vuelo: «niños», «ritual» y «cueva».

¿Te encuentras mejor? —pregunta ella cuando entra al salón.

Se arrodilla a mi lado y me comprueba el pulso.

Demasiadas emociones en un día.

Ella sonríe, pero Tomás no, es una máscara de arrugas de preocupación.

¿Qué me he perdido? —pregunto.

Las familias no están —dice Clara—. En las casas hay cadáveres o vacío. Esa sensación densa que amortiguaba el sonido y el pensamiento… residía en todas ellas. Hemos encontrado ligaduras en las habitaciones de los niños o cadenas en sótanos y guardillas.

El dolor de cabeza se convierte en un hierro candente que se hunde en el ojo derecho y escarba tras él. Escondo la cabeza entre las rodillas. Siento la mano de Tomás sobre la cabeza y, cuando la alzo para mirarlo, veo que me tiende una pastilla.

¿Para esto no hay ningún conjuro? ¿Uno chiquitito? —bromeo.

Me temo que no es tan sencillo —dice Clara—. Conmigo funciona porque ya está en mí.

Trago la pastilla con la infusión y pienso en las casas vacías.

¿Dónde los han llevado? ¿Han huido de la criatura? Puede que haya más y…

Creemos que han ido a la gruta, en la cueva de la oscura —explica Tomás.

Y recuerdo. Veo a Clara allá abajo con esa agua negra viva e imposible que quería arrastrarla a su interior. Después las dos corremos colina abajo, a salvo. La lluvia de estrellas llegó aquella noche.

Fue allí, ¿verdad? —digo mirándola con fijeza—. ¡¿Por qué no me dijiste nada?!

Lo grito con enfado, pero en realidad es una profunda tristeza lo que siento, ya que no necesito que me dé explicaciones; poco después mi abuelo murió y yo ya no regresé más. Dejé de escribir, de llamar. Rompí el contacto porque era demasiado doloroso saberla allí y no poder verla.

Lo supe mucho después. Cuando salieron del Umbral yo también desperté. Eso que entró en mí es muy antiguo, siempre ha estado aquí y allí, en ambos lados al mismo tiempo. El libro me trajo de vuelta cuando estuve a punto de morir y desde entonces estoy ligada a él.

Asiento, aunque no lo comprendo. Para mí, todas esas cosas incomprensibles eran extraterrestres o mutaciones, consecuencias de nuestros actos y juegos. Este tema de mundos conectados al nuestro, rituales y magia arcana es demasiado.

Me termino la infusión y me pongo en pie con cuidado.

Si los niños están en esa cueva, deberíamos ir a buscarlos. Quizá sus padres están malheridos o han enloquecido.

Ellos son los que han propiciado todo esto —explica Tomás con profunda angustia—. Han sido sus propios padres quienes han tratado de alterar las fronteras.

Pues los salvaremos de ellos también —concluyo.

Génesis, cueva de la oscura, mañana del 2 de noviembre

Se han reunido a su alrededor. Han seguido el riachuelo dibujado por la crecida; las lluvias de las últimas noches han desbordado aquello que había sido contenido. Chapotean hasta la orilla, allí el agua es oscura y densa, mas el movimiento sucede al fondo, donde uno ha de dejarse vencer, hundirse para que lo devoren desde abajo.

Los adultos se mueven manejados por otras manos, títeres sordos y ciegos que iniciaron toda esa barbarie creyendo que así se salvarían. Ahora ellos están perdidos y sus hijos dejaron de existir.

Colocan los cuerpos menudos envueltos en sacos y prendas, sudarios improvisados, justo en el borde, antes del desnivel. Una lengua de alquitrán se desliza hasta ellos y los acaricia con ternura.

Los ropajes sucios de sangre seca, orines y otras excreciones se mueven tímidamente. Al momento se tambalean, sacudidos por cuerpos desmadejados y el contenido aumenta, se vuelve más pesado.

Aguas negras que entonan melodías, canciones de cuna para nuevas vidas, criaturas que nacen de crías que eran niños. El velo que los mantenía adormecidos se esfuma y los padres despiertan justo para servir de alimento a sus creaciones.

Los gritos no resuenan, el eco no se los lleva gracias al aliento de la oscura, que lo mantiene en silencio, todo acallado para que su tarareo sea lo único que mueva la vida.

Y, con ese silencio impostado, padre e hija han recorrido el pueblo y las casas. La mayoría de los fantasmas no están y ellos no imaginan que puedan haber salido porque no saben que el sello se ha roto y la masacre que han descubierto en más de una vivienda, además de los horrores que han imaginado por los objetos hallados

en habitaciones que no deberían contenerlos, los ha dejado turbados, tratando de comprender qué está sucediendo, cómo pararlo.

Pasan horas hasta que Clara y Eloise salen de la casa de Tomás, parapetadas para lo que creen que pueden encontrar: un hatajo de adultos sádicos y enfermos. Mientras ellas ascienden al pico, a la cueva de la oscura, Tomás dibuja sellos y entona cánticos, invoca a las apariciones para que protejan a sus niñas.

Sin embargo, en la cueva ya no hay seres humanos y la mayoría de los fantasmas no son lo que eran. Las invocaciones no funcionan, los sellos de protección parpadean como una linterna con pocas pilas y dos amigas regresan allí de donde huyeron.

Cueva de la oscura, 2 de noviembre

La subidita se las trae, no la recordaba tan empinada, aunque supongo que de niña me daba igual. Me agarro a los árboles delgaduchos que crecen en la zona, no tengo ni idea de cómo se llaman y no estoy por preguntarle a Clara, que seguro que es capaz de decirme la nomenclatura científica, especie y familia.

Las botas se me hunden en el barro. Hemos sorteado el riachuelo que se ha formado con la lluvia, aunque no sé de dónde sale tanta agua, no recuerdo que esto sucediera antes, aunque, claro, en esta época del año yo no visitaba al abuelo.

La observo de reojo, a mi amiga, a la que dejé tirada hace años porque resultaba doloroso hablar con ella y, después, con el tiempo, la culpa y la vergüenza me carcomían. Es hermosa, siempre fue bonita, con sus pecas y pelo rubio, casi pelirrojo según le daba la luz, con los años esa belleza ha madurado. Ahora veo a una mujer fuerte y no solo por la musculatura, ya me gustaría a mí tener esos bíceps, sino por el carácter, la entereza y la amabilidad que demuestra sin importar la situación. Además, el moreno de pasar el día al aire libre hace que le brillen todavía más los ojos.

Clara me pilla mirándola, quizá la repaso demasiado. Se ríe.

Oye, que eres atractiva y eso, pero no me gustas de esa manera. Lo sabes, ¿no?

Lo dice en broma, pero me sonrojo igual.

Solo pensaba en cómo has cambiado y que siento no haber estado aquí para verlo.

Bueno, pero ahora sí estás. Y me parece a mí que todo lo que estamos pasando juntas estos días vale por años de dramas adolescentes.

Me agarra la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Ambas sonreímos y miramos al frente. Sabemos que, en cuanto lleguemos,

todo será una mierda, adultos capaces de hacer daño a aquellos que dependen de ellos, que los quieren, y ¿para qué? ¿Qué pensaban conseguir?

La guardabosques pega un bote, como si hubiera dado con algo afilado, y se detiene. El barro que pisamos es oscuro y pegajoso, más denso y huele… a flores.

El riachuelo —dice abriendo mucho los ojos—, creo que es el agua de la cueva.

De nuevo viene a mí el recuerdo, aquella masa viva y negra que trataba de llevarse a mi amiga, que la lamía lentamente.

Pero han subido allí arriba, si baja tanta agua…

Ambas avanzamos lo más rápido que nos permiten nuestros músculos doloridos y agotados. Sin embargo, en cuanto llegamos a la abertura de la cueva nos detenemos al instante. La escena que sucede frente a nosotras en completo silencio nos paraliza. Quiero correr, salir de ahí y ni siquiera sé cómo he entrado. Los pasadizos se han deslizado en el tiempo y el espacio hasta encontrarnos precisamente en la gruta, en la noche cósmica que se abre ante nosotras, el horror que despierta como un pantallazo, un televisor que alguien enciende de pronto en un cuarto a oscuras. La luz de la mañana queda a nuestras espaldas en un recuerdo remoto. Nuestros pies chapotean en esa agua pegajosa y viva que nos observa desde la negrura y ante nosotras el espanto palpita, un cuadro que es necesario mirar a distancia para comprender qué representa. Así, tan de cerca, solo son colores y olores, formas calientes, garras y extremidades.

Me arde la garganta y el sabor a hierro me invade la lengua. Tengo la boca abierta y siento la sal de las lágrimas en la boca. Grito sin sonido, del mismo modo que Clara apunta con su pistola eléctrica y sé que da órdenes, que dice algo, pero no la escucho. El único sonido es esa melodía.

El dulzor de la canción y del aroma a flores se mezcla con la visión de esas criaturas a medio cocer. Algunas intentan salir de sacos o montones de ropa, otras están sobre lo que supongo que

debieron de ser los padres y ahora solo son amasijos de piel, carne, grasa y huesos. Los órganos son lo primero que han devorado. Medio cráneo, todavía con un ojo intacto, me mira desde un charco de agua oscura que lo lame lentamente, retirando toda la sangre.

No puedo controlarme, vomito y eso rompe el hechizo, una de esas cosas se vuelve hacia nosotras. Las extremidades delanteras de una bestia surgen de los omóplatos de lo que debió ser un niño, de su cabeza apuntan cinco apéndices y otros están a punto de brotar de unas ampollas inflamadas llenas de líquido sucio.

Retrocedo, tiro del brazo de Clara para salir de ahí. No hay nada que salvar, tenemos que huir. Entonces veo la sombra a nuestras espaldas, la masa que absorbe toda la luz. Eso ruge sin voz y yo me encojo, lloro y me estiro del pelo porque no puedo, no quiero, deseo desaparecer, pero mi mente no se bloquea, sino que me obliga a verlo.

La bestia salta sobre Clara, que la alcanza con la ráfaga eléctrica, pero justo se están tocando y ella también se contrae, cae al suelo, sobre el agua negra que reconoce esa piel, ese cuerpo que no pudo llevarse en su día. La criatura descarga su garra y le abre el cuello, el pecho, todo es sangre y carne y las costillas que se quiebran y puedo ver su interior, su hermoso corazón, al que tanto quise.

Mi amiga, seguramente la mejor que tuve en toda la vida, me mira ahora desde esos ojos sin chispa que no la representan, que ya no la contienen. Ni toda su magia ha podido ayudarla ahora.

No quiero mirar más. No puedo. ¿Por qué no desaparezco yo también, si todo lo que una vez me hizo feliz me es arrebatado?

Lo que sea que mora en las profundidades emerge, una prominencia de un azabache oleoso crea ondas en el agua según se aproxima, se extiende en forma de algas negras, de babosas submarinas, lenguas de noche que beben la sangre mientras la bestia devora la carne.

Mi mente se escinde, alejada de mí misma; recuerdo lugares nunca vistos, nebulosas desconocidas por el ser humano, estrellas

muertas hace eones y nos veo a nosotras de niñas, a todos esos críos que sangraron antes.

Llego al exterior arrastrándome y a gatas me alejo mientras la lluvia arrecia y la noche hace horas que ha dado cuenta del día.

Cueva de la oscura, Pico de Lobre, noche del 2 de noviembre

Resbala por el barro oscuro y cae de bruces. Su mente confusa ha retrocedido, vuelve a ser niña, no se recuerda adulta y huye de un terror que su cerebro bloquea. Gimotea y se limpia los morros llenos de agua fangosa y mocos con la manga de la chaqueta, que le va muy grande y está tan sucia que no le sirve de mucho. Llama a su madre y a su abuelo.

Eloise intenta levantarse, mas se marea porque todo está sobredimensionado y ella flota en la noche, ingrávida; no comprende dónde se encuentra y qué sucede, el mundo está cambiado. Sigue a gatas, con la lluvia golpeándole la espalda, el riachuelo que se divide en tres, el líquido negro se derrama en lenguas hacia el pueblo y la mujer-niña que cae, una y otra vez, se rasguña la barbilla y se ensucia con el lodo vivo que la rechaza porque no es del todo humana, ni orgánica, tiene algo dentro que no le gusta a la oscura.

Se ha visto obligada a huir, ¿qué ser no lo hubiera hecho en su lugar? Debía sobrevivir y creía a su amiga muerta porque en ese momento lo estaba. Si hubiera esperado unos minutos la habría visto respirar, cómo su sangre era bebida para que pudiera disfrutar de algo que no se derrama. Y su piel se cose y repliega en una telaraña celular que le da forma. Si se hubiera quedado un poco más habría visto el corazón de su amiga palpitar de nuevo; los pulmones, tomar aire al tiempo que volvían a formarse; las costillas cerrándose lentamente, compactas esta vez, y a la bestia que había medio devorado a Clara disfrutar de los últimos trozos de carne entre sus garras, mordisqueando con sus pequeños dientes, como una ardilla.

La guardabosques también tiene la mente nublada, le cuesta recordar quién es, pero sí siente que necesita algo y cree que es un

libro. Por suerte para Eloise, Clara tarda en recuperar el control de un cuerpo que no está entero todavía. Ahora el agua negra le corre por las venas como antes lo hizo la hemoglobina y su voluntad es otra, sigue con el ferviente deseo de cuidar del bosque y mantener a salvo a los habitantes del pueblo, solo que ahora su forma de entenderlo es distinta.

La piel más pálida y azulada, con líneas oscuras que la atraviesan como ríos en un mapa, los ojos que brillan febriles, algunos órganos en su interior han mutado en orden a sus nuevas necesidades, también sus huesos. Ahora Clara es otra, pese a ser la misma, y eso le permite tener una comprensión del mundo muy diferente. Del mismo modo que una hormiga no entiende la ciudad humana y su funcionamiento porque existe en otro mundo pese a ser el mismo universo, ahora la guardabosques ve más allá de la conciencia que tuvo y cree necesario que la realidad también cambie.

La mujer-niña llega a la casa, traspasa la puerta alta que sella el muro y la deja abierta porque es pequeña y tiene miedo y no piensa en las consecuencias. Entra a toda prisa, pero allí no está su madre, ya que su madre murió hace años, tampoco encuentra a su abuelo y se encoge una vez más junto al fuego. Llora y se abraza las rodillas, se balancea adelante y atrás hasta que una mujer en camisón baja las escaleras y la abraza, le susurra que todo irá bien y ella la cree porque huele como su madre y es amable.

Eloise se duerme en brazos del fantasma de su abuela. Con el sello roto, el guardián de la casa ha ido en busca del libro y, como no es el único, Tomás ve interrumpidos sus cánticos por la aparición furiosa de su antiguo amigo y la de su hija y sus nuevos compañeros.

El anciano solo es eso, un hombre que lleva demasiados años a cuestas, tanto vivido, amado y sufrido, que vive cansado. Mientras que ante él tiene la energía consciente del hombre que encontró el libro y a los renacidos, con su hija a la cabeza.

Dame el grimorio, papá —dice Clara porque se lo debe, quiere ofrecerle la opción de elegir, de morir como humano o seguir a su

lado.

Sin embargo, Tomás se niega, como también dice que no a Mauricio. Al menos tiene un as en la manga, conocimientos que aprendió y no tuvo tiempo de enseñar. Da un paso atrás, entra en el círculo y se sabe muerto. No le importa, ha vivido mucho, solo siente no poder cambiar lo que le ha sucedido a Clara, lo que puede que le suceda a Eloise.

El anciano cierra los ojos y grita de la impresión cuando su cuerpo se desintegra como combustible para crear el vórtice que se lleva el libro. Tomás expira y descansa al fin. Clara grita de rabia y de tristeza. Mauricio se esfuma, como también lo hace la abuela de Eloise y todos los fantasmas que no han trascendido su estado de aparición.

Sin el libro y sus secretos las cosas se complican. Aunque en los buenos cuentos, para llegar al lugar deseado, suele tomarse el camino sombrío y pedregoso.

Casa del abuelo, Pico de Lobre, mañana del 3 de noviembre

De nuevo llega la mañana. No ha terminado todo y eso me hunde en la miseria.

Me duele hasta el último músculo y, aun así, no me muevo del suelo. Examino mis opciones: subir al coche y volver a la ciudad, aunque no sé qué me encontraré al salir de la casa; visitar a Tomás para decirle que su hija ha muerto, así como sus vecinos, que soy la única superviviente y debería dejar el pueblo por su propio bien; llamar de nuevo a la guardia local y a Marla, pedir ayuda y subir a la cueva para recuperar los restos de la que fue mi amiga.

Trepo por el banco para mirar por la ventana. Me dejé la puerta del patio abierta, podría haber entrado cualquier cosa, supongo que los símbolos de Clara poco hacen contra lo que vi allí arriba.

Fuera todo parece igual que estas últimas mañanas. El tejado gotea por la lluvia de la noche y el patio es un barrizal, el cielo está claro y azul y radiante. Sin embargo, hay algo que no me cuadra.

No recuerdo gran cosa de lo que sucedió, pero tengo claro que vi morir a Clara, que algo terrible les pasó a los niños y a sus padres. Recuerdo un silencio atroz y vísceras. Cuando intento ahondar, una punzada candente me atraviesa el ojo derecho desde atrás, como si mi cerebro me torturara para obligar a detenerme. Y lo consigue.

Estoy cubierta de barro, sangre y algo negro; todo seco hace una amalgama que me cubre la piel, el pelo y la ropa. Me da igual. Respiro hondo y salgo directa a la calle.

El paseo hasta casa de Tomás es tranquilo y no me cruzo con nadie ni nada. La puerta reventada y las pisadas en el barro delante de la casa me chivan que no soy su primera visita.

El interior está bastante ordenado, pese a las huellas que me indican que ha habido una persona con botas y tres criaturas allí adentro. De Tomás no hay ni rastro. En medio del salón, del círculo dibujado en el suelo, veo un montón de cenizas. Los cirios se han consumido, aunque el aroma a hierbas flota en el ambiente.

Vuelvo al exterior, donde todo está en silencio. El viento acaricia las ramas de los árboles arrancándoles murmullos a ráfagas, pero nada más, ni un gorjeo, ningún sonido que alerte de la presencia de vida. Y es ahora cuando comprendo qué andaba mal: no he visto ni escuchado un solo animal desde que he despertado por la mañana.

Continúo adelante, camino hacia el bosque, pero no por la carretera, sino atravesando el pueblo. Llego a la altura del colmado, también cerrado, y me dispongo a seguir hasta el arco donde la puerta de la muralla es una entrada directa a la robleda cuando alguien me llama desde arriba:

Oye, no vayas para allá. Es peligroso.

Alzo la vista y asomada a una ventana veo a la dueña de la tienda.

He de ir a ver, en el pueblo no queda nadie —respondo.

Todos se han ido. Hasta los muertos han huido de aquí y la guardia local no responde. Estamos perdidos. —Dice las últimas palabras con la vista perdida sobre los tejados.

Es posible… ¿Por qué no se va usted de aquí? ¿Tiene vehículo?

La mujer niega y se dispone a cerrar la ventana.

Este es mi hogar, todo lo que tengo. Aquí es donde quiero reposar, no escondida tras muros y sometida a ideas que no entiendo. Tú eres la que debería irse mientras pueda.

Y así me deja, sola de nuevo en medio de la calle.

Sigo adelante por pura inercia, hasta que veo la estructura de la muralla, la reja del portal, que en realidad solo es decorativa y no sirve para cerrar nada, la bandera del pueblo que ondea en lo alto de la torre del vigía.

Una masa vegetal calcinada con restos de algo que no sabría definir marca el límite entre la calle de adoquines y la tierra

circundante. Han excavado y me doy cuenta de que a los lados, junto al muro, hay restos blancos, que imagino deben ser sal. En cambio, frente a mí solo hay tierra y esa masa que apesta a rastrojo quemado.

A la vista no está, pero para quien sabe mirar y conoce su paradero es fácil ver el juego óptico que esconde la entrada a la escalera de caracol. Arriba el viento se recrudece, no me quiere aquí. Miro abajo, alrededor, contemplo el pueblo y el bosque. En la robleda tampoco detecto pájaros o sonidos de animales.

No entiendo qué ha sucedido durante la noche, pero, si no fuera por la dueña del colmado, me creería la última en la Tierra.

Busco el móvil en los bolsillos de la chaqueta y del pantalón, así es como descubro que lo he vuelto a perder, supongo que en algún momento de la tarde de ayer. No sabría decirlo porque ni siquiera lo recuerdo con claridad. Las últimas horas se desdibujan y se mezclan con recuerdos pasados, me veo con Clara siendo niñas, metidas en nuestras locas aventuras, y de pronto huelo a flores y a sangre y todo se emborrona.

Desciendo las escaleras y vuelvo sobre mis pasos. La mujer del colmado vigila desde su ventana, pero esta vez no la abre, no me dice nada. Paso junto a la casa de Tomás y me despido de él con tristeza, le digo adiós a ese hombre que tanto me quiso pese a no tener obligación alguna. También me gustaría despedirme de Clara, mas algo en mi interior me lo impide y una idea romántica me cruza la mente: que quizá no hace falta que le diga adiós porque es parte de mí. Niego con vehemencia, cabreada conmigo misma por no llorarla, por no dejarme vencer por la tristeza y permitir que esas ideas que nos implantan en la ciudad borren el dolor real de que ella no volverá. Ahora sí, la he perdido.

Entro de nuevo en la casa del abuelo. Recojo mis cosas rápido y mal. Me aseo con una toalla mojada frente al espejo y después la tiro en el bidet con la ropa sucia, la chaqueta vieja y todo lo que dije que lavaría.

Meto las maletas en el coche y apago el calentador, desconecto las bombonas de butano, también la de la cocina, y apago las brasas de la chimenea. Bajo al sótano y miro todos esos recuerdos en cajas, la cuna que quizá fue de mamá, puede que también mía. Dejo la casa sin electricidad. Cierro con llave.

Paro el coche frente a la casa y cierro también el patio. Miro hacia las ventanas por si veo al abuelo una última vez, aunque cuando me he levantado también he sentido la casa vacía. Como decía la mujer de la tienda, hasta los muertos han dejado el pueblo.

Arranco y regreso a la carretera, ese pasillo de alquitrán, entre el bosque y la roca, del que parece que no llegué a salir nunca. Y me lo imagino: el golpe bajo la lluvia, el volantazo y el choque contra el muro. Me veo a mí misma desangrándome lentamente con la cabeza aplastada en el cristal.

Acelero cuando advierto el cartel de Pico de Lobre. No siento que me marche, tampoco que regrese a ningún lado, simplemente hay vacío en mí.

Pico de Lobre, carretera de la montaña, mañana del 3 de noviembre

Fue muy rápido, pese a que el proceso para llegar hasta este momento haya requerido de miles de años. El lodo descendió, el suelo se embebió de él, los acuíferos se contaminaron, las raíces lo absorbieron y los animales inhalaron sus vapores. En cuestión de horas la naturaleza se había renovado, fortalecido, cambiaba sus vestiduras mansas por otras que sus células recordaron; porque las posibilidades siguen ahí, los seres humanos las soñáis, ¿no es cierto? Os veis a vosotros mismos en escenas que desechasteis: respondes las palabras exactas en esa conversación donde dudaste, te reencuentras con esa persona que te dio por perdido…

Las bestias se dispersaron, algunas fueron al bosque, y otras, en dirección a otras poblaciones. Clara, sin embargo, regresó a la cueva, entró a las aguas y se hundió en ellas. Descendió hasta el centro, hasta el ojo negro que observa, y entró en su pupila, una ranura, fisura entre dimensiones, la puerta abierta a donde las posibilidades se abren como un álbum de fotos, un abanico de colores, un museo de lo que pudo haber sido, puede ser y es. La cuna de lo que llamáis magia.

Desde su ventana, Matilda lo ha visto todo: a los fantasmas alejándose y a las bestias reunidas, presenció cómo el encantamiento que los protegía abandonaba el pueblo en forma de bruma luminosa, una aurora que se fundió en una noche precipitada. También sintió el frío y el aroma a flores, ese olor extraño que parece bueno, pero ella recuerda de niña y sabe que no lo es. Después pasó por allí Eloise, la hija de Teresa, la nieta de don Mauricio, tan inconsciente como siempre. «Los años no la han cambiado nada», piensa la mujer. Ahora se sienta en su butaca, la

ha colocado frente a la ventana para ver el cielo, se ha preparado un té con esa agua que ella sabe envenenada y le ha añadido miel y limón para camuflar el sabor y el aroma. Bebe el primer trago y siente que se le retuercen las tripas. Es consciente de que dejará de ser quien es y ahora ya le da lo mismo, nunca le gustó demasiado la gente, sí su casa, el pueblo y los pocos vecinos que conocía de toda la vida, como Tomás. Así que se quedará.

El coche arranca, deja atrás el viejo lavadero y la capilla. Desde el asiento del conductor, Eloise fantasea con su muerte, con un final que le permita revivir a las personas que ama. Pero nada es tan fácil y ha de enfrentar su propio final, o al menos el que le corresponde aquí y ahora.

Las ruedas avanzan por la carretera reverberando en los muros de roca, el único sonido que enfrenta al viento y sus ululares, a los crujidos de los árboles. Y la bestia, la primera de nuestra historia, lo escucha y lo reconoce. Ese motor en concreto, la cadencia que genera el peso y la estructura sobre el río negro. Algo en su interior la pone alerta y hace que salga a toda prisa hacia allí, en busca del ruido, de un dolor que tiene clavado en la memoria.

Pese a que la noche no ha llegado todavía, la criatura cruza el bosque rauda y llega a la carretera a tiempo para interponerse entre Eloise y su huida. La mujer no alcanza a frenar, su corazón se desboca y el pavor la consume antes de que nada acontezca. Algunos decís que es peor la previsión del miedo que el propio suceso. Pero en este caso os equivocáis.

Eloise choca, el pequeño utilitario da tres vueltas de campana antes de estrellarse contra la carretera. Se ha roto el brazo y no puede moverse, atrapada por el cinturón y la carrocería deformada. Las garras de la bestia abren con facilidad el metal, arrancan lo que no le sirve y lanzan el cuerpo de la humana unos metros más allá, como un gato que juega con su presa. Sin embargo, la mujer se ve incapacitada y eso le quita la diversión, así que la criatura va al grano, le clava uno de sus aguijones para evitar que pierda los estímulos nerviosos, ya que los necesita, y la abre en canal.

Carretera de la montaña, mañana del 3 de noviembre

Grito, me desgañito, pero a ella le da igual, me abre por los puntos sellados de años, me revuelve las tripas sintéticas en busca de lo que prevalece, de lo que fui antes de que me cambiaran.

Quiero dejar de ser, desmayarme, borrar esta escena, pero no puedo, lo que me ha inyectado me obliga a permanecer consciente, a sentirlo todo. El dolor, ese hedor punzante que se mezcla con el de la sangre, el calor que asciende como dedos de vapor blanco en la fría mañana.

El horror asoma, los apéndices mórbidos que pensaba que eran sus fauces se abren, porque allí, al fondo, hay algo más: el rostro de una niña rubia en grito perpetuo. Abre su boca infantil y lo que hay dentro no es tal cosa, sino los dientes circulares, como de sierra, de una lamprea.

Cuando creo que me va a devorar, regurgita un moco anaranjado y apestoso, me llena el vientre de eso hasta que estoy ahíta y desbordo por los lados.

Ya no pido ayuda, no grito, solo lloro porque, si es una pesadilla, quiero despertar y no puedo, y si es real… No quiero que sea real, por favor, ¡despierta! ¡¡¡Despierta, Eloise!!!

Carretera de montaña, mañana del 3 de noviembre

El ruido asusta a la bestia. Cualquiera pensaría que el cielo va a resquebrajarse, que la montaña se desmorona, de esa intensidad de ruido estamos hablando.

Grandes sombras oscurecen la carretera, descienden enormes vehículos con turbinas que cambian de posición y barren cualquier cosa que no esté anclada al suelo. El cuerpo de Eloise rueda sobre sus propios fluidos, con el interior desparramado.

Desde su escondite, la bestia ve cómo descienden soldados uniformados de gris de los monstruos de metal; parecen personas, pero no huelen a eso, no palpitan, sino que zumban. Se sitúan para crear un perímetro seguro, armados con fusiles de estallido solar, que incineran cualquier criatura viva en la que impacten.

Dos de los soldados visten de blanco y, en lugar de armamento mortal, cargan con una camilla plegable y un maletín de primeros auxilios. Estudian el cuerpo exánime de Eloise, le dan la vuelta, revuelven su interior y le inyectan un líquido azul directo al corazón. La mujer abre los ojos de par en par y grita, incapaz de mover las manos para defenderse. Los paramédicos la ignoran y dejan que se desgañite, toman muestras del mejunje naranja, meten todo en el interior de la caja torácica, lo sellan con una especie de grapa adhesiva y suben el cuerpo a la camilla. La vuelven a un lado y vacían otra jeringuilla en la columna, esta vez verde radioactivo.

Eloise se ha rendido. Ahora llora observando la carretera que lleva hacia Pico de Lobre. Los paramédicos suben la camilla a la aeronave y los siguen los soldados. Las turbinas aceleran y cambian de posición para elevarlos, el halo defensivo se activa. Vuelven a la ciudad.

La calma regresa a la robleda, el viento ulula, las ramas gimen y las criaturas descansan por fin, hasta que caiga la noche.

Ciudad de Plata, mañana del 5 de noviembre

Estoy en un hospital, lo huelo. Me sé en la cabina de curas, percibo el zumbido leve, el calor eléctrico, también me siento conectada. Las máquinas hacen que mi corazón bombee y los pulmones hagan su trabajo. Sin embargo, el cerebro sigue atontado, puedo pensar, aunque las formas son manchurrones borrosos y no puedo hablar ni moverme; estoy atrapada en un cuerpo que se supone es mío, pero pueden apagar a voluntad. Así se cura mejor, o eso dicen, más rápido. No obstante, yo preferiría sufrir el postoperatorio y dar un paseo por el recinto.

Mis recuerdos son fragmentos y ensoñaciones. Por algún motivo tengo la imagen de Clara zambulléndose en la oscuridad, de la realidad mutando a su alrededor, un baile extraño que retuerce la vida y avanza como oleaje sísmico. Sé que no he presenciado tal cosa. El pueblo vacío, eso sí, las apariciones incomprensibles y las criaturas nacidas de cuerpos rotos, eso también. Empiezo a dudar de si sufrí un ataque o me estampé contra el muro de roca, aunque el escozor en el pecho y el vientre me aseguran que no fueron piedras las que me causaron los daños.

El característico sonido de los androides médicos se aproxima con sus pisadas supuestamente silenciosas. Toquetean la maquinaria, desconectan el soporte vital. Una serie de pitidos me indica que están cambiando los parámetros de cuidado. Deben considerar que mi cuerpo está en óptimo estado, pero, como imaginaba, no van a dejarme salir de aquí todavía, el sopor de los mórficos aleja el mundo y me devuelve a esa oscuridad líquida en la que mi mejor amiga nada, feliz de verme.

Ciudad de Plata, tarde del 5 de noviembre

Esta vez, lo primero que percibo es la voz de Marla. La luz blanca me ciega cuando trato de mirar a mi alrededor, aunque pronto me acostumbro y la reconozco, sentada a mi vera, con unas ojeras que demuestran lo mal que se lo he hecho pasar estos días.

Hola —susurra cuando me descubre despierta.

Sus dedos fríos me rodean la mano, la aprietan con suavidad. Ahora percibo el peso de las sábanas, mi posición horizontal y la multitud de tubos que me salen del cuerpo.

Se han visto obligados a drenarte y a realizar una cura de descontaminación.

Intento incorporarme, necesito verme, descubrir qué me han hecho en realidad.

Te habían destrozado —dice Marla al tiempo que se levanta para avisar de que estoy consciente y tal vez precise calmantes, no para el dolor, sino para que no me vuelva loca por el *shock*.

De una máquina cercana a la cama nacen dos arterias artificiales que entran y salen de mí, veo ese líquido azulado que bombea a mi interior, que seguramente he rechazado varias veces y por eso sigo enchufada; si no, todo esto no sería necesario.

¿Qué más han cambiado? —logro decir con la voz rota, metálica.

Marla se vuelve y sus ojos reflejan lástima.

Perdiste el otro pulmón y han reemplazado la caja torácica, el corazón sigue siendo el tuyo, por eso…

No acaba la frase porque un androide entra en la habitación, pero sé que se refiere al bombeo, que mi corazón orgánico no desea trabajar con sangre sintética.

El auxiliar revisa las constantes en una pantalla e inyecta un líquido transparente a un gotero enganchado a la vía común.

Después de tranquilizar a Marla e ignorarme a mí, nos deja de nuevo a solas.

La doctora pasará más tarde, quizá por la mañana te den el alta —explica con una sonrisa conciliadora.

¿Y no me lo podía decir a mí?

Sé que no, que esa máquina ya no me percibe como humana y, por lo tanto, no me trata como a tal.

Estás en recuperación, no querrá importunarte.

Su sonrisa se tuerce. Recoloca un mechón rizado y brillante en el moño que recoge su melena en la nuca. Evita mirarme. En este momento concreto sé que algo le ronda la mente y no me lo dice. Lo que sea que ha inyectado el androide auxiliar hace efecto, las líneas se desdibujan y oigo dos voces superpuestas:

Lo siento, pero he de irme.

Nunca te dejaré, Elo.

Clara vibra, se oscurece, la veo en el cuarto, aunque sé que no está aquí.

Ciudad de Plata, noche del 5 de noviembre

Marla ya no estaba cuando desperté. No sé si volverá porque tengo la sensación de despedida clavada bien adentro. Me han desconectado de toda la maquinaria y la doctora ha ordenado darme el alta a primera hora.

Ahora que me funciona el cuerpo doy vueltas por la pequeña habitación como un animal enjaulado. Una cama y cuatro paredes blancas. Nada de ventanas, ni siquiera un baño. Si necesito algo estoy obligada a llamar a un auxiliar y prefiero evitarlos.

He soñado de nuevo con Clara, me daba la mano y flotábamos en la inmensidad del espacio negro y sin estrellas, denso como el betún. Desde allí arriba mirábamos hacia aquí y veía cómo la Tierra era cada vez más verde. Las tormentas se arremolinaban en las zonas donde las luces se condensan, en los puntos en que las ciudades ciegan la noche, y un verdor terrible corría como el fuego en una cortina. Mi amiga sonreía y su mano cálida sujetaba la mía.

Siento un vuelco en las tripas, una náusea que trepa, pero no pido ayuda, ya comeré algo cuando esté en casa.

Ciudad de Plata, madrugada del 6 de noviembre

Despierto entre gritos y me veo rodeada por ellos. Los androides médicos comprueban mis constantes mientras manoteo para quitármelos de encima.

Era una pesadilla —repito una y otra vez—. Solo ha sido un sueño.

Parecen decepcionados, quizá esperaban poder hurgarme más por dentro. Uno de ellos acerca su sensor a mi muñeca y activa el alta en el sistema, también carga un viaje hasta casa. No le doy las gracias, tampoco lo espera.

Salen todos y me dejan ahí, con una muda limpia que no sé quién ha colocado a los pies de la cama y el terror todavía revoloteando en el ambiente junto al «pronto nos vemos» que Clara ha dicho antes de que despertara.

La ciudad nunca duerme, jamás está a oscuras. Las calles limpias, de edificios altos con jardines verticales, están en un constante ciclo de luz que solo se atenúa en las horas que se supone que debería ser de noche; la máxima oscuridad es un brillo rojizo de atardecer.

El vehículo común se detiene a recoger a un hombre que había solicitado transporte, se sienta frente a mí sin mediar palabra, se cierra la puerta y proseguimos el viaje. Nos paramos dos veces más antes de llegar a mi bloque, me despido por inercia, pese a saber que nadie lo espera.

Cuando abro la puerta de nuestro piso percibo el vacío. Huele a nuestra vida en común, el aroma de algo lejano. Me dirijo a toda

prisa hacia el dormitorio y abro el armario. En sus baldas no queda nada.

El somier cruje cuando me dejo caer a peso muerto sobre la cama. Me cubro los ojos con ambos brazos y me esfuerzo por llorar, pero no lo consigo porque no tengo derecho a hacerlo. La abandoné, me largué y la hice pasar por un infierno, si no fuera por ella habría muerto en la carretera.

Las tripas se me retuercen y me hago un ovillo, abrazándome las piernas.

Me fui por miedo a perderla, por miedo a estar atrapada y olvidar mis sueños, a mí misma, y ahora estoy sola, sin derecho a intentar recuperarla.

Veo una nota sobre el que era su cojín preferido. El animal —un manatí, creo— se ríe claramente de mí. Alargo la mano. Papel y tinta, típico de ella. En un mundo donde ya nadie utiliza soportes analógicos, Marla se empeñaba en escribir a mano.

> Puede que dejarte de este modo sea cruel, pero no puedo hacerlo de otra manera. Sé que si espero, te acompaño a casa y escucho tu historia, no me atreveré y no es justo.
>
> Sigo amándote, te quiero más de lo que he querido nunca a nadie, aunque ya no creo que estemos hechas la una para la otra. Te fuiste en busca de algo que yo no podía darte y casi nos perdemos las dos en ese viaje.
>
> De verdad espero que, pese al horror, hayas encontrado lo que buscabas y deseo de corazón que seas muy feliz.
>
> Marla

Cierro los ojos y percibo el dolor punzante que llega desde el interior, que se desgrana en pequeñas porciones que fluyen, líquido que se hiela según avanza. Me dejo mecer por las sensaciones, por aquello que se retuerce. Y, ahora sí, las lágrimas brotan.

Ciudad de Plata, mañana del 6 de noviembre

—Contacto: Doctor. Llamada urgente, postoperatorio —indico al asistente de voz.

Enseguida se abre una videollamada en la pantalla principal y aparece la cara inexpresiva de un androide médico:

Especifique los síntomas —anuncia.

Somnolencia, pesadillas intensas, alucinaciones sensitivas… —La duda en mi voz se hace demasiado clara.

El androide tarda unos segundos en responder:

El diagnóstico médico de alta hospitalaria no contempla posibles efectos secundarios o anomalías. Antecedentes depresivos, tendencia autolesiva. Las molestias son psicosomáticas. Un dron llegará a su geolocalización con medicación ansiolítica y antidepresiva. Busque apoyo social para crear una red segura. ¿Necesita opciones?

Pienso en Marla, la única persona cercana y real en mi vida, el resto son contactos *online*, exactamente a lo que se refiere la máquina que me habla.

Compartir su malestar con otros suele aumentar la puntuación —añade el androide, seguramente tras consultar mi perfil y descubrir que estoy desempleada y que mi pareja ha abandonado el hogar.

Gracias. Tengo apoyo, sé con quién hablar.

A continuación recibirá una encuesta…

Corto la llamada, desactivo las actualizaciones automáticas de mi estado para que Marla no reciba ninguna alerta; desde que regresé a la ciudad, mi vida vuelve a estar expuesta al ojo público, a disposición de todos.

Me siento en el suelo, a la espera del dron con la medicación.

Ciudad de Plata, tarde del 6 de noviembre

En los sueños, Clara sigue dándome la mano para mostrarme el mundo desde lo alto. Lo que al principio me causaba temor ahora me llena de asombro.

Mentiría si dijera que no la espero. Me paso el rato tumbada, deseo que ella llegue, aunque se me hace difícil dormir. Pese a la medicación no me siento cansada de esa manera, me duele todo el cuerpo y la intensidad de los retortijones aumenta; sin embargo, tengo la mente despierta, llena de preocupaciones e ideas inquietantes.

Me pregunto hasta qué punto es real lo que me muestra mi amiga, el verdor que avanza cubre ya algunas esferas y apaga las luces de las ciudades, cambia las voces por aullidos y llamadas, rugidos en la noche.

Recuerdo cómo la realidad de lo que hay afuera es muy distinta de lo que nos cuentan, la edulcoran y disfrazan para que creamos lo que nos dicen y cada vez me hago más preguntas… ¿De verdad existen esos viajes de ocio? ¿Quién saldría por placer ahí fuera? Si lo pienso, no conozco a nadie que lo haya hecho, solo mensajes de desconocidos, perfiles de los que ahora dudo que no sean una campaña de *marketing*.

Nunca nos hablaron de las criaturas que acechan, de la escasa supervivencia fuera de las esferas, de todo lo que vi y me contó Clara. Tampoco nadie ha venido a preguntar por lo sucedido en Pico de Lobre. Me rescataron y ahí terminó la cosa.

Las noticias hablan de las lluvias, se ha activado el estado de alerta por inundaciones. Sin embargo, las salidas al exterior no se han minimizado a causa de las carreteras que deben haber quedado intransitables por las crecidas de los ríos.

Todo va bien, siempre a mejor.

Ya no sé qué creer y en los sueños el bosque roza Ciudad de Plata.

Ciudad de Plata, noche del 6 de noviembre

—La muerte no es más que una transición de estados. —Su voz es la misma pese a que contiene otras, un eco lejano que reverbera sutilmente con cada una de sus palabras.

Las borrascas se concentran sobre los núcleos humanos, algunas chocan e imagino ciclones que arrancan edificios enteros. Desde aquí arriba es difícil de precisar.

¿De verdad estamos en el espacio? —pregunto.

No. Tú estás en mí y yo dentro de ella.

Me llevo la mano al vientre hinchado, que no deja de retorcerse, y ella asiente.

Todas formamos parte la una de la otra.

Como una *matrioshka* —insinúo.

Ella sonríe.

Es más complicado que eso. Pero sí, como una de esas muñecas rusas, y todas estamos dentro de esa bola azul —dice señalando la Tierra—. Hemos de salvarla.

La mancha verde ya cubre la mitad de la parte alta de la esfera e imagino las raíces que deben crecer bajo tierra.

Yo estoy ahí abajo, lo sabes, ¿no? En la ciudad no vemos nada, todo es como siempre —le explico.

La puerta se abrirá.

Génesis, la Tierra, entre el 6 y el 7 de noviembre

La respiración del bosque se propaga, las raíces se extienden bajo tierra y los micelios crecen en todas direcciones. Las esporas llenan el aire y cubren las superficies de ese tenue resplandor azulado. Pese a la lucha, ya nada puede detener el Despertar y las criaturas ven la luz en toda la Tierra.

El verdor arrasa poblaciones, borra las carreteras y marcas humanas, cubre ciudades enteras y escarba en busca de debilidades, un método para entrar, aunque la radiación los mantenga justo a las puertas.

Porque la esfera estacionaria es eso, una barrera que mantiene a unos afuera y a otros atrapados en el interior, evita que llegue la anomalía y les afecte. Batallan contra la germinación de una semilla dormida que llevan invocando por siglos, el caos hecho carne en sus criaturas.

Cómoda en la oscuridad, Clara forma parte de algo mayor, una mente dormida tiempo atrás, una red neural de vida capaz de comunicarse, el palpitar de un planeta despierto que erradica la enfermedad, glóbulos blancos que fagocitan aquello dañino, lo absorben y transforman. Aunque todavía hay reductos que oponen resistencia.

Sin embargo, en el cosmos interno que ahora habita, se oye un chasquido, una mutación que alberga posibilidades inciertas. Eloise siente las voces que no puede oír, desconectada de una biología que le han robado; son mariposas detrás de su cabeza, en la jaula de su mente, que revolotean a punto de escapar.

No puedo ver más allá y cruzar la esfera, pero sí la siento a ella, la mujer máquina que querría ser bosque, la niña que forma parte

de nosotras. Eloise se sumerge en el sueño para entrar en nuestro territorio y flotar con su amiga lejos del dolor de la realidad impuesta, de toda esa gente que quiere ver, pero no escucha, y vuela muy por encima de los edificios y de la supuesta seguridad, de los soldados apostados justo en el límite, cara a cara con las bestias que aúllan y quieren entrar.

Los niños fantasma también avanzan en su camino, saltan por el tiempo como quien juega a la rayuela y toman la vida allí donde la encuentran; tantos desaparecidos que fueron olvidados, accidentes en carretera que pensaron era cosa del bosque.

La lluvia, ese líquido preciado que tanto anhelaban los humanos, ahora desborda los pantanos y acuíferos artificiales. Han cerrado las depuradoras porque trabajaban más allá de su rendimiento y temen qué puede pasar al interior si no filtran el agua. La inundación no logra franquear la frontera, como tampoco lo hacen las mutaciones, algunas de ellas calcinadas junto al nacimiento de la esfera. Mas el umbral es delicado si se tocan las notas adecuadas.

Y en lo alto ya se perciben, llegan las Oriónidas, preparadas para regar la Tierra y esta vez romper las membranas que se resisten.

El cambio es una constante en el universo.

Ciudad de Plata, madrugada del 7 de noviembre

Despierto en el silencio impostado de la noche en la ciudad.

En la naturaleza el mundo nunca calla, aunque, si eliminas los animales y lo sometes todo a un control milimétrico, las horas de sueño se convierten en un ruido blanco de maquinaria; el zumbido del electromagnetismo y la radiación que mantiene nuestras murallas bien altas.

Vuelvo a recostarme en busca del sueño perdido, pero no regresa, estoy atada a la vigilia y lo sé. Un gruñido agudo procedente de mis tripas me obliga a levantarme. Bebo dos vasos de agua de golpe y como lo primero que encuentro, creo que pan duro, aunque lo hago a oscuras y mis papilas gustativas han dejado de funcionar en algún momento en las últimas horas.

Alzo la vista y consulto el reloj, una enorme esfera analógica, otra de las manías de Marla. El segundero está atascado, rebota sobre el cinco una y otra vez, repite sin tregua las dos y veinticinco de la mañana.

Me hallo detenida en el tiempo.

Salgo al rellano y subo las escaleras hasta el último piso. Durante el trayecto, las tripas danzan en mi abdomen, se retuercen y me dejan sin aire, me obligan a detenerme para recuperar el aliento.

Casi nadie sube hasta aquí y el último tramo está cubierto de un polvo denso, con las pisadas de quien decidió aventurarse a la azotea ya cubiertas por un nuevo manto blanco.

Más allá de la puerta metálica me espera el atardecer perpetuo y el jardín que corona todos los edificios. Pese a mantener la naturaleza fuera, PanKhloé encontró la manera de replicarla aquí

adentro, en los muros, tejados y zonas abiertas. Una ciudad verde de origen patentado.

Y miro arriba, a ese cielo que no me permite ver el de verdad.

Esta noche hay lluvia de estrellas —susurro para nadie o, mejor dicho, para ella, para la amiga que me acompaña en sueños y siento aquí, pese a estar despierta.

De nuevo, un retortijón me dobla en dos y me estiro en el suelo húmedo y frío de la azotea, entre las aromáticas. Me aprieto el vientre con ambas manos para contener el dolor cada vez más intenso, como agujas al rojo en el bajo vientre y las lumbares. Desde aquí, las plantas parecen árboles, un bosque en medio de la ciudad. Mis lágrimas riegan la tierra cuando escucho el primer pop, un punto que salta y es seguido por siete más: pop, pop, pop…

Una vibración distinta me emana de la garganta, profunda y antigua, nace de lo que queda de mi humanidad, de ese corazón que trata de bombear lo que no le pertenece, y el cielo se estremece, se agita como yo, las contracciones de mis músculos son las suyas. La luz rojiza prende en una línea por encima de mí, una ranura tenue que se pinta de negro y de estrellas según aumenta.

El dolor desaparece. Conduzco mis dedos al interior cálido, el líquido me resbala por las muñecas y extraigo lo que sobra, los tubos y cables que se creen carne. En el interior, en lo más hondo, siento el movimiento con la yema de los dedos, cómo vacilan atemorizadas por lo que les espera.

Pero no hay nada que temer, solo es un nuevo día.

Y es tan hermoso que ellas cantan.

Epílogo

Y cayeron a la roca sin vida como estelas fulgurantes. Caímos. Sus cuerpos colisionaron, se unieron, fueron uno para después desintegrarse. Ellos dos. Hombre y mujer. Y tantos otros que había en ella, que intentaron que hubiera también en él, pero no podía contenerlos. Cayeron, se diseminaron y el planeta floreció. Pero una herida en el tejido de la realidad no es algo que se sane con el tiempo porque este mismo se ha rasgado, así que lo revivieron, un ciclo de vida, muerte y vida, que generó seísmos, espejos de un mismo mundo, criaturas varias en carne única.

Una parte de conciencia nunca tocó tierra, sobrevolando puedo ver lo que acontece. Otra creó un valle donde se engendró la primera chispa y una tercera moró entre realidades hasta que fuera el momento de despertar. El Génesis.

Agradecimientos

Es muy posible que esta historia no existiera si no fuera por todos aquellos que me acompañáis e infundís fuerzas para seguir adelante.

A pesar de que Eloise y Clara ya existían en mi interior hace muchos años, no las había recuperado desde el 2008. Así pues, el viaje en coche de Eloise empezó hace más de una década, aunque no llovía tanto y Clara era de otro mundo; dos personajes que se llamaban la una a la otra desde las páginas en dos historias muy diferentes. Eloise buscaba a una niña entre fantasmas, Clara veía cómo la modernidad y la tecnología se tragaban todo aquello que amaba hasta que los monstruos lo devoraban por completo. En consecuencia, durante una enfermedad de esas que me dejan en cama a lo largo de días, hice caso a Sergio Pérez, que no paraba de alentarme para escribir una historia nueva y, dejando de lado el espacio donde sucedía la narración que tenía entre manos, aterricé en la Tierra y seguí a una Eloise que no se asemeja en nada a la que conocéis a lo largo de cincuenta páginas. Palabras que acabaron en la basura.

Enfurecida conmigo misma, escribí a dos amigos para desfogarme, a Antonio Torrubia e Inés Macpherson. Quizás ellos no lo saben, pero cada uno a su manera me hicieron ver que no debía dejar la historia que tenía entre manos, sino cambiar la voz del personaje y el narrador. Así que regresé para entender que Eloise estaba enfadada, triste y cansada, que era por eso que no me gustaban las otras páginas, porque no se sentían sus emociones. Estaban, pero escondidas. Llegó la lluvia, el accidente y la burbuja estacionaria, en la lejanía, en la memoria de Eloise. También fue cuando decidí que no sucedería en el futuro, pues era algo que ya estaba sucediendo, que empezó hace muchos años, todavía más de

los que pensamos, y que era ahora cuando veíamos las consecuencias.

Más tarde, me encallé con el final. Sabía hacia dónde quería ir, ya lo había visto, pero cómo llegar sin meterme donde no tocaba era más complicado. Y aquí entró Alba Herre, quien no dejaba de azuzarme para que siguiera adelante y se convirtió en la primera lectora de la novela que tenéis en las manos.

Con todo, tenía un montón de ideas que iba comentando con Ivan y Max en casa, con Inés cuando charlábamos por audios y mensajes a cualquier hora, y finalmente lo encontré. Para mí es un final bastante feliz, a pesar de que muchas veces me decís que aquello que a mí me parece esperanzador quizás no lo es mucho para el resto… (risa maligna).

En este punto entraron más lectores, se lo leyeron las personas ya mencionadas y también Izaskun Gracia, con su espíritu poético y oscuro. Del primer borrador hasta la novela han cambiado unas cuántas cosas, ergo, los personajes iniciales del 2008 ya no son los mismos. Evolucionaron, del mismo modo que lo hizo el entorno para adaptarse.

Y, como una pesadilla vívida que me persiguió allá donde iba a lo largo de días, llegó el epílogo. Los veía caer y conocía el nombre de los dos, y la esperanza se convirtió en vida, en muerte y en posibilidades.

Finalmente llegaron Alexandre López y el equipo de Runas para darle la forma y fuerza que posee ahora, en formato libro. Alexandre, gracias por confiar en la historia y por esas charlas *online* llenas de risas y libros.

Este ha sido un viaje largo y con muchos culpables. Muchas gracias a todos por darme coraje, energía y creer en mí.

Gracias por revitalizar un sueño que a veces se ahoga por el ajetreo del mundo.

Barcelona, 30 de enero del 2026

Edición en formato digital: Junio de 2026

Copyright © Isabel Del Rio, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 979-13-7009-276-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Carretera de montaña, noche del 30 de octubre del 2022

Pico de Lobre, madrugada del 31 de octubre

Robleda, noche del 30 de octubre

Casa del abuelo, mañana del 31 de octubre

Cabaña del guardabosques, mañana del 31 de octubre

Casa del abuelo, mañana del 31 de octubre

Carretera de montaña, mañana del 31 de octubre

Robleda, mañana del 31 de octubre

Pico de Lobre, mañana del 31 de octubre

Cabaña del guardabosques, mañana del 31 de octubre

Pico de Lobre, mañana del 31 de octubre

Casa del abuelo, noche del 31 de octubre

Robleda, noche del 31 de octubre

Casa del abuelo, madrugada del 1 de noviembre

Robleda, madrugada del 1 de noviembre

Casa del abuelo, mañana del 1 de noviembre

Carretera de la montaña, mañana del 1 de noviembre

Universidad de Ciudad de Plata, noche del 7 de febrero del 2003

Robleda, mañana del 1 de noviembre de 2022

Robleda, mañana del 1 de noviembre

Robleda, tarde del 1 de noviembre

Robleda, tarde del 1 de noviembre

Robleda, noche del 1 de noviembre

Robleda, noche del 1 de noviembre

Robleda, noche del 1 de noviembre

Casa desconocida, noche del 1 de noviembre

Génesis, indeterminado

Casa de Georgina, noche del 1 de noviembre

Casa de Georgina, noche del 1 de noviembre

Casa de Georgina, noche del 1 de noviembre

Pico de Lobre, madrugada del 2 de noviembre

Pico de Lobre, medianoche del 1 de noviembre

Casa de Tomás, medianoche del 2 de noviembre

Génesis, indeterminado

Casa del abuelo, madrugada del 2 de noviembre

Casa del abuelo, mañana del 2 de noviembre

Robleda, mañana del 2 de noviembre

Pico de Lobre, mañana del 2 de noviembre

Génesis, la cueva de la oscura, 3 de agosto de 1995

Casa desconocida, mañana del 2 de noviembre

Génesis, entre la robleda y la carretera de montaña, entre el 2 de noviembre y el 30 de octubre de 2022

Casa de Tomás, mañana del 2 de noviembre

Génesis, cueva de la oscura, mañana del 2 de noviembre

Cueva de la oscura, 2 de noviembre

Cueva de la oscura, Pico de Lobre, noche del 2 de noviembre

Casa del abuelo, Pico de Lobre, mañana del 3 de noviembre

Pico de Lobre, carretera de la montaña, mañana del 3 de noviembre

Carretera de la montaña, mañana del 3 de noviembre

Carretera de montaña, mañana del 3 de noviembre

Ciudad de Plata, mañana del 5 de noviembre

Ciudad de Plata, tarde del 5 de noviembre

Ciudad de Plata, noche del 5 de noviembre

Ciudad de Plata, madrugada del 6 de noviembre

Ciudad de Plata, mañana del 6 de noviembre

Ciudad de Plata, tarde del 6 de noviembre

Ciudad de Plata, noche del 6 de noviembre

Génesis, la Tierra, entre el 6 y el 7 de noviembre

Ciudad de Plata, madrugada del 7 de noviembre

Epílogo

Agradecimientos

Créditos